

3 CIC

BELOT

UNA

INGADOR

PQ2193

.B7

J88

98156



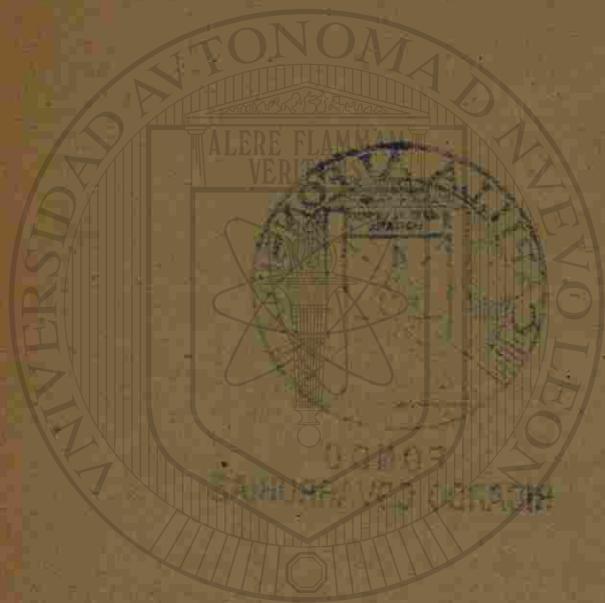
1020026092



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



0.40

ni
to

UNA JUGADORA.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor B4523
Núm. Adg. 29761
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 24
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

JUGADORA

FOR

ADOLFO BELOT

Traducida de la 3.^a edición.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



MADRID.

SATURNINO CALLEJA,

CALLE DE LA PAZ, 7, LIBRERÍA.

1879.

098156

29761

843
B.

PQ2193
B7
J88



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. de L. Calleja, Calvario, 19, 21 y 23.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Un concierto, despues del cual debia de verificarse un baile, tenia lugar el 12 de Febrero de 187... en casa de X..., el más antiguo de los agentes de cambio de París.

X... es muy conocido en el muudo artistico, en el mundo comercial y un poco en todos los mundos. Se le encuentra cada dia descendiendo ó ascendiendo á pié la avenida de los Campos-Eliseos, llevando en la mano su paraguas y blandiéndole á guisa de maza. Se le ve en la Bolsa cuando va á ella, lo cual sucede ahora raramente, ocupado incesantemente en dar vueltas de un lado á otro, con las manos metidas en los bolsillos. Fácilmente puede reconocérsele; cara de oficial retirado, tostada por el sol, de aire á la vez bondadoso y marcial, cabellos algo largos y próximos á volverse blancos; bigote poblado y perilla de un gris más oscuro que los cabellos. Lleva sombrero de seda muy brillante, un poco inclinado y

tirado hácia atrás, un chaquet azul muy ajustado, gaban abotonado hasta el cuello y un pantalon ancho por arriba y estrecho por abajo; á lo húsar.

Se honra á sí mismo ó más bien hace honor á los demás, puesto que á pesar de su gran fortuna, honestamente adquirida, abre generosamente su hotel, situado cerca de *Cours-la-Reine*, construido al estilo del Renacimiento y muy apreciado de los amantes de las Bellas Artes, por su galería de cuadros.

La señora X... ayuda á su marido á completar los deberes de dueño de casa. Tiene fama de haber sido extremadamente hermosa, y á veces está untado por hallarla aun hoy tan seductora como ha sido en otra época, recibe con amabilidad y atrae á sus convidados por su gracia y sencillez.

X..., muy amante de los conciertos, invita á algunos artistas á sus veladas, músicos sobre todo; pero la aristocracia de la Bolsa y de la Banca, se encuentra en mayoría en su casa. En esta sociedad, montada á mas altura de lo que uno se figura generalmente, casi exclusiva como la del arrabal Saint-Germain, las mujeres bonitas son bastante raras, pero en cambio los trajes son exquisitos y las alhajas numerosas y de gran valor. Es una sociedad que se distrae generalmente, pero no es la sociedad en la que uno puede distraerse, siguiendo la expresion de un autor dramático.

Las grandes damas de costumbres escéntricas, con trajes incitantes, se encuentran en ellas disgustadas, y prefieren las reuniones de la alta aristocracia y del gran mundo, en las cuales causan más efecto. En cuanto á los hombres, banqueros y agentes, se muestran menos uraños que sus mujeres, más amables, y con raras excepciones, no tienen el orgullo de los medrados. Las variaciones de la Bolsa los hace filósofos; y pensando en lo que son, piensan en lo que pueden ser al dia siguiente de una liquidacion. El roce con la gente del comercio, y las relaciones profesionales con los clientes á quienes necesitan servir, los hace familiares, comunicativos y buenas personas. En su templo ó en su despacho, están siempre impuestos de todos los asuntos, oyen hablar del libro á la moda, de la comedia en boga, de la dama de renombre, y por la noche, cuando les han dado noticias del bolsin, las cuales parecen desdeñar, y de las que sin embargo se informan con cuidado, se dirigen espontáneamente á una primera representacion, y aun algunas veces, se los ve entre los bastidores de algun gran teatro. No pertenecen á la clase de los vividores, pero aman la comodidad y se proporcionan la mayor posible.

Muchos de ellos son los huéspedes asiduos de X... Estos son: Lepetit, el más importante de los agentes de cambio, tiene fama de ser muy hábil, muy activo y emprende los negocios a docenas.

Viene en seguida uno á quien sobrenombran «el agente de los boulevares.» Tiene su domicilio en casa de Bignon, y allí recibe sus órdenes de bolsa y despacha su correspondencia. Su clientela se compone principalmente de artistas célebres y de mujeres de la aristocracia. Así, para ocupar el lugar que le es productivo, asiste á todas las primeras representaciones, toma parte en todas las fiestas parisienses y en ellas desempeña perfectamente su papel haciéndose apreciar.

El tercero, Z..., es alto, delgado, de aspecto flemático, de maneras distinguidas y algo pensativo. Lleva inclinada hácia atrás su cabeza desnuda, con la vista dirigida al cielo y parece siempre ocupado por alguna idea gigantesca. Es miembro del círculo imperial y habita en el hotel del círculo. Por la mañana, se dirige á sus escritorios, situados en el centro de París; da una vuelta por la Bolsa y vuelve al club, donde da audiencia á sus principales clientes llenando de notas su cartera.

En fin, á continuación de estos señores citaremos dos agentes bien conocidos, de los cuales el uno ha sido condecorado por haber desempeñado durante la *commune*, el gobierno de Versalles; y el otro, ha sido gratificado en la misma época y con igual favor, por haber hecho lo contrario; es decir, por haber permanecido en París para representar á la compañía de los agentes de cambio.

El concierto en esta noche tocaba á su fin; las mujeres sentadas en el gran salon, formando un semicírculo alrededor del piano, empezaban á sofocar, ocultándolo con sus abanicos, algunos bostezos y á echar miradas oblicuas sobre la parte masculina de la asamblea, de la cual estaban separadas hacia una hora. La señora X... comprendió, que para retener á sus convidados en su sitio, para hacerles aceptar todo su programa, era necesario dar un gran golpe, animar á la concurrencia y excitar su entusiasmo. Dirigióse, pues, á la señora de un médico célebre, la señora de Z..., la cual es conocida con el nombre de «la frecuentadora de los salones», la rogó se hiciese oír, sufrió una negativa bastante seca, pero no se desanimó, insistió, suplicó y triunfó de todas las resistencias como ella esperaba; además, la señora de Z... gustaba de ser rogada.

Se vió entonces levantarse y dirigirse al piano una señora enjuta, casi vulgar y de maneras masculinas. Su rostro, nada tenia de notable, la boca era agradable, pero grande, llevaba un peinado muy raro, muy alto, con grandes bucles que caian cubriéndola los hombros y parte del pecho. Ni Wortkni Raudnitz, consentirian en dibujar su tocado, que lleva bastante desdeñosamente, aunque como una mujer á quien el arte pone á cubierto de la moda.

Acaba de llegar al piano y toma posesion de él sin que nadie se presente para acompañarla. En

efecto, no necesita del auxilio de ningun artista; escuchadla: desde la primera nota, se comprende que se está en presencia de una verdadera pianista. Miradla; mirad sobre todo su mano que es muy bella. La lleva con cierta coquetería de derecha é izquierda; ¡pero con qué arte, con qué elegancia! Mirad aún, y sobre todo escuchad. Canta, no es la misma mujer; sus ojos se dilatan; despiden rayos; están soberbios de energía y de pasión; sus narices se inflaman; su boca tiene una expresión extraña. Se encuentra uno en presencia, no solamente de una gran cantatriz, sino de una verdadera artista dramática. Es Raquel, en la voz, en las notas bajas tan magníficas. ¿Puede uno decir que es encantadora? Esta expresión no conviene á su fisonomía, á su talento; pero subyuga, electriza. No es una persona que encanta, pero sí que domina.

Esta noche hizo oír una melodía de Schubert, y dos de Schumann, estos maestros de la pasión clásica, estos *Cornelios* de la música, y la intérprete estuvo á la altura de los maestros, llegó al extremo del arte, al último límite de la pasión. La reunión no continuaba ya desanimada, no pensaría en quejarse de la dureza del concierto, y hubiese renunciado voluntariamente al baile, si la señora de Z... se hubiese dignado hacerse oír toda la noche. La rodearon, a colmaron de gracias, la estrechaban la mano; algunas mujeres la abrazaban, y familiarizándose con el

suceso, soportaba sin ningun embarazo esta ovación. Las sillas estaban abandonadas, el círculo se rompió y algunos caballeros, deseosos de complimentar á la señora de Z..., habian franqueado todos los obstáculos y reunídose á sus señoras. Esta efusión de los dos sexos, hizo se recobrase la alegría en el salón; las voces se elevaban, se escuchaba la risa, las conversaciones eran más animadas.

Solo un hombre de unos treinta años; alto, bien formado, de fisonomía expresiva, era el único que no se habia mezclado entre los diferentes grupos que acababan de formarse. De pié, apoyado en el dintel de una puerta, paseaba á su alrededor una mirada distraída, y parecia entregado á tristes reflexiones.

—¿Qué tiene el principal empleado de X...? dijo uno de los convidados á su vecino; ordinariamente expansivo y alegre, esta noche está casi fúnebre.

—Teneis razon, tan fúnebre como hermosa es su mujer. ¡Qué criatura más deliciosa!

Una jóven de veintidos años, bastante agraciada, habia escuchado esta corta conversacion. Se levantó, se dirigió hácia el jóven del cual acabamos de hablar, é inclinándose á su oído, le dijo vivamente:

—Por compasión, Jorge, tratad de dominaros; todo el mundo nota vuestra tristeza. Mi hermana tambien se alarma, me lo decia en este momento. ¿Hay algo de nuevo?

—Hay que mi última esperanza acaba de desaparecer; me rehusa la suma que esperaba.

—¿No teneis nadie á quién dirigiros?

—Nadie.

—Pero no os la reclaman en este momento.

—No; pero mañana... acaso esta misma noche... porque él está aquí, y entonces...

—Esperemos, dijo la jóven. Dios tendrá piedad de nosotros; se lo ruego tanto... ¡silencio! hé aquí á mi hermana.

II

Una señora jóven y elegante, pero vestida con mucha sencillez, se adelantaba, en efecto, hácia el principal dependiente del Sr. X... Cuando llegó á su lado, le dijo:

—Estoy sentada hace un gran rato; acompañadme amigo mio, para dar una vuelta por los salones.

Se alejaron. La jóven los siguió, marchando al lado de su hermana, ó refugiándose al lado de su cuñado, cuando las personas estaban muy apiñadas ó encontraba algun obstáculo para seguir adelante.

Las dos hermanas eran extremadamente hermosas, y á su paso por el salon se escuchaba un murmullo lisonjero. Una, la primogénita, casada hacia poco tiempo, tenia esa edad indecisa que empieza á los venticinco años para acabar á los treinta. Era la juventud en toda su fuerza, en todo su desar-

rollo, en el colmo de la perfeccion; tenia toda la gracia de los primeros años y el encanto, la languidez, el finito de los años que siguen. Era aún la primavera, pero la primavera hácia fin de Mayo, en la época de las últimas lilas y de las primeras rosas.

Luisa, pues este es su nombre, era alta, elegante, de formas llenas pero no exageradas; tenia los cabellos negros como el ébano, abundantes, cayendo por detrás de su cabeza en pequeños bucles, hasta el nacimiento del cuello; la frente despejada, la nariz aguileña y ligeramente encorvada, los ojos transparentes, grandes, sombreados por largas pestañas, y las cejas muy arqueadas; una boca de contornos enérgicos, los labios gruesos, rosados y cubiertos por un lijero bozo. Su rostro demuestra un gran carácter, pero cuya energía, un poco varonil, está templada por la dulzura de la mirada, la gracia de la sonrisa y un encanto soberano.

La jóven que la acompaña, se le asemeja prodigiosamente, pero parece ser, hablando mas propriamente, su reduccion. Es ménos alta, ménos morena; todas sus formas son ménos correctas; su rostro demuestra menos carácter; solamente en el encanto y la gracia está muy léjos de hallarse reducida, y posee por el contrario la perfeccion completa; no puede desearse en una jóven mayor número de castas reducciones.

Al atravesar las dos con su acompañante un pe-

queño salon reservado á los desocupados, llamaron la atencion á la baronesa de V..., aquella de la cual han dicho: «Sus hermosos ojos parecen siempre buscar en la tierra á sus piés demasiado pequeños para poder encontrarlos.»

La baronesa conversaba con dos jóvenes y un americano recientemente llegado á Francia, el señor Markett, hombre de unos treinta años próximamente y muy rico segun aseguraban. Acababa sin duda de mostrarse poco indulgente con uno de sus vecinos, y para rehabilitarse ante el Sr. Markett, que parecia reconvenirla por su severidad, empezó á hacer el elogio de los que acababan de llegar.

Hemos podido, mi querido amigo, le dijo ella, para instruiros en las costumbres parisienses, contaros sobre estos ó los otros algunas anécdotas, áun cuando conocidas de todos; pero sabemos hablar con indulgencia de las personas respetables. Atended: ¿veis esas tres personas que se dirigen hácia nosotros?

Markett, se volvió hácia el punto que le indicaba, miró y se estremeció. Sin embargo, nadie notó su emociion, é inclincándose ante la baronesa, le dijo:

—Sí, las veo, señora, ¿y qué?

—Pues os diré amigo mio, que el jóven que acompaña á esas señoras es el primer dependiente del señor X..., en casa del cual nos encontramos. Se llama Jorge Leroy. Es un muchacho apreciable y hon-

rado; ha hecho sólo su carrera y ha tenido la gran abnegacion de casarse con una mujer sin fortuna, lo que es raro en París y no tan raro en América, según pienso.

—Acepto el cumplimiento, señora, porque es justo, dijo Markett sonriendo.

—¿Creeis, continuó la baronesa, que se me vá á ocurrir la idea de hablar mal de él ó de su mujer?

—¡Nô, no lo creo! exclamó vivamente Markett.

Sin admirarse al parecer de esta vivacidad, y atribuyéndolo sin duda á la simpatia que la señora de Jorge Leroy inspiraba á todos, la baronesa continuó en estos términos:

Luisa Leroy, es una criatura adorable, afectuosa, buena, tierna, mujer en toda la acepcion de la palabra, y á la vez, resuelta, enérgica y de carácter casi aventurero. Lo ha demostrado durante el sitio; dirigiendo ella misma una ambulancia de las mejor establecidas, y no contentándose con los heridos que le llevaban, iba muchas veces á buscar otros hasta los puestos avanzados.

Yo la he visto en esa ocupacion, dijo de Céry, uno de los jóvenes que rodeaban á la baronesa.

La señora Leroy, continuó ésta, pertenece á una excelente familia y nació para ser millonaria; pero arruinada por un padre desnaturalizado, jugador desenfrenado: el conde de Servan, se vió obligado una vez terminada su educacion, á trabajar para edu-

car á su jóven hermana y algunas veces para mantener á su padre. La pobre jóven hubiese muerto, si Jorge Leroy, seducido por su belleza é impresionado por su conducta, no se hubiese enamorado de ella y se hubiese casado á pesar de su pobreza y de las obligaciones que se imponia, inquietantes para un yerno. No ha tenido que arrepentirse de su buena accion: tienen dos hermosas niñas y viven tranquilos y dichosos, sin verse obligados como nosotros para distraerse á frecuentar los salones. Si se encuentran aquí esta noche, es porque Jorge Leroy, no habrá creído poder dispensarse de aceptar la invitacion del señor X...

Markett no escuchaba ya á la baronesa, seguia con la vista á la señora Leroy, y parecia preocupado buscando un medio para hablarle. La baronesa, una vez terminado su pequeño discurso, se levantó tambien, buscó á una de sus amigas y se alejó con ella.

De Céry y Dorliac, un corredor muy conocido, quedaron solos. Despues de haberse ocupado unos instantes del conde de Servan, cuyo recuerdo acababa de ser evocado, llegaron sucesivamente á hablar del juego, que habia ocasionado la ruina del conde. De Céry, miembro de muchos círculos, renombrado por las bancas formidables que tallaba todas las noches, sostenia la superioridad de los juegos de cartas sobre los juegos de bolsa.

El jugador está al menos sobre la breha, decia animándose; expone su persona; ataca, destroza; su oro está allí, bajo su mano; le adelanta, le retira; todos sus sentidos están en acción, el oído, el tacto, la vista. Las sumas que gana se amontonan delante de él; tienen un cuerpo, las vé, las palpa, las acaricia; cuando huyen bajo el rastrillo del banquero, su vista las sigue, sus manos se crispan... En la bolsa no hay nada de esto; allí no se combate; se dan órdenes y se espera pacientemente á que un acontecimiento imprevisto, un soplo partido de Londres ó de Berlín, el disgusto de un hombre de estado ó el capricho de un banquero, venga á inclinar en la balanza de *debe* y *haber* las cuentas de provechos ó pérdidas. Los jugadores de bolsa, no son jugadores, son especuladores. lo cual es bien diferente.

Dorliac, el corredor, quiso por su parte defender sus derechos.

—Nuestras especulaciones, dijo, son juegos más formidables que los vuestros. En ellos la puesta no está limitada, se exponen millones á la vez, lo cual significa algo. Además, para el verdadero especulador, la emocion es continua; porque no vende, sino para volver á comprar, y no compra, sino para volver á vender.

Siempre en el peligro, siempre á merced de los grandes acontecimientos como de las más insignificantes circunstancias, lucha, no solamente contra lo

desconocido, sino contra lo invisible, contra lo impalpable, contra la fantasia de los hombres, bastante más incomprendible que las del azar, y precisamente este imposible, esta pasividad absoluta opera estos cambios tan inciertos y estas angustias tan terroríficas.

—Entonces, exclamó de Céry, segun vos, los juegos de Bolsa son superiores á todos los demás. El jugador no tiene sino un asilo, un templo, un reino; es decir, la Bolsa.

—Lo afirmo.

—Bien veo que no formais parte de ningun círculo. Si por la noche á eso de las once, os fuera posible contemplar una veintena de buenos jugadores, sentados alrededor de una mesa de *baccarat*, ó de pié, trémulos, adelantando su dinero ó retirándole, pálidos y calenturientos; si escuchaseis un momento estas palabras: «quinientos luises hay en banca, jugar señores.—No juego más.—Yo doy cartas.—¿Quién pone cien luises?—Quedan puestos.—Yo tengo nueve.» Si vieseis las masas engrosar ó disminuir; esta puesta de diez luises formar una suma importante; aquella de dos mil francos decuplicarse; todo este dinero, ir, venir, pasar de una mano á otra y agitarse sin cesar; entonces amigo mio, os dejariais poseer como los demás por el demonio del juego y abandonarais vuestro templo por nuestras pequeñas capillas.

—Ya conozco vuestras capillas y os he visto officiar.

—¿Y bien?

—¡Pues bien! No me habeis tentado, no me habeis causado ninguna emocion; me he encojido de hombros y he vuelto al templo.

—Ya sé por qué razon. En los círculos á donde os han conducido, no habeis visto ni oro ni billetes de banco; fichas de hueso, de marfil ó de nácar es lo que únicamente se vé sobre las mesas. Para los habituados, para los miembros del círculo, tienen estas tanto valor como los montones de luisés y les producen el mismo efecto. Un extraño, no puede dejarse conmovier por estas monedas y no siente tentacion alguna de ganarlas y meterlas en sus bolsillos. Este es el verdadero motivo de vuestros juicios; pero si os encontraseis, por ejemplo, en el camino de una ciudad, á la que en la temporada de baños se dirigen numerosos forasteros, en presencia de una mesa de ruleta ó de treinta y cuarenta, sobre la cual el oro y los billetes de Banco están en continuo movimiento, todas vuestras virtudes, mi querido amigo, no os servirían de nada.

—¿Lo creéis así? pues bien, no arrojaré nunca un luis sobre el más seductor y más brillante de vuestros tapetes verdes.

—¿Quereis apostar?

—Todo cuanto gustéis.

—Bueno, fijaremos más tarde la apuesta; pero... ¿me seguireis á donde quiera conduciros... aun cuando sea á Monte-Carlo?

—Os seguiré á donde querais y cuando querais.

—¿Me dais vuestra palabra?

—Os la doy.

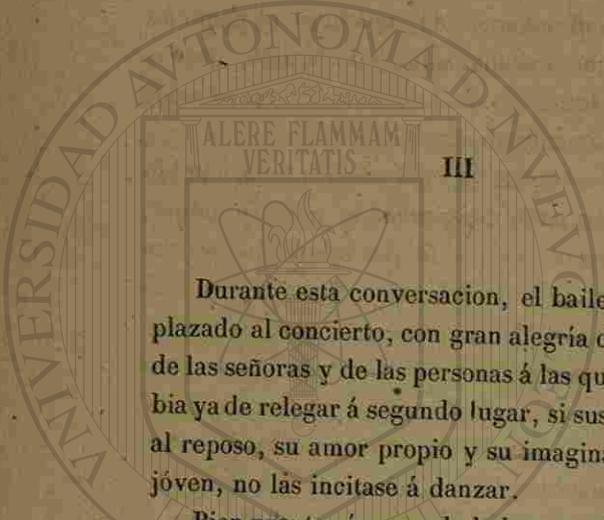
—Perfectamente. Apresuraos entonces á preparar vuestro equipaje en cuanto salgais de aqui.

—¡Ah! ¡Diablo!

—Ya veis que retrocedéis.

—No, no

—Entonces estamos convenidos.



Durante esta conversacion, el baile habia reemplazado al concierto, con gran alegría de las jóvenes, de las señoras y de las personas á las que su edad debia ya de relegar á segundo lugar, si sus piés rebeldes al reposo, su amor propio y su imaginacion siempre joven, no las incitase á danzar.

Bien pronto, á pesar de la buena voluntad de los danzantes, faltaron parejas para formar las cuadrillas, y tuvieron que buscarlas en las habitaciones á donde se habian retirado, unos para conversar, y otros para jugar al Whist. Luisa Leroy y su hermana Alicia, eran ambas demasiado encantadoras, para que dejasen de rogarles que abandonasen su retiro. La señora de Leroy resistió, sin embargo, á todos los ruegos; dijo que se hallaba fatigada y que se habia apoderado de ella una gran jaqueca. Pero, para conseguir que respetasen su reposo, se vió obligada á sacrificar á su hermana y á confiarla á un elocuente

danzarin que la arrastró lejos de sí. La joven se alejó tristemente; parecia que la conducian al suplicio más bien que formar parte en el baile de una cuadrilla. En el momento de abandonar el pequeño salon, echó una mirada sobre su cuñado, quién, á pesar de la presencia de Luisa, sentado á su lado, estaba receloso, callado, agobiado.

Esta postracion, en la cual parecia estar sumido Jorge, no podia pasar desapercibida para su mujer, y por esta razon, fué por lo que rehusó tomar una parte activa en el baile del señor X... y unirse á las demás bailarinas. Hacia ya algunos dias que la señora Leroy habia notado un cambio completo en el carácter y en la manera de conducirse de su marido. Generalmente, le llevaba cuando regresaba de su trabajo, si no una alegría loca, al ménos excelente humor, la sonrisa en los lábios y amor en el corazon. Trataba de hacerla olvidar las horas que habia pasado lejos de ella y de recompensarla por su ausencia. En pocos instantes se comunicaban todo cuanto les habia sucedido en el dia. El, la contaba las anécdotas del escritorio, las noticias de la bolsa y los mil sucesos de que se compone la existencia. Ella, le hablaba por su parte de las visitas devueltas, de las visitas recibidas, del traje en proyecto, de la invitacion recibida, y sobre todo, de sus hijas; dos niñas, una morena y otra rubia, cuya vista encantaba, y á propósito de las cuales formaban mil proyectos para

el porvenir. Las veladas trascurrían sin variación con estas conversaciones agradables, con las que el espíritu descansaba de los trabajos del día, á la vez que el corazón se expansiona.

Pero bruscamente, sin transición de la mañana á la noche, Jorge se había metamorfoseado, mostrándose tan reservado, tan taciturno, como comunicativo y afectuoso había sido desde el día de su matrimonio.

No solamente dejó de hablar, sino que ni aun contestaba á las preguntas de Luisa; sumergido en sus reflexiones, parecía no oírla, y si por un esfuerzo de voluntad tomaba parte repentinamente en la conversacion, se comprendía que no la había escuchado hasta entonces, y contestaba distraídamente y en completo desacuerdo. Sus costumbres sufrieron el mismo cambio; salía temprano, mucho antes de la hora en que solía dirigirse á sus oficinas, volvía únicamente para comer, y pasaba las noches lejos de casa.

Admirada primero, inquieta y atormentada después, Luisa le interrogó; él le aseguró que se engañaba; que nunca había sido más jovial, y que entonces estaba tan satisfecho como en otros tiempos. Para dar más fuerza á tales razones, achacó su abatimiento á que se hallaba á fines de mes, tenía las liquidaciones empezadas, y á la ausencia de uno de sus compañeros, todo lo cual le causaba un gran aumento de

trabajo. Luisa no aceptó estas disculpas; trató de adivinar lo que la ocultaba; no pudo conseguirlo, y se puso á su vez tan triste como su marido.

En estas disposiciones de ánimo, la velada del señor X... debía serle penosa y le manifestó su deseo de no asistir á ella. Pero Jorge salió inmediatamente de su mutismo para decirle vivamente, que por el contrario era necesario asistir á esta fiesta; que la ausencia de los dos sería notada y podría causarle con su principal un gran perjuicio. No insistió, pues, y siguió á su marido según se lo exigía.

Esta velada, en donde ella pensaba verle distraerse, alejar por un instante sus sombríos pensamientos y demostrar ante los extraños la satisfacción que no sentía en su interior, la afirmó más en sus temores y aumentó sus inquietudes; decididamente Jorge, estaba profundamente apesadumbrado para en público desempeñar tan triste papel y ser tan poco dueño de sí. Le observaba sin cesar; lo que más la inquietaba eran los esfuerzos inútiles que le veía hacer para ocultar sus preocupaciones. Algunos momentos levantaba bruscamente la cabeza, miraba ante él y trataba de tomar un aspecto más jovial, sonriendo á la reunión; pero un segundo después desaparecía este relámpago, se veía nublarse su frente, crisparse sus labios, extinguirse su mirada y bajaba de nuevo la cabeza. Sola con él, después de la partida de Alicia, trémula é inquieta, quiso interro-

garle de nuevo en voz baja. Pero él hizo un gesto de impaciencia, y como ella insistiese, se levantó bruscamente y fué á reunirse con uno de sus amigos que acababa de llegar. En el momento en que la señora Leroy, iba á levantarse á su vez, se dirigió á ella Markett el americano, ante el cual, la baronesa de L... acababa de hacer su elogio.

Markett, era un antiguo conocido de Luisa. Se encontraba en París hacia ocho dias solamente; pero el año precedente, habia tenido el honor de serle presentado y de ser recibido muchas veces por ella. Por lo demás, la señora Leroy, no hacia mas que pagar una deuda contraida por su marido: antes de su matrimonio, Jorge se habia dirigido á Nueva-York para algunos asuntos, y habia hallado en Markett una excelente acogida. Insensiblemente, los dos viajeros trasatlánticos hicieron amistad, entablaron una correspondencia continua, se encargaron recíprocamente de sus negocios sobre ambos continentes, y tuvieron el uno para el otro un sincero aprecio. El americano, de la misma edad poco más ó ménos que Jorge, era alto, rubio, colorado, simpático y hablaba el francés con bastante correccion, cuando se decidia á conversar, puesto que generalmente estaba callado, ó se detenia siempre en el momento de explicar su pensamiento, por una timidez invencible ó por el temor de no ser comprendido por las personas á las cuales se dirigia. París, que conocia la cifra

elevada de su fortuna, le hacia honores; pero él era poco pródigo, y si habia aceptado la invitacion del señor X..., no cabe duda que era por encontrarse un instante con la familia Leroy, á la cual estaba seguro de hallar en la casa del agente de cambio.

A pesar de sus inquietudes, Luisa creyó prudente no alejarse de Markett que acababa de tomar asiento á su lado. Tenia tanto más motivo para no desagradarle, cuanto que desde la llegada del Neu-Yorkais á París, llegada que coincidía con el cambio de actitud de Jorge, tenia conciencia de la frialdad con que habia recibido á su antiguo amigo; preocupada, inquieta, solo una vez habia consentido en recibirle, y en esta se habia mostrado muy reservada. Trató de reparar su falta, cuando Markett la manifestó la idea de regresar á América.

—¡Cómo! ¿Será verdad? le preguntó con interés; ¿pues no me habiais hablado de vuestro proyecto de fijaros decididamente en Francia?

—Sí, señora, respondió Markett, tuve por un instante ese pensamiento. No tengo familia allá; mis más íntimos amigos piensan igualmente habitar en Francia una parte del año, y me hubiese considerado muy dichoso pudiendo imitarlos.

—¿Y quién os lo impide? preguntó distraidamente la señora Leroy.

—No he encontrado aquí lo que hubiera deseado encontrar, lo que me hubiese retenido para siem-

pre... una afecion seria, un corazon sincero, una casa verdaderamente amiga.

—¿La habeis buscado?

—Sí.

—¿Y no se os ha abierto?

—A medias todo lo más... He creído un instante, ne tenido esperanza... pero me he engañado... Así me lo han hecho comprender... La mano que se había extendido hacia mí, se ha retirado y me encuentro más aislado que nunca.

—Lo siento sinceramente, mi querido amigo, dijo Luisa, siguiendo con la vista á su marido.

—¿En qué sentido me decís esto? Observó Markett sin poder contenerse.

—¿En qué sentido quereis que os lo diga? preguntó á su vez la señora Leroy, sin comprender el verdadero sentido de estas palabras.

—Es verdad, replicó el americano levantándose.

Guardó silencio por un momento, durante el cual parecia haber tomado una resolucion, y dirigiéndose de nuevo á la señora Leroy, le dijo:

—¿Cuándo podré tener el honor, señora, de ir á despedirme de vos?

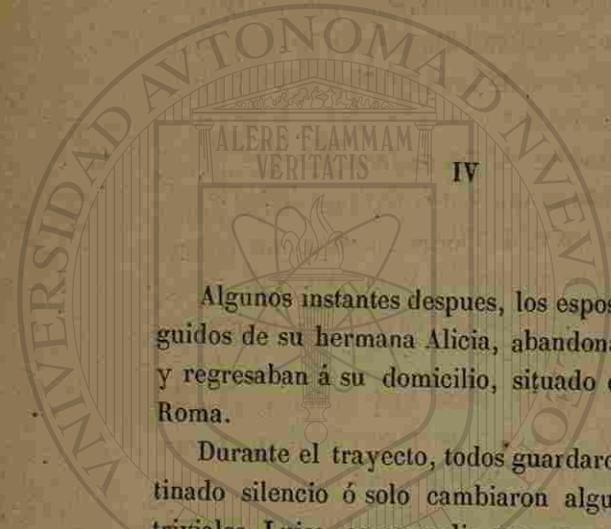
Jorge, que se dirigia hacia ellos, oyó esta última palabra, palideció y vaciló.

Tuvo sin embargo suficiente fuerza para adelantarse hasta Markett, y llevándolo aparte:

—¿Es cierto que partís ya? le dijo.

—Sí, querido amigo, renuncio á fijarme en Francia y á coiocar en ella mi fortuna como pensaba hacerlo. Os ruego por lo tanto vendáis los valores que os encargué comprar, realiceis mi capital y lo tengais á mi disposicion para el fin de la semana, para el sábado próximo, por ejemplo.

—Muy bien, dijo George... Pero si alguien hubiese podido escucharle hubiera oido murmurar estas palabras: ¡estoy perdido!



Algunos instantes despues, los esposos Leroy, seguidos de su hermana Alicia, abandonaban el baile y regresaban á su domicilio, situado en la calle de Roma.

Durante el trayecto, todos guardaron el mas obstinado silencio ó solo cambiaron algunas palabras triviales. Luisa, comprendia que no era este el momento para tener al fin una entrevista seria con su marido. En cuanto á Jorge, miraba fijamente á través del cristal del carruaje, sin al parecer aperebirse de la presencia de su mujer y de su cuñada. Esta última, tan disgustada á pesar de su juventud, como sus dos compañeros, los observaba alternativamente con disimulo, tratando á la vez de evitar que Luisa lo notase.

En fin, llegado que hubieron ante su casa, penetraron bien pronto en la habitacion que ocupaban en el tercer piso; pero en vez de reunirse en el salon

como acostumbraban ha hacerlo, siempre que regresaban de un baile ó de un teatro, para comunicarse sus impresiones y para cambiar algunas palabras, se separaron en el vestibulo: Alicia, para ir á su gabinete; Luisa, para ir al de sus hijas, y Jorge á su despacho.

Sólo, inconsciente de las inquietudes de su esposa, persuadido de que habia ido á acostarse y bien pronto estaria dormida, Jorge encendió dos bujias, tomó asiento ante su carpeta, y con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos reflexionó largo tiempo.

Despues se levantó, abrió una ventana á pesar del aire de la noche, y permanecié algun tiempo expuesto al frio, como si quisiera calmar su sangre, refrescar su cabeza abrasada, volver sus ideas más puras, más precisas, ver más claro en su situacion.

Por último, cerró la ventana, se dirigió hácia la carpeta con paso firme, se sentó de nuevo, tomó un pliego de cartas y se puso á escribir nerviosa, febrilmente.

Trascurrieron aun diez minutos, poco más ó menos, cuando el portier del despacho en que se hallaba Jorge, se alzó para dar paso á Luisa.

Se habia despojado de su traje de baile, y estaba cubierta con un peinador. Sus largos cabellos, sueltos con descuido, flotaban apiñados sobre el blanco

peinador. Estaba muy pálida, pero parecía decidida, resuelta á tener una explicacion con su marido, á salir en fin de las tinieblas que hacia algunos dias la rodeaban.

—Jorge, absorto en redactar su carta, no la sintió entrar; Luisa dió algunos pasos sobre la alfombra, que amortiguaba el ruido, y tocando en el hombro de su esposo:

—Jorge, le dijo.

Este dió un grito de espanto y trató de ocultar á las miradas de su esposa la carta que escribia.

Pero Luisa, derecha ante él, con voz firme y ademán resuelto, le habló:

—¿Qué es lo que pasa? decia. ¿Qué misterio pesa sobre nosotros? ¿Qué desgracia nos amenaza? Quiero saberlo todo, entiendes; lo quiero... He esperado ya demasiado hasta aquí... ¡Ah! no me contestes que no tienes nada; ya no te creeré... Te observo hace muchos dias y sé á que atenerme... Te he espiado hoy durante todo el baile... Estabas triste, abatido, febril... Tu sufres; quiero tomar parte en tu sufrimiento.

—Trató de hacer un gesto negativo, pero Luisa le detuvo.

—Es inútil; te digo que es inútil. ¿Por lo visto ya no te das cuenta de lo que haces? ¿No te has percibido de que por primera vez desde el nacimiento de nuestras hijas, no has ido á abrazarlas cuando

hemos vuelto? ¡Ay! esta razon me basta para adivinar que te sucede algo extraño, acaso terrible... Yo he ido á verlas, me he aproximado paso á paso á su lecho, las he visto dormir con el sueño de los ángeles, he oido su respiracion, y me decia á mi misma: «Él va á venir... él va á venir, como todas las noches, á apoyarse sobre mi hombro é inclinarse conmigo sobre el lecho de María, sobre la cuna de Juana...» Y tú, no has ido... te he esperado en vano... Has olvidado á tus hijas.

Jorge escuchaba en silencio, y al oírla hablar de sus niñas, una lágrima se desprendió de sus ojos.

Luisa continuó:

—Cansada de esperar, me he decidido á venir á ver lo que hacias... Tengo derecho para ello. Todas tus acciones me pertenecen, como todas las mias dependen de tí. Yo te he dado mi vida, pero la tuya tambien es mia... Llego, te encuentro sólo á las tres de la mañana, vestido aún como al volver del baile, agitado, pálido, escribiendo con mano febril... Me ves, y tu primer movimiento es ocultar esa carta... Muéstramela, quiero que me la enseñes.

—¡Es imposible! responde Jorge.

Está de pié, con los brazos caidos perpendicularmente, apoyados sobre el pupitre, y las manos sobre la carta.

—¡Imposible! dices, ¡imposible..! No sueñas... ¡Imposible! ¿Qué quieres que yo piense entonces?...

¿Dónde pueden detenerse mis temores? ¿Hasta dónde me conducirá mi pensamiento? La duda que vas á dejar en mi alma será mas terrible que la mas terrible de las realidades.

Repentinamente se desfizo como herida por una idea súbita, y lanzándose hácia Jorge, apoyando sus brazos en la carpeta y mirándole fijamente á los ojos, le dijo:

—¿Es que ya no me amas? ¿Escribias acaso á una querida?

—¡Ay! murmuró él con dulzura, con tristeza.

—No es eso, no es eso, exclamó Luisa; bien lo veo... Te defenderias de otro modo, protestarias de otro modo, no me hubieras contestado con esa dulzura, no me mirarias con esa mirada si fueses culpable... Perdon, perdon... olvida... Sufro mucho desde hace algunos dias, busco lo que puedes tener, pero nunca se me ha ocurrido esa idea; de tal modo creo en tí, tanto confio en tu amor... Pero entonces, ¿de que se trata, Jorge? Dímelo, te lo suplico. Ya ves hasta donde puede llegar una imaginacion que se extravía... Si tu supieses lo que acabo de sufrir, cuando esta idea... esta suposicion... esta injusticia me ha herido en la mente... Ten piedad de mí... déjame leer esa carta.

Su voz, firme al empezar, se habia enternecido, y gruesas lágrimas corrian de sus ojos. Bajo el peinador, su pecho oprimido se elevaba con desigualdad.

¿Se impresionó por esta desolacion, ó bien reconoció la imposibilidad de luchar con ella, de ocultarle por mas tiempo su secreto? Sus manos se separaron y dejaron al descubierto la carta. Sin tener valor para dársela, no le tuvo para impedir que la cogiera.

Entonces, se apoderó del sitio que ocupaba Jorge cuando ella llegó, se sentó en el sillón, se recostó sobre el pupitre y sin tocar á la carta, con los codos apoyados en la mesa á los dos extremos del papel, la cabeza cogida entre sus dos manos, pálida, nerviosa, con la mirada llena de avidez, leyó:

—«Mr. Markett.

«Cuando llegásteis hace ocho dias, á Paris, en memoria de nuestras buenas relaciones y sabedor de que era el principal empleado de Monsieur X..., me entregásteis una suma de cien mil francos, destinada á compraros papel de la renta francesa. Esta suma, no consta anotada en nuestros libros, no la he entregado en nuestra caja... Sin embargo, tampoco está en mis manos y no puedo por lo tanto devolvérosla... Héme aquí deshonorado á vuestros ojos, deshonorado á los ojos de todos... No puedo soportar este pensamiento... Cuando recibais esta carta, habré pagado mi deuda de la única manera que me es posible... Estaré muerto...»

No acabó la lectura, y se levantó de un salto. Luego, olvidando el contenido de la carta, el horro-

roso descubrimiento que había hecho, la terrible verdad que acababa de saber, no viendo más que una cosa, y es, que su marido quería matarse, se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Morir, morir tú!

Pero dicho esto, después de dar expansión á la ternura de la esposa, y á la desesperación de la amante, pensó en las líneas que había leído; las vió escritas con letras de fuego, allí, sobre aquel papel; bajó sus ojos, y separándose de Jorge, con acento nervioso, febril, le dijo:

—Veamos, ¿qué significa esta carta?... ¡Lo que has escrito ahí es falso!... ¿Esos cien mil francos que te han sido confiados, no los has entregado, no los tienes ya? ¡Eso es imposible!

—Ya no los tengo, dijo Jorge abatido.

—¿Y qué has hecho de ellos?

—Y qué importa, puesto que están perdidos, perdidos sin remedio.

—¡Tú! ¡tú! ¡el honor, la probidad misma!.. Nó, yo no puedo creerte... Tú mientes, te digo que mientes.

—No se dicen mentiras de este género, contestó tristemente Jorge.

—Es cierto, replicó Luisa.

—Luego se detuvo un momento, se cogió la frente entre ambas manos como si no quisiera dejar que se escaparan sus ideas, y mirando á Jorge, le dijo:

—¿Entonces, habrás jugado?

—Él, bajó la cabeza y no respondió.

—Luisa continuó sin mirar esta vez á su marido y como hablándose á sí misma.

—Sí, tú has jugado... Sólo el juego puede engullir tan pronto semejante suma.

Luego, alzando la cabeza, separando los cabellos que caían en desorden cubriéndole el rostro, exaltada, irónica, exclamó:

—¡El juego!... Sí, el juego... ¡Ay! ¡Ay! ¡es una fatalidad de familia!... ¡Después del padre, el esposo... Después la miseria, la deshonra! y miró de nuevo á Jorge.

¿Ha sido el juego, no es cierto? le dijo vivamente y con autoridad.

—Sí, respondió él con voz sombría.

—Pero, ¿por qué, cómo? le preguntó... ¡Ah! ya adivino, ya comprendo... una especulación de Bolsa... que tu creías segura; una ocasión de fortuna que has creído hallar... Te habrás dicho: «En algunos días, en veinticuatro horas acaso, seré rico y nadie sabrá que esta suma, con la cual habré ganado esa fortuna, que esta suma no me pertenecía, que era un depósito confiado á mi honradez...»

¡Desgraciado! ¡Desgraciado!

Como Jorge continuaba en silencio, prosiguió:

—Pero, ¿por qué ese delirio, esa sed de fortuna?... ¿Qué nos faltaba? ¿Te he pedido yo acaso lujo, pla-

ceres, opulencia?... Iba más orgullosa cogida de tu brazo, con nuestras dos hijas, que las que van con magníficos carruajes, con lujosos trajes...

Repentinamente la hirió un pensamiento terrible.

—¡Oh! ¡Mis hijas, mis hijas! exclamó prorrumpiendo en sollozos. ¡Mis hijas, el lujo mio, mi única riqueza!... Vedlas deshonradas; aún antes de saber lo que es el deshonor.

Esta voz, esta desesperacion, produjeron en Jorge una viva impresion. Dió un paso hácia Luisa. Se hubiera creído que iba á defenderse, á protestar contra sus acusaciones, á pedir un poco de indulgencia, un poco de misericordia. Pero se detuvo; vió sin duda que su justificacion era imposible y aceptó todas las consecuencias de la situacion en que se habia colocado.

Al cabo de un instante, más dueña de sí misma, con voz más tranquila, tomó de nuevo la palabra.

—Veamos, le dijo; no tenemos tiempo ni para re-
criminars ni para abatirnos. La situacion es terrible; pero acaso haya aun un medio para salir de ella... Esos cien mil francos podemos encontrarlos, pedirlos... Trabajaremos, nos privaremos de todo para restituirlos. ¿Quién podrá hacernos ese servicio, quién podrá salvarnos? ¿Has dado ya los pasos necesarios?

—¡Si los he dado! exclamó Jorge; ya hace cinco

dias que lo ensayo, que busco y nada encuentro... ¡Ay! mis fuerzas están agotadas, añadió; déjame morir.

—¡Morir!... ¡Y nuestras hijas! ¿Es preciso tambien que mueran ellas? No hablo de mí... ¿qué me importa á mí morir?... pero ¡ellas! ¡ellas! Las salvará tu muerte?

Pero deteniéndose de pronto, dijo:

—Esto es imposible, esto es imposible; estoy loca, estoy soñando. No, no, eso no es verdad, no es cierto.

—¡Ay! murmuró Jorge.

—En último caso, la situacion no será tan desesperado como tu la pintas... dime todos los detalles, quiero saber... ¿Qué puede pasar?... ¿Qué es lo que temes?... ¿Te han confiado cien mil francos para entregarlos en tu caja, para comprar valores?

—Sí, y me exigirán los devuelva á fin de esta semana, dentro de tres ó cuatro dias... No puedo hacerlo... Entonces, se dirigirán á la casa, sabrán que nada he entregado. Me harán llamar, me interrogarán y nada podré responder... Hé aquí la realidad en todo su horror.

—¡Y tú te has colocado en esta situacion, tú, tú!... Aquí hay alguna cosa que tu me ocultas; hay un misterio que yo no puedo penetrar. Jorge, ten piedad de mí... ¿Esto es una prueba, no es verdad?... Quieres que te crea culpable, que de fé á tus palabras. Ha-

29761

brás querido verme negar, afirmar que eso no podía ser... Ya lo he hecho... Ya lo he hecho, recuérdalo... te he dicho que eso no era cierto... te he dicho que mentías... tu has persistido... Entonces, he examinado la situación, he buscado contigo... tenía la cabeza turbada, estaba loca... pero mi corazón protestaba siempre; él me asegura de tu inocencia... Antes de cometer una falta, un crimen, habrías pensado en nuestras hijitas.

—Se detuvo, y dejando caer su mirada sobre la carpeta, dijo toda trémula:

—Entre tanto, esta carta que escribías... Luego continuó sin mirarle, hablando consigo misma, su conducta desde hace tres días, su ansiedad, su inquietud... y el juego, el juego, que me ha perseguido siempre... ¡Ah! no se qué pensar ya, mis fuerzas se agotan; y se dejó caer sobre una butaca, pálida, con el cabello en desorden, y los brazos pendientes.

Jorge, no tuvo valor para verla sufrir por más tiempo, adelantóse hacia ella y tratando de tomarle la mano:

—No me rechaces, no me maldigas, le dijo, si supieses...

—Ella interpretó mal el sentido de estas palabras.

Después de haber rehusado largo tiempo el creer la falta cometida, la creía ahora; de tal modo la agobiaba la evidencia de las pruebas. Creyó, pues, que Jorge trataba de disculpar su crimen, y no quiso

por respeto á ella y por respeto á él mismo; hay faltas que no pueden disculparse, errores que no pueden palidecer; no se puede más que llorarlos y espiarlos.

—¿Tengo necesidad de saber? ¿Qué disculpa puedes darme y de qué me sirven tus disculpas?... ¿Se trata acaso de mí? ¿Se trata de nosotros? Solo en nuestras hijas es en quien necesitamos pensar en este momento... ¡Ah! añadió con amargura: ¿aun cuando te disculpara la esposa, podría absolverte la madre? Maldito sea el día en que...

—Se detuvo. El portier que ella había alzado media hora antes para entrar en el despacho de Jorge, acababa de alzarse ahora también.

1372

Alicia, á la que creían retirada á su habitacion hacia largo rato, apareció pálida como su hermana, pero mas tranquila, mas reflexiva.

Se adelantó hasta Luisa, y mostrándole á Jorge, le dijo:

—No maldigas el día en que le amaste, porque no ha dejado de ser digno de tu amor.

—¡Alicia! dijo Jorge lanzándose hácia ella, como si quisiera impedirle que hablara.

Esta le interrumpió.

—No, le dijo; no tenéis derecho para hacerla sufrir por más tiempo, para hacerla dudar así de vos.

—¿Y crees que no sufrirá tanto en cuanto lo sepa, repuso Jorge.

—¿El qué? preguntó Luisa.

Pero, sin contestarle, Alicia había tomado las manos de Jorge, y estrechándolas entre las suyas, le dijo:

—Gracias, gracias en mi nombre y en nombre de mi hermana, por la reserva que habeis guardado hasta ahora. Gracias por vuestro sacrificio, por vuestra abnegacion... Os habeis acusado, la habeis dejado dudar de vos, habeis sufrido cuando no habeis hallado ni una palabra que decirle... Ahora, es preciso que sepa la verdad, como la sé yo misma. Los tres necesitamos hablar de nuestra desgracia y buscar un medio de remediarla, si no le encontramos, al ménos, tendremos la satisfaccion de decirnos que solo somos desgraciados, pero no que hay culpables entre nosotros.

Luisa no la habia interrumpido. Escuchaba palpitante, mirándola y mirando á Jorge, comprendiendo que allí habia un misterio, que iba al fin á conocer, que su esposo, su Jorge muy amado, no habia dejado de ser digno de ella y de él mismo.

Se adelantó hácia su hermana y apoyando sus dos manos en los hombros de la jóven, le preguntó:

—¿Qué significa todo esto?

—Esto significa, respondió Alicia, que no es tu marido el culpable... No es él quien ha tomado el dinero.

—¡Ah! murmuró Luisa con alegría.

Luego añadió:

—¿Pero quién ha sido?

Jorge, quiso aún impedir que su hermana hablase, pero como Luisa insistía en querer saber quien

era el culpable. Alicia acabó por decirle en voz baja: es nuestro padre.

—¡Nuestro padre, nuestro padre! repitió Luisa aterrada.

Entonces pidió mas explicaciones, y le fueron dadas. Nosotros las trascribimos aquí, añadiendo sobre el conde de Servan algunos detalles necesarios para la claridad de este relato.

Desde la infancia, se habia apoderado de Monsieur de Servan, el demonio del juego. En el colegio, no pensaba mas que en jugar con bolitas. Los dias que se hallaba *de vena*, llenaba su pupitre de estas bolitas de piedra, mármol ó ágata, le vaciaba al siguiente día, y el dinero de la semana lo empleaba en comprar otras nuevas. Cuando estudiaba retórica, las bolitas fueron reemplazadas por las cartas; en el paseo de recreo, oculto detrás de un lienzo, en el estudio ó en la clase, con un diccionario por escudo, jugaba furiosas partidas de batalla ó de ecarté. Las puestas eran entonces en metálico; pero cuando llegaba á faltar el dinero, jugaba su atlas, sus libros, su papel blanco, sus reglas, sus tarros de dulce; jugaba hasta el tiempo y el trabajo, porque se comprometia ha hacer el tema ó la traduccion de su adversario, si éste ganaba la partida.

Cuando salió del colegio, como su edad no le permitia ser admitido en un círculo ó en una casa de juego, organizaba grandes juegos en la habitacion que

ocupaba en su casa, en los gabinetes de un restaurant, y más tarde en casa de su querida ó la de sus amigos.

Llegó la Revolucion de 1848. La policia, absorbida por la política, se hizo tolerante: los juegos ilícitos triunfaron en todas partes; como por encanto se vieron abiertos muchos círculos sospechosos, donde eran acogidos los jóvenes, con gran amabilidad, y fundarse aquellas célebres mesas de convite, donde despues de una comida de tres francos, la vieja loreta y el mayor, su asociado, desbalijaban jugando al lansquenet al aficionado que frecuentaba aquellos círculos.

El joven conde de Servan, aprovechándose de esta coincidencia, corria á estos círculos sospechosos, á las mesas de convite; se hacia pródigo entre las mujeres, y al dia siguiente, para pagar sus deudas, hacia una visita á un usurero; de modo que cuando fué puesto en posesion de la herencia materna, ya no le pertenecia.

Pero pronto halló otra fortuna que consumir, que fué la de su padre. Esta vez, la devoró en dinero contante, en buenos escudos sacados de su bolsillo y no pedidos por la mañana en calidad de préstamos: como la anterior, ésta desapareció tambien, aunque en los sitios más escogidos, en los círculos oficiales, que se apresuraron á abrirse ante el conde de Servan, el dia en que llegó á tener la edad reglamentaria. Entonces, se levantaba á las dos en invierno, salia a las

cinco, se paseaba durante una hora, comía en el círculo y no le abandonaba hasta las seis ó las siete de la mañana, despues de haberse enriquecido y arruinado, diez veces en la misma noche.

El verano, cuando se desorganizaban las partidas y sus adversarios huían de París para restablecer sus agotadas fuerzas en los establecimientos de baños, en el campo ó en los baños de mar, partía á su vez para Alemania, y se convertía durante dos meses en asiduo concurrente de los casinos. Tenía en ellos gran importancia, jugaba el máximum á todos los golpes, y más de una vez se le vió ganar en la banca más de un millon. Hablaban de él en los periódicos, y los cicerones le mostraban á los extranjeros como un objeto raro.

Pero pronto desaparecía el millon para luego ser reemplazado por otro. Algunas centenas de miles de francos, adquiridas efecto de nuevas herencias, tomaron el mismo camino que los millones, y un dia, el conde de Servan, notó que estaba arruinado.

Sólo entonces, concibió la idea de casarse: Su apostura, aire noble, su nacimiento y la inquebrantable resolucion que parecia haber tomado de no volver á tocar una carta, le permitieron que se uniera á una mujer bonita y á la vez rica. La amó durante algun tiempo, tuvo dos niñas, luego olvidó sus juramentos, jugó de nuevo y dispó la fortuna de su mujer, como habia disipado las anteriores.

Viudo algunos años despues, quiso consagrarse á la educacion de sus dos hijas, porque áun cuando las habia arruinado, las adoraba... como á dos partidas de *baccarat*. ¿Pero cómo sin fortuna educar y dotar á dos jóvenes? Ya no podia esperar nuevas herencias, y en cuanto á trabajar, creía que era para él demasiado tarde. Vedle, pues, obligado aun á hallar recursos en el juego; pero el juego disminuido, pequeño, el de sus primeros años, con grandes trabajos para procurarse por la mañana algunos luises, necesarios para la *baccarat* de la noche. despues de grandes paseos por París, de largas esperas en casa de los hombres de negocios, de préstamos para pagar la deuda del dia anterior, no sólo por un sentimiento de honor, siempre respetable, sino para sostener su crédito y poder continuar jugando.

Entonces, no formaba parte de los grandes círculos, en los cuales paseaba en otro tiempo por entre los miembros más brillantes y los jugadores de más nombre. Sus recursos, no le permitían adelantar las puestas que entonces hacia, y su orgullo, le prohibía, que despues de haber rayado en primera línea, pasara á la última, por lo que se deslizó en los círculos secundarios, donde podia aun figurar con algunos miles de francos. Ganaba algunas veces, perdía las más; pero entre un dia de vena y una noche de desgracia, en medio de estas alzas y bajas consi-

guió hacer educar á sus hijas en un buen convento, y proporcionarles un bienestar relativo.

Ya entonces se trataba de casarlas. Esto no es cosa fácil, sobre todo, cuando no se posee capital alguno, y sí, una reputacion de jugador desenfrenado que aleja á las personas más prudentes. Sin embargo, Luisa de Servan es tan seductora, que Jorge Leroy se enamoró de ella. Para casarse, olvidó la pobreza y el vicio del padre; hizo aun más, quiso que su hermana Alicia viviese con ellos; y como el conde se encontró desde luego aislado, le acogió tambien en su casa.

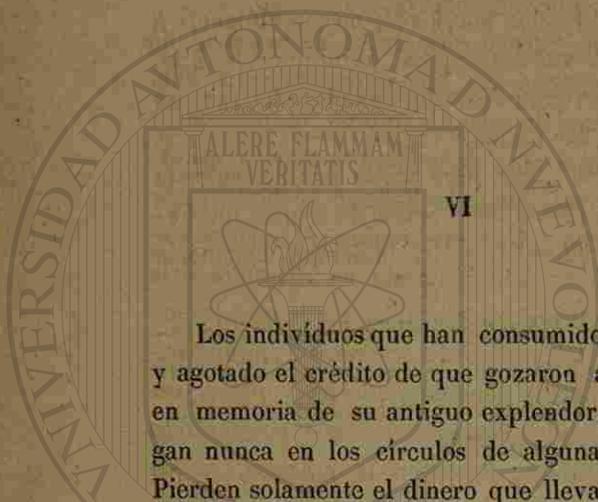
Al principio, la conducta de Jorge Leroy no tuvo nada de extraordinario: M. de Servan era una persona de las más amables, un huésped cómodo, fácil de sustentar; tenía una conversacion muy amena; le causaba placer tenerlo á su mesa, en su intimidad, bajo su techo. Pero bien pronto no bastó dar al conde habitacion y mesa; fué preciso adelantarle algunas sumas pequeñas y luego mayores, para que pudiera satisfacer sus deudas de honor. ¿Cómo resistirle? Una mañana, fué á ver á su yerno antes que partiera para la oficina, y con su acento más zalamero, y su sonrisa más graciosa, le dijo:

—¿Sabes, mi querido Jorge, que vuestro suegro es un niño viejo?... Ayer me creí de vena, y esperaba ganar algunos billetes de mil francos, para reembolsaros lo que tan generosamente me habeis prestado.

He jugado, he logrado atrapar una combinacion divina, y tengo necesidad está mañana de cincuenta luises... Prestádmelos por favor; no me obligueis á que los pida á vuestra esposa, á mi querida hija, porque sufre un gran disgusto, cuando sabe que aun sucumbo á mi fea pasion.

Jorge se hizo rogar, pero acabó por conceder lo que le pedian: ¡Tenia tanto temor de causar un disgusto á la que adoraba, y Mr. de Servan, le conocia tan bien!

Pero, á estos préstamos solicitados, debia de seguir un préstamo forzoso, de una gravedad particular, y que segun hemos visto, debia de colocar á Jorge, en una situacion terrible.



Los individuos que han consumido una fortuna, y agotado el crédito de que gozaron algún tiempo, en memoria de su antiguo esplendor, no se arriesgan nunca en los círculos de alguna importancia. Pierden solamente el dinero que llevan en sus bolsillos, y el temor de no poder pagar al día siguiente, les impide el pedir prestado.

—Pero á veces, se forman en París círculos de segundo orden, destinados solo á vivir algunos días, y en los cuales hay más libertad y los estatutos se observan con menos rigidez. Desde las diez de la noche á las tres de la mañana, mientras que los miembros del comité, fieles guardianes del reglamento, circulan por los salones, se contentan con las jugadas permitidas, en las que todo el mundo toma parte. Pero cuando aquellos se retiran, cuando no temen ninguna observación, ninguna reprimenda, algunos jugadores se entregan entre sí al juego clan-

destino, tallando bancas formidables, sin preocuparse para nada del máximun estatutario, y en los cuales llegan á jugar sobre su palabra.

El conde de Servan formaba á veces parte de estas partidas peligrosas. Generalmente salía bien librado, pero una de ellas, la última, le fué fatal.

Su larga costumbre de jugar y su grande intimidad con las cartas, debieran haberle hecho adquirir alguna experiencia. No tiene ninguna; el jugador viejo, es un teórico notable; agrada en extremo oírle razonar sobre el juego; os prueba con la mayor claridad del mundo, que en determinadas circunstancias, necesariamente debe de perderse, y que es una locura luchar contra la suerte... y una porción más de cosas admirables. Pero, en la práctica, olvida absolutamente sus teorías, el sábio que os acaba de hablar así, se agita como un loco y el que es profesor en la materia, se conduce como un verdadero escolar.

Pues bien; Mr. de Servan, una noche que se hallaba en compañía de algunos adversarios en el salón de un... medio círculo, persistió, á pesar de las advertencias de la fortuna, en querer jugar. Perdió cinco mil francos sobre su palabra. Luego, como no sabía cómo pagarlos al día siguiente, perdió hasta veinte mil por recuperar los primeros; se aferró más en su idea, perdió aun, y al salir el sol, después de una lucha encarnizada, se encontró con que

era deudor de setenta mil francos al baron de Saimpré, uno de sus colegas.

El conde se retiró muy triste. No era, sin embargo, la cifra de su deuda la que le ponía así; que hubiera perdido cinco mil ó setenta mil francos, para él era lo mismo. Si no podía pagar la mayor cantidad, le hubiera sido también casi imposible el pagar la pequeña. Se confesaba á sí mismo, que hubiera sido preferible el haber hecho una pérdida considerable; su amor propio sufriría ménos. Se muestra uno más indulgente con un gran acreedor que con uno pequeño, y el conde de Servan con arreglo á su nombre, á su familia y á sus antiguas relaciones, al declararse en quiebra, debía de tener un pasivo respetable. Pero tenía que habérselas con un acreedor intratable, y este pensamiento le atormentaba. Conocía bastante al baron de Saimpré, sabía que no se prestaba á un arreglo, que era de los más severos en materia de juegos, y que siempre estaba pronto á decir una palabra picante á los morosos, y á desenvainar una espada si la palabra no le convenía al interesado.

El conde no rechazaba un duelo; en su vida aventurera había tenido muchos; pero temía con razon un asunto de honor producido por una deuda de juego. En estas cuestiones, el acreedor tiene siempre razon, lleva la mejor parte y nunca deja de decirse: cuando se pierde se paga, y sobre todo no se bate uno hasta que no ha satisfecho la deuda.

Mr. de Servan no podía hacerlo; esperar á hallar setenta mil francos para calmar á su formidable acreedor, sería una gran locura; buscarlos, sería aun mayor. Esperaba pues, con cierta inquietud, con una gran aprension; pero esperaba en su casa, ó más bien en casa de su yerno, sin entregarse á dar pasos que eran absolutamente inútiles.

Pasó un dia y otro, y Mr. de Saimpré no dió señales de vida. Al tercer dia, escribió para refrescar la memoria á Mr. de Servan, que sin duda había olvidado, le decía con mucha urbanidad, la pequeña deuda contraída en la noche pasada.

Colocado en la precision de contestar, el conde declaró en un billete muy bien redactado, que estaba muy lejos de haber olvidado su deuda, pero que era considerable y necesitaba algunos dias para vender algunos valores. Esta es generalmente la disculpa que dan los morosos; es deplorable, y al verla surgir un acreedor, debe de temblar por su crédito. En efecto, si los valores son malos, no los venderá nunca; si son buenos, al contrario; el Banco de Francia, un agente de cambio ó un amigo generoso, se apresurará á adelantar la suma necesaria.

El baron de Saimpré, familiarizado con esta escusa (acaso empleada por su propia cuenta), no se dió por satisfecho y se dirigió al domicilio del conde para pedirle explicaciones sobre su poco tranquilizadora carta.

Esta visita se efectuó á las nueve de la noche.

Mr. de Servan, recibió al baron en el despacho de Jorge. Su yerno, ausente todo el día, le abandonaba voluntariamente esta habitacion generalmente desocupada. Desgraciadamente, este día, una media hora antes de la llegada del baron de Saimpré, se habian reunido Jorge Leroy y el americano Markett. Este habia desembarcado hacia algunos días, habia venido á ver á Jorge, y despues de cambiar algunas palabras, le habia dicho:

—He tomado ayer en casa de uno de mis correspondientes de París, cien mil francos, de los cuales no tengo necesidad alguna para mi viaje y que tampoco quiero colocar en América. Hacedme el favor de comprarme con esta suma valores franceses al portador, y dispensadme así de ir á casa de vuestro agente, al cual apenas conozco. Si me decido á fijar mi residencia en Francia segun proyecto, ó más bien segun espero, me entregareis los títulos; si por el contrario, parto para los Estados- Unidos, venderemos de nuevo los valores que compreis y me llevaré el importe.

Jorge Leroy no creyó debia rehusarle lo que le pedia; Markett sacó de su cartera un lio de billetes de banco y despues de contarlos, se los entregó á Jorge, que provisionalmente los depositó en un cajon de su mesa de escritorio.

Algunos instantes despues, arreglada esta cues-

tion, Markett, manifestó el deseo de ser recibido por madame Leroy, y Jorge, le condujo á donde se hallaban su mujer y su hermana.

Al dejar su despacho, no pensó en retirar la llave del cajon, que generalmente no contenia ningun valor importante. Este olvido puede sorprender algo en un hombre tan previsor como Jorge Leroy. No habia razon, sin embargo, para admirarse: las personas habituadas, efecto de su profesion, á manejar mucho dinero, no tienen los temores ni toman las precauciones que las personas que por azar se hallan en posesion de una fuerte suma. Un hombre elevado repentinamente á desempeñar las funciones de cajero, no pierde de vista su caja, la cierra con cuidado cuántas veces la abre, y cuenta los billetes de banco y los montones de oro, diez veces por día; se asemeja á un pobre diablo cuya bolsa se halle generalmente vacía, y consigue un día poseer un billete de mil francos; toca á cada instante el precioso papel; le palpa, se asegura de que está siempre en el mismo sitio, y se baña de sudor frio cuando sus dedos no le encuentran instantáneamente. Poco á poco se acostumbra á ser cajero y á llevar dinero en su poder; se hace ménos tímido, ménos prudente... y entonces, es cuando es robado.

¡Ay! Jorge Leroy, debia de sufrir esta triste experiencia.

Acababa de pasar al salon con Mr. Markett, cuando entregaron á Mr. de Servan la tarjeta del baron de Saimpré.

El conde, que se hallaba con sus hijas, las dejó inmediatamente, y se dirigió al despacho de su yerno, en el cual habian introducido á su visitador.

—Caballero, dijo en seguida Mr. de Saimpré, en respuesta á una carta mia, me habeis hecho el honor de escribirme un pequeño billete que no he comprendido bien, y á propósito del cual cometo la indiscreccion de veniros á pedir algunas explicaciones verbales.

—Vos no podeis ser indiscreto, caballero, contestó el conde tratando de sonreír. Estoy á vuestras órdenes.

—Me escribis, replicó Mr. de Saimpré, frío, seco, pero político, que habeis dado á vender valores, y

que os veis obligado á esperar su negociacion para desquitaros conmigo.

—Sí, en efecto, siento vivamente este retardo; pero es ajeno á mi voluntad.

—¿Cuánto tiempo durará?

—No puedo precisarlo, balbuceó el conde.

—Sin embargo, os habrán fijado un límite para esa venta, tres dias, una semana, quince dias acaso.

—Quince dias precisamente, se apresuró á decir Mr. de Servan.

Pensaba que era preferible ganar tiempo, y, que Mr. de Saimpré le dejara libre por quince dias; pero hubiera sido preciso que este aceptase antes esta próroga, y no parecia dispuesto á ello.

—Veo, repuso el baron, con tono cada vez más frío, que vuestro agente de cambio ó vuestro apoderado, hace de vos lo que quiere, y os aconsejo, os pido, que le recojais vuestros titulos.

—Pero yo no puedo... yo...

—¿Cómo que no podeis! ¿Luego están vendidos?

—Todavía no.

—Entonces, recobradlos. ¿Quién os lo impide?

—¿Y qué haré de ellos? ¿Cómo obtendré el dinero?

—Me los entregareis en pago, dijo el baron con la mayor sangre fria, y si hay alguna diferencia en vuestro favor, os la abonaré. Creo no puedo avenirme mejor, lo reconocereis: os quito ese cuidado y

os evito esa tardanza... irregular, gravosa para mí y poco honrosa para vos. Esto es lo que queria decir.

—¡Bueno! dijo el conde con mayor audacia...

—Pediré los títulos segun vuestro deseo y os los enviaré.

—¿Cuándo?

—Pues... mañana.

—Evitao tambien esa molestia. Entregadme una tarjeta para vuestro agente, y yo mismo iré á buscar vuestros valores. Acaso me arregle tambien con él al mismo tiempo para una venta más rápida. El asunto es que abreviemos, os lo ruego; deseo estar esta noche en el círculo, muy temprano. Se trata de una partida soberbia, y quiero hallar un asiento ante la mesa, porque no gano nunca, cuando juego de pié.

El conde se estremeció al oír estas palabras: ¡una partida soberbia! ¡Si él pudiera rehacerse, pagar á su adversario, ganar algunos miles de francos de los cuales tenia tan perentoria necesidad! Pero no habia que pensar en ello; ¿y cómo habia de jugar sin haber pagado su deuda, y sobre todo sin arriesgar alguna puesta? Esto era una lástima, él creia haber notado hacia algun tiempo, que sus venas eran intermitentes, cada dos días, como ciertas fiebres; al día siguiente de la noche en que habia perdido, hubiera ganado inevitablemente. ¡Qué afortunado estaria despues de la desgracia del día anterior!

Como ocupado en estas reflexiones guardaba silencio, Mr. de Saimpré creyó debia recordarle la realidad, y adelantándose hasta él, le dijo:

—Os ruego me entregueis la carta para vuestro agente de cambio.

Mr. de Servan se estremeció y todos su pensamientos se desvanecieron.

—Dios mio, contestó con voz insegura, no veo la necesidad de escribir la carta que me pedis. Vos no podeis enviarla esta noche, y mañana á primera hora iré yo mismo á casa de mi agente.

—¿Con seguridad? replicó el baron, cuyo tono se hacia ya agresivo. Pues bien, ¿quereis, caballero, que os diga francamente cual es mi opinion?

—¿Qué opinion?

—Esta: vos no habeis confiado ningun valor á vuestro agente de cambio.

—¡Caballero!

—Fácilmente podias probarme lo contrario; escribid.

¿Por qué no habia de escribir á un agente cualquiera, al cual iria á decir al día siguiente: «Me he equivocado de nombre, os he escrito, creyendo escribir á Fulano; no hagais caso de la carta que os traigan?» Así alejaria por un instante á Mr. Saimpré, cuyo tono y maneras empezaban á inquietarle.

Además, la famosa partida de que el baron le habia hablado y que iba á dar principio á los pocos

momentos, estaba siempre ante su vista. Acaso podría procurarse algunos luises y reparar todos sus desastres.

Resolvió, pues, desembarazarse antes de todo de su acreedor, y buscó lo necesario para escribir. No halló más que pluma y tintero, no pudo descubrir el papel de cartas, y pensando que su yerno le habria encerrado en el cajon, tiró de él y le abrió.

Entonces se apercibió de los billetes de banco.

Estaban allí; bajo sus ojos, hechos un lio, formando un volúmen magnífico, seductores hasta lo imposible.

—¿A quién pertenecía aquel dinero? ¿Por qué aquella suma tan considerable se le presentaba en aquel momento?

—La diosa de la fortuna parecia decirle: «Tómalo, tómalo, corre á jugar, serás invencible; dentro de una hora, volverás rico, tan rico como en otro tiempo.»

—Pero este dinero, no era suyo. Hizo un movimiento para cerrar el cajon.

—Mr. de Saimpré, que habia visto los billetes, detuvo al conde:

—¡Oh! ¡Oh! caballero conde, le dijo; estais más en fondos, de lo que me habeis hecho creer... me admira vuestra conducta conmigo. Me haceis esperar tres dias el pago de una deuda de juego, me hablais de valores en venta, me poneis en un compro-

miso, cuando teneis ahí, bajo la mano, una suma más que suficiente para pagarme.

—Mr. de Servan, estuvo á punto de decir:

—Este dinero, pertenece á mi yerno, no tengo derecho para tocarlo; pero un falso orgullo le detuvo; le repugnaba confesar que no estaba en su casa, que habitaba en la de Jorge Leroy, que era el huesped, el pensionista de sus hijas. Cuando daba las señas de su domicilio, no hablaba nunca de ellos y se ingenia-
ba para hacer creer que habitaba su propia casa. El antiguo millonario se sonrojaba de su dependencia y su pobreza actuales. Creyó hábil hacer suponer á Mr. Saimpré que aquel lio de billetes de banco, le pertenecía. El se decia, y en parte tenia razon, que se es más indulgente con los ricos que con los pobres; que se reclama con ménos exigencia, una deuda á los primeros que á los segundos. El lo habia experimentado frecuentemente: en la época de su fortuna se veia obligado á pedir diez veces sus cuentas antes de obtenerlas, y hoy, sus proveedores, se las presentaban mucho antes de que se las pidiera.

Estos cálculos eran deplorables con un hombre supersticioso como Mr. de Saimpré, decidido á tallar aquella misma noche, bancas formidables, á fin de continuar su vena de los dias anteriores, queria disponer de todos sus recursos, y en la conviccion de que se es más afortunado con el dinero de los demás que con el suyo, deseaba, segun la

sagrada, *jugar sobre el terciopelo*. Insistió pues, para que fuese pagado inmediatamente, fué tenaz, y se hizo impertinente ante las resistencias del conde.

Bien pronto comprendió éste, que si resistía por más tiempo, una querrela, un duelo, serían inevitables: los diarios se harían eco del asunto, y habría un escándalo; lo que aun le quedaba de su antiguo prestigio, desaparecería, en fin, y lo más grave, los últimos círculos en los cuales jugaba, le serían cerrados. Al mismo tiempo, el lio de billetes de banco se agitaba entre sus dedos. Parecía palpitar, animarse, vivir. Le continuaban diciendo: «Tómalo, tómalos y paga; con lo que quede, ganarás lo que pagas en este momento; te enriquecerás para siempre, y volverás á colocar esa suma en el cajón, antes de que se aperciban de su desaparición.»

—Perdió la cabeza, apurado más y más por el barón, solicitado de todas las maneras, febril, enloquecido, pagó los setenta mil francos.

Luego, metiéndose en el bolsillo los últimos billetes de banco, salió precipitadamente para ir á jugarlos.

VIII

Conforme le había dicho Mr. de Saimpré al conde de Servan, acababa de dar principio á una gran partida, en el círculo donde ambos señores habían probado fortuna el día anterior. No tardaron en ocupar los dos un asiento ante el tapete verde y empezar de nuevo la lucha suspendida.

Pero Mr. de Servan, al cual haremos justicia, no tenía aquella noche, cuando llegó al juego, la sangre fría que nunca le abandonaba. Su mala acción, podemos decir su crimen, se le aparecía por momentos en todo su horror. Hasta entonces, podían acusarle de calavera, maldecirle por haber vivido tan mal, por haber sido fatal para los suyos; pero su honor permanecía intacto. Gozaba hasta de esa consideración que se guarda á los jugadores desgraciados, y si por ventura le sucedía que ganaba una serie de ocho ó nueve en una partida de *baccarat*, sus más encarnizados adversarios, nunca dudaban

sagrada, *jugar sobre el terciopelo*. Insistió pues, para que fuese pagado inmediatamente, fué tenaz, y se hizo impertinente ante las resistencias del conde.

Bien pronto comprendió éste, que si resistía por más tiempo, una querrela, un duelo, serían inevitables: los diarios se harían eco del asunto, y habría un escándalo; lo que aun le quedaba de su antiguo prestigio, desaparecería, en fin, y lo más grave, los últimos círculos en los cuales jugaba, le serían cerrados. Al mismo tiempo, el lio de billetes de banco se agitaba entre sus dedos. Parecía palpitar, animarse, vivir. Le continuaban diciendo: «Tómalo, tómalos y paga; con lo que quede, ganarás lo que pagas en este momento; te enriquecerás para siempre, y volverás á colocar esa suma en el cajón, antes de que se aperciban de su desaparición.»

—Perdió la cabeza, apurado más y más por el barón, solicitado de todas las maneras, febril, enloquecido, pagó los setenta mil francos.

Luego, metiéndose en el bolsillo los últimos billetes de banco, salió precipitadamente para ir á jugarlos.

VIII

Conforme le había dicho Mr. de Saimpré al conde de Servan, acababa de dar principio á una gran partida, en el círculo donde ambos señores habían probado fortuna el día anterior. No tardaron en ocupar los dos un asiento ante el tapete verde y empezar de nuevo la lucha suspendida.

Pero Mr. de Servan, al cual haremos justicia, no tenía aquella noche, cuando llegó al juego, la sangre fría que nunca le abandonaba. Su mala acción, podemos decir su crimen, se le aparecía por momentos en todo su horror. Hasta entonces, podían acusarle de calavera, maldecirle por haber vivido tan mal, por haber sido fatal para los suyos; pero su honor permanecía intacto. Gozaba hasta de esa consideración que se guarda á los jugadores desgraciados, y si por ventura le sucedía que ganaba una serie de ocho ó nueve en una partida de *baccarat*, sus más encarnizados adversarios, nunca dudaban

de su buena fé. Habia hecho del juego su único placer, su vida, su carrera, y poseia hasta el más alto grado lo que ellos llaman el honor profesional. Esta buena reputacion, adquirida alrededor de los tapetes verdes, la tenia entre la buena sociedad: se veia uno tentado á agradarle, y aquellos á quien él habia enriquecido (y eran numerosos), se complacian en alabar su delicadeza, siempre extremada, despues de cincuenta años de pérdidas consecutivas... En un momento, habia desmentido á todo su pasado, su honradez se habia evaporado, su honor habia naufragado, lo mismo que habia naufragado su fortuna.

Estas ideas le asediaban, á pesar de violentos esfuerzos que hacia por alejarlas, y jugaba con furor desesperado.

Habia empezado con treinta mil francos, que era el resto de los cien mil despues de pagada su deuda: á las cuatro de la mañana habia perdido veinticinco mil.

Entonces, recobró por un instante la razon. Los jugadores tienen á veces estos momentos de lucidez, durante dos jugadas, mientras preparan nuevas cartas ó quando hay una tregua entre los combatientes. El conde vió que iban á desaparecer sus cinco mil francos como habian desaparecido los demás. ¿Qué haria entónces? ¿Se atreveria á entrar en su casa, ó más bien en la de Jorge Leroy, al cual habia despo-

jado? ¿Sufriria las reconvenções de sus hijas? ¡Nunca! ¡Nunca! No se atreveria á tal cosa.

¿A dónde iria ahora sin dinero, sin recursos y sin esperanza de restituir lo que habia tomado? Porque ya no pensaba en enriquecerse; no pensaba más que en restituir. Sus pretensiones habian disminuido al mismo tiempo que su capital.

Era preciso huir, ocultar su vergüenza lejos de su pais, lejos de su familia, lejos de todos; en el extranjero.

De pronto, buscando dónde poder refugiarse, se presentó á su imaginacion un punto del globo visitado con mucha frecuencia.

Monte-Carlo, en el principado de Mónaco; Monte-Carlo, último refugio de los jugadores de ruleta y de treinta y cuarenta. Monte-Carlo, que ha visto desaparecer sucesivamente á Spa, en Bélgica; Hamburg, Bade, Wiesbaden, Nauheim, en Alemania; Saxon, en Suiza; Fuenterrabia y el Portillon, en España, y que ha quedado sólo, aislado, en medio de todas estas ruinas.

Se acordó de las ventajas que aquella banca concedia á los jugadores; un cero en vez de dos, de la posibilidad de asegurarse en la treinta y cuarenta contra la ruleta, recordó tambien que muchas veces habia restablecido allí su fortuna comprometida, ó cuando ménos que se habia procurado algunos meses de bienestar. Las mesas de ruleta, con sus bancas de

setenta mil francos, siempre renovables; las mesas de treinta y cuarenta, sobre las cuales á las doce del día extendían los paleteros doscientos mil francos en oro y billetes, se le presentaron con todas sus seducciones y brillaron ante sus ojos, como había brillado algunas horas antes el lio de billetes de banco.

Partiendo para Monte-Carlo, huía según era su deseo. Pero no huía sin esperanza de regreso, ni sin esperanza de restitución. Con los cinco mil francos que aun le quedaban, podía recobrar la suma de los cien mil francos y volver á entregarla á su yerno pidiéndole que le perdonara.

Las cartas estaban preparadas, las puestas hechas y la partida iba á renovarse. Mr. de Servan no quiso sucumbir á la tentación de jugar más y pasó rápidamente al salón de lectura.

Allí, se hizo dar un indicador de los caminos de hierro, y deseoso de partir, de huir antes que llegase el día, de librarse con el movimiento de los pensamientos que no le abandonaban, buscó un tren que pudiera conducirlo inmediatamente sin necesidad de esperar al expés de las once.

Había uno que salía á las seis y treinta minutos; éste era el que él necesitaba. Se decidió á tomarle. Poco le importaba su traje; ya sabría proveerse en el camino de todo lo que le faltaba; además, los jugadores hacen poco caso de sus vestidos, porque en

el casino, nadie repara el estado en que le llevan sus vecinos.

Como aun podía disponer de media hora, quiso escribir á Jorge Leroy. En su aberración, le quedaba aun un sentimiento de honor; el hombre recto de otros tiempos se hacia traicion. No quería que pudieran suponer á otro en su lugar; creía mucho más digno el confesar su falta. Quería al mismo tiempo hacerla perder su importancia, palidecerla, hacerla ménos odiosa, presentarla de tal modo, que un día pudieran perdonarle sus hijas.

Al acabar la carta, el jugador que nada había podido corregir, pudo, sin embargo, atenuar su falta: decía que muy pronto esperaba volver con la suma... prestada por sus hijas; esta era la expresión. Todo le anunciaba el cambio de la fortuna; estaba seguro de ganar en el punto á donde se dirigía... Si se engañaba, lo cual no era posible; si la mala suerte no dejaba de perseguirle, sabría expiar su falta y desembarazar para siempre á su familia de un ser inútil, convertido en peligroso. Nada le había costado hacer esta alusión al suicidio; ¿no estaba seguro de ganar?

A las seis menos cuarto abandonó el círculo sin haber vuelto á la sala de juego y después de haber encargado á un lacayo que llevase su carta á Jorge Leroy, antes que acabase la mañana.

Esta carta la recibió Jorge á las nueve, en el mo-

mento en que acababa de entrar en su despacho para tomar los cien mil francos que le habían sido confiados el día anterior por Markett, y los cuales se proponía entregar aquella misma mañana al cajero de su casa.

Al leer la carta, no quiso creer lo que veían sus ojos, preguntándose si era víctima de algún sueño.

¡Cómo! ¡Mr. de Servan, el padre de su mujer, un ladrón, sí, un ladrón! No encontraba otra palabra para nombrarlo.

¡Y aquella suma, aquel depósito, del cual respondía, no estaría allí ya! ¡Esto era imposible!

Se precipitó sobre el cajón y le abrió.

Estaba vacío.

Se lanzó hacia la habitación de Mr. de Servan; el lecho no se había deshecho. El conde no había entrado en casa desde la víspera.

¡Luego era verdad!

¿Qué hacer? ¿Lanzarse en persecución de su suegro que sin duda se habría refugiado en Monte-Carlo? Trabajo inútil, puesto que antes de partir, Mr. de Servan había perdido la mayor parte de la suma.

¿Denunciarle á la justicia? ¿Para qué? Y en este caso, ¡qué vergüenza no recaería sobre los suyos, sobre su esposa, sobre su hermana, sobre sus hijos, sobre él!

¡Ay! no tenía ni aun la satisfacción del robado, que grita, amenaza, busca con la justicia, espera, y

algunas veces encuentra... El no podía ni encontrar, ni vengarse; el ladrón le tenía demasiado cojido.

Mientras que Jorge se desolaba y se desesperaba, solo, en su despacho, dejando pasar la hora de ir á su oficina, se unió á él Alicia. Le vió tan agobiado, que se sobrecojió, le interrogó y acabó por saber la verdad. En aquel primer momento de estupor, de indignación, no había tenido ni aun fuerza para callarse. Pero, más tranquilo, comprendió que la confesión hecha á la más joven de las hijas del conde, no debía de hacérsela á la mujer. Una jovencita, no conoce aun la vida, no comprende la gravedad de ciertas acciones; sufre ménos de lo que sufriría más tarde. Una mujer casada, al contrario, reflexiva, juiciosa, como lo era Mme. Leroy, podía impresionarse cruelmente al saber la falta de su padre. Jorge, quiso evitar á la que amaba el que tuviera que sonrojarse ante él y resolvió ocultarle el crimen cometido. Creyó entonces que hallaría acaso uno que le prestara los cien mil francos, y que Luisa ignoraría siempre lo que había pasado. Ambos convinieron, por lo tanto, en ocultar, Jorge á su esposa, y Alicia á su hermana, el crimen del padre de familia.

Ya hemos visto como se descubrió por madame Leroy; la joven no quiso aceptar el sacrificio de su hermano político, y dijo la verdad.

El día había empezado; algunos rayos de un sol de invierno, pálido, y casi moribundo, penetraban á intervalos en la habitacion donde Jorge Leroy, su esposa y su cuñada, habían pasado la noche. La casa y la calle se agitaban con el ruido y el movimiento que acompaña al día. En su departamento, los criados desempeñaban sus obligaciones sin sospechar las preocupaciones de los amos. En el salon vecino, las niñas, levantadas hacia una media hora, jugaban entre sí, y la mayor, admirada por no haber recibido aun el beso maternal, levantaba de tiempo en tiempo el portier del despacho; pero veía á su madre tan triste, tan abatida, que no se atrevía á entrar y volvía corriendo al lado de su hermana.

Ellos habían visto muchas veces á aquellos seres adorados, pero no habían dejado sus puestos, ni habían interrumpido su conversacion para correr á ellos, tomarlos en sus brazos y abrazarlos de todo

corazon. No obstante, desde las cuatro de la mañana, se habían dicho todo lo que tenían que decirse. Primero, la espantosa revelacion que se había hecho y los largos comentarios á que había dado lugar. Luego la desolacion de Luisa, por haber creído un instante que su marido era culpable, áun cuando él mismo se acusaba. Lé había pedido perdon muchas veces, suplicándole que lo olvidase, desesperándose de nuevo, cuando Jorge le aseguraba que no tenía por qué reconvenirse.

—¿Cómo no me habias de creer? le decía él tomándola de la mano; no habias leído mi carta á Markett, la misma que yo quería ocultarte, y en la cual hacia revelaciones, hablaba de...

—¡De suicidarte! Es verdad, querias matarte... dijo Luisa. Has pensado en dejarme, en dejar á nuestras hijas. ¡Desgraciado! ¿qué podíamos ser nosotras sin tí? Eso hubiera sido tambien la muerte, la muerte despues de una larga agonía... ¡Ah! no tienes derecho para morir sin nosotras... debemos de morir todos á la vez, para no separarnos nunca... Però no se trata de morir. El suicidio no remedia nada. Tu muerte estableceria tu culpabilidad... y si te persiguen, si te arrestan, quiero al menos que te declaren inocente... ¿Creías, pues, que Alicia y yo podíamos aceptar tu sacrificio, tu abnegacion, que te dejaríamos arrojar en una prision por nuestro padre? ¡Nunca! ¡Nunca! A cada cual segun sus obras... La vergüenza

será grande, es cierto, para mí, para él, para tí, si se descubre la falta de Mr. de Servan. Pero recaerá de una manera menos directa sobre nuestras hijas, que si fueras tu el culpable... Pensemos primero en ellas... ya que nuestro padre, no pensó lo necesario en sus dos hijas... De modo que cuando llegue el caso, me entiendes, lo diré todo, todo.

—¿Te creerán, mi querida amiga? replicó Jorge... No se trata en este momento de convencer á los jueces que estudiarán mi pasado y le hallarán honroso; que revisarán despues la vida de tu padre y la juzgarán severamente, acaso más severamente de lo que se merece, puesto que hasta hoy, nunca ha cometido un hecho que le deshonre...

—¿Y eres tú quién le defiendes! exclamó Luisa precipitándose en los brazos de su esposo.

—Este prosiguió.

—Los jueces querrán saber á donde ha pasado la suma desaparecida. No hallarán indicacion alguna en mi casa, preguntarán en la del agente para quien trabájo, á mis colegas, á mis amigos, y verán que nunca he jugado por mi cuenta y que me he ocupado únicamente de los negocios de otros. Entonces admitiendo que denunciarás á tu padre (que esto no se puede ni se debe de hacer), investigarán por esa parte, sabrán que Mr. de Servan ha jugado una gran suma sobre su palabra, que á pesar de no tener recursos la ha satisfecho... y todo se aclarará.

—¡Eso es lo que yo quiero! ¡Eso es lo que yo quiero! decía Luisa cada vez más animada, cada vez más febril. Además, yo no denunciaré á mi padre, se denunciará él mismo.

—Pero, desgraciada niña, ¿crees que no he reflexionado sobre todo eso?... No es á los jueces, te repito, á los que hay que convencer; esto se hará fácilmente: ellos adquirirán reseñas, pruebas; tienen mil medios para obtenerlas. Es á Mr. Markett á quién hay que persuadir de mi inocencia; es á Mr. Markett á quién es preciso decir dentro de cuatro días: «Vos me habeis confiado una suma de cien mil francos para depositarla en la caja de mi casa. No la he depositado, ni puedo devolvérsela... ¡Ay! ¡esto es horroroso de decir, no puedo acomodarme á esta idea!

—Pues bien, exclamó Luisa, yo me presentaré, yo, y diré: «No es él, no es él, es mi padre.»

—No te creerá. ¿En dónde está ese padre sobre el cual se arroja tan pesada carga? ¿Ha oido Mr. de Markett hablar de él alguna vez? ¿Va él, como los jueces, á repasar nuestra vida, para luego tener el gusto de decirme: «Si, os creo, sois inocente?» ¿Qué le importa esto? No se ocupará más que de sus cien mil francos, no pensará más que en ellos. No conoce á nadie más que á mí, yo soy el único responsable... Vuestro padre, nada tiene que ver con él... Yo lo he perdido. Me prestan y debo de reembolsar. Mi obligacion es no aceptar depósitos ó guardar los que

me confien. Pues qué, ¿si mañana tomase cien mil francos de la caja de mi casa, Mr. X... tendría por eso derecho para cerrarla y no pagar á sus acreedores? No, sería preciso que pagara, nadie se acomodaría á no recibir, y si no pagaba, sería borrado de la lista de los agentes y se vería comprometido á los ojos de todos.

—Es verdad, dijo Luisa.

Entonces, se preguntaron si verdaderamente no podían encontrar aquella suma para restituirla. Pero ¡ay! Luisa de Servan, no había traído ningun dote á su marido, y Jorge Leroy no poseía para vivir más que su sueldo mensual y una pequeña parte de los beneficios de la casa en donde estaba empleado. Esto era todo cuanto constituía su fortuna. Algunas economías que ascendían á unos treinta mil francos, pasaron cuando se casó á atender á los gastos de su instalación y también á pagar algunas deudas de su suegro. Por lo tanto, nada poseía y no podía contar con sus recursos personales. En cuanto á su familia y sus amigos, Jorge había dado ya inútilmente algunos pasos; unos se habían negado, y otros habían pedido algun tiempo. Los prestamistas de cien mil francos, dinero contante, de mano á mano, son raros en Francia y en todos los países.

Mientras discutían todas estas cosas, sonó la hora de ir á la oficina.

—Las nueve ya, dijo Alicia.

—Sí, repuso Jorge, la hora á la cual otros días partía para mi despacho tranquilo, descansado, sin disgusto de ningun género, no pensando más que en el momento de volveros á ver y de ver á mis hijas.

Luisa, que estaba sentada, se levantó y dirigiéndose á su marido:

—Es preciso partir, le dijo, como si nada hubiera pasado en tu vida ni en la nuestra... No debes de llegar á tu oficina ni un minuto más tarde. No debes de llevar allí tus preocupaciones, ó á lo ménos, no debes de dejar adivinar en tu rostro lo que sufres... Entrégate al trabajo como de costumbre, contesta á las preguntas que te hagan, trata de sonreírte. Tú mismo lo has dicho: el asunto se encuentra entre Markett y nosotros, nadie debe de enterarse, nadie debe de sospecharlo... Cometerías la mayor imprudencia, la mayor, si te hicieras traicion... Vamos, vamos... y trabajando, trata de olvidar, puesto que ya nada te falta que hacer para salvarnos, y puesto que todo lo has intentado. Durante tu ausencia, Alicia y yo reflexionaremos aun, buscaremos... Cuando vuelvas, reanudaremos nuestra triste entrevista, en lo mismo que la dejamos.

Comprendió que tenía razon, y ya iba á dirigirse á su habitacion para cambiar de traje, cuando Luisa le detuvo.

—Espera, le dijo; es preciso antes de separarnos que me hagas un juramento.

—¡Un juramento! repuso Jorge admirado.

—Sí. El juramento, suceda lo que quiera, de renunciar al designio que has tenido esta noche... No quiero que mueras, lo oyes, yo no lo quiero... Voy á llamar á nuestras niñas, y rozando su frente con tus lábios, me harás el juramento que te exijo... ¿Me lo juras?

—Llama á las niñas, respondió, su vista me dará sin duda el valor que me falta en este momento para vivir.

Luisa levantó el portier del salon, y alzando la voz, pronunció estos dos nombres tan queridos: Marta, Juana.

Entonces, dos criaturas adorables, una morena de color pálido, con grandes ojos negros; la otra rubia, con los ojos azules y color rosado, corrieron á arrojarse en los brazos de su madre.

Esta las estrechó largo tiempo entre sus brazos, despues, poniendo las manos sobre sus cabecitas, las adelantó hácia su padre y le dijo á éste:

—Acuérdate de la súplica que te he hecho.

—Jorge las miró un instante, despues se inclinó, se arrodilló, colocó su boca sobre la frente de Marta, despues sobre la de Juana, y mientras las besaba, sus lábios murmuraban algunas palabras.

Luego se levantó precipitadamente y desapareció.

X

Despues de la partida de Jorge, Luisa quiso seguir los mismos consejos que habia dado á su esposo. Pasó á su tocador y empleó en su tocado los cuidados de costumbre. Luego arregló las cuentas con sus criados con aire tranquilo, sin que pudieran creerla inquieta ni atormentada. Por último, se ocupó de las niñas, indicó el traje con que debian vestirlas y el paseo conveniente para un dia dudoso. A las once, almorzó con Alicia, habló de cosas indiferentes ante la doncella que las servia, y haciendo seña á su hermana, pasó á una habitacion, en la que sabia no serian molestadas.

—Tu calma me admira, dijo Alicia en cuanto se hallaron solas. No sé como puedes dominarte así.

—Es indispensable en este momento, replicó madame Leroy; la menor imprudencia puede perdernos y adelantar la hora designada á Jorge por Mr. Markett para reclamarle el depósito confiado.

—¿Y qué importa esa hora? dijo la jóven más desanimada que su hermana en aquel momento.

—¿Encontraremos nosotras en cuatro días lo que ha buscado inútilmente hasta aquí? Hemos pasado la noche ensayando nuevos medios; ninguno se nos ha presentado probable.

—¿Tienes aun esperanza?

—No espero nada, no creo en nada, respondió Luisa; pero mi deber es luchar hasta el último momento. Lucharé. Desde hace muchos días Jorge se consume en esfuerzos impotentes. A nosotras nos toca ahora reemplazarle; á nosotras nos toca hacer los mismos esfuerzos. La falta de nuestro padre, recae principalmente sobre nosotras; no debemos tener más que un solo fin; si no borrarla, porque no pueda ser, al ménos repararla aun cuando cometamos una locura.

—¿Una locura? no te comprendo. ¿Qué podemos hacer?

—Te lo diré más tarde, cuando mis ideas sean más claras. Por ahora hablemos seriamente... Jorge nos ha hablado de pasos inútiles, dados hácia muchos amigos y muchos parientes; ocupémonos ahora de los nuestros. ¿Cuáles son? ¿A quién dirigirnos con alguna probabilidad?

Evocaron todos sus recuerdos de la infancia. Los amigos de su madre se habian ido retirando, ya no hacian visitas ni daban señales de existir; en su vida

mundana, siempre agitada, Mr. de Servan habia descuidado el conservar sus relaciones, de las cuales hubieran podido servirse sus hijas en alguna ocasion. En cuanto á los parientes, habian muerto la mayor parte, y el conde habia percibido y disipado sucesivamente las diversas herencias. Ahora, solas en el mundo, sin ascendientes, sin pasado, no tenian ante sí más que el porvenir, es decir á sus niñas; porque Alicia, no esperando casarse, como lo habia hecho su hermana, se habia consagrado á sus queridas sobrinas, á las cuales amaba con cariño maternal.

Cuando hubieron reflexionado largo tiempo, pronunciado todos los nombres que venian á su mente y reconocido que nada habia que esperar, Luisa planteó la cuestion de otra manera.

—Ahora, dijo levantándose, está bien claro que nada podemos intentar que sea razonable y prudente. Ni por nuestros pasos, ni por nuestras instancias, ni por nuestras súplicas, obtendríamos la suma que necesitamos... Sin embargo, es preciso hacer algo. Ya te lo he dicho, no debemos esperar tranquilamente al lado de la chimenea el cambio fatal... un golpe bien dado, solo una locura, puede salvarnos... Yo estoy decidida á todo.

—Esta es la segunda vez que dices eso. ¿De qué locura quieres hablar? Me espantas.

Sin contestarla, sin oirla acaso, porque se habia

puesto agitada, febril, le dijo bruscamente á su hermana:

—El sábado próximo, es cuando debe de venir Mr. Markett á ver á Jorge, ¿no es verdad?

—Sí, el sábado.

—¿Y hoy es martes?

—Sí, martes, contestó Alicia mirando á Luisa como interrogándola.

—Tengo tiempo, tengo el tiempo justo, replicó Mme. Leroy.

—¿Tiempo para hacer qué?

—Para ir á Monte-Carlo y volver.

—Ir á Monte-Carlo, replicó Alicia, ¿tú! ¿Con qué objeto?

Luisa dudó un instante y respondió:

—Veré á mi padre... Está en Monte-Carlo, no hay duda, trataré de arrancarle los últimos billetes de banco, si tiene alguno... y si los ha perdido, le traeré para que hable á Mr. Markett, para que se denuncie, para que Jorge no sufra todo el peso de la falta cometida, del crimen, de la vergüenza...

De pronto se detuvo y colocándose delante de su hermana, mirándola cara á cara:

—Pues bien, ¡no! le dijo, no soy franca, no te digo la verdad y no tengo razon... Tu debes saber todo. Tu participas de mis dolores, tienes derecho para conocer mis esperanzas, las ilusiones de mi espíritu, quiero decir... No espero arrancar á mi padre algu-

nos billetes de banco. Ya no tiene ninguno, estoy segura, ó si posee aun algo, no se desprenderá de ello, mientras se halle ante una mesa de juego... le conozco... No pienso tampoco traerlo aquí. ¿Para qué ponerle frente á Jorge? No quiero hacer sufrir á mi esposo esta tortura, ni á nuestro padre esa vergüenza. Enviarle á Mr. Markett, hacer que lo confiese y lo diga todo, son tambien sufrimientos inútiles. Si monsieur Markett, que nos conoce, no nos cree, tampoco creerá á Mr. de Servan. Pensará que nuestro padre se sacrifica por nosotros y nos juzgará tambien desfavorablemente. No conseguiremos, á su vista, más que comprometer una persona más.

—Tienes razon, dijo Alicia. ¿Entonces que vas á hacer en Monte-Carlo?

—¿Qué, que iré á hacer! contestó aproximándose á su hermana, hablándole en voz baja pero trémula. ¿Qué iré á hacer?... Iré á jugar... Si, no tengo más que esa esperanza. Es una locura, ya te lo dicho; pero, ¿no estoy loca en este momento, loca de dolor? Si, iré á esa ciudad, en la que se ha hundido una parte de nuestra fortuna, en donde acaba de hundirse nuestro honor... Es preciso que lo que nos ha perdido nos salve. La suerte nos debe esto, ¿no es cierto?

—Jugar ¡tú! ¡tú! exclamó Alicia cuando pudo hablar.

—¿Qué te admira!... Me suponen audaz, de espíritu aventurero, pronta á las decisiones enérgicas; pues bien! justifico esas suposiciones.

—¡Jugar ante aquella multitud, ante aquella sociedad! replicó Alicia.

—Jugará otro por mí si yo tengo miedo. Yo daré el dinero y uno le colocará donde yo le diga que le coloque... ¡Ah! conozco á Monte-Carlo como si hubiera vivido en él... Mi padre me ha hablado de él frecuentemente... Yo no seré la única mujer, tranquilízate. Allí encontraré mujeres de sociedad, y de la mejor... Realmente se cree que están allí por curiosidad, para mirar. No, la mayor parte juegan... Yo, haré lo mismo.

—Pero tú no sabes jugar.

—¡Ay! Uno sabe jugar siempre. Si es necesario, aprenderé.

—Necesitas dinero y no lo tienes.

—Tengo dos mil francos destinados para gastos de casa... De estos, nos ocuparemos más tarde; primero la deuda. Tengo también mil quinientos francos de economías, después mis alhajas, las que me ha dado mi marido y las que me daba mi padre al día siguiente, cuando ganaba... Porque ha ganado con mucha frecuencia, sí, con mucha frecuencia, me acuerdo... El juego no es siempre funesto... Por ahora, voy á ocuparme en hacerme prestar dinero sobre estas alhajas; obtendré sin inconveniente tres mil francos, lo que hará... seis mil quinientos... Con esta suma se puede ganar cien mil... ¿No nos ha dicho nuestro padre que con diez luises ha conseguido él

muchas veces recuperar un millon? Pero ha continuado jugando, y lo ha vuelto á perder; y yo, cuando ya tenga los cien mil francos, volveré... Te lo juro.

—Había dicho todo esto sin detenerse, sin tomar aliento. No miraba á Alicia. Temía leer en la vista de aquella una reconvencion, una prohibicion. Pero, repentinamente, se adelantó hácia su hermana, apoyó ambas manos sobre sus hombros, y con su rostro cerca del suyo y sus ojos fijos en los ojos de ella, le dijo:

—Ganaré, ¿me oyes? existe alguna cosa que me dice que ganaré.

—Hablas como nuestro padre, le contestó la jóven helada de espanto; ¿eres, pues, jugadora?

—¿Quién sabe? ¿Porqué no? Tengo de él, digo... debo de tener sus vicios... Pero, en este momento, soy madre, soy mujer, quiero salvar á mi marido, quiero salvar á mis hijos á toda costa, y no tengo á mi eleccion los medios... Veamos, veamos, no hay que perder tiempo.

—¿Pues cuándo quieres partir?

—Esta noche, por el tren rápido de las siete y cuarto...

—Acabo de consultar un indicador... Estaré en Monte-Carlo mañana miércoles á las cinco de la tarde.

—No partirás sólo, no puedes ir sola. ¿Quieres que te acompañe?

—No, quédate acompañándole... Te le confío y te confío á mis hijas.

—¿No le verás antes de partir?

—No. El se opondría á este viaje, á esta calaverada... Saldré de casa á las seis, antes que él vuelva. Entonces le dirás que he salido para intentar algún medio; luego, cuando ya no pueda hallarme en la estación, le confesarás la verdad. No te inquietes por Jorge... Al principio, acaso se aflija porque haya hecho esto. Luego, participará á su vez de mis esperanzas. Así sufrirá ménos hasta el sábado... Esto es mejor... Iria aún cuando estuviera segura de que iba á perder... Pero ganaré, es preciso que gane.

Luisa se detuvo, y cayendo sobre un sillón, prorrumpió en llanto. Sus nervios excitados por largo tiempo, perdieron al fin su rigidez.

XI

Mónaco y Monte-Carlo, estos dos nombres se confunden en la mente de ciertas personas que no se hayan visto obligadas á viajar por la costa del Mediterráneo. Se preguntan si se trata de dos ciudades distintas, ó si es que Mónaco ha cambiado de nombre para tomar el de su último soberano Carlos III.

Son dos ciudades distintas, construidas sobre unas rocas situadas frente por frente, pero separadas la una de la otra por un espacio tan pequeño, relacionadas con tanto interés, que está perfectamente admitido el no hacer más que una sola ciudad, y el darles el mismo nombre.

Monte-Carlo, como la Condamine, situada al pié de dos rocas, cubriéndolas una á otra, es un barrio de Mónaco, el barrio elegante, el boulevard de los Italianos, ó los Campos Eliseos de esta pequeña ciudad, única en el mundo.

En Mónaco, propiamente dicho, se encuentra el

—No, quédate acompañándole... Te le confío y te confío á mis hijas.

—¿No le verás antes de partir?

—No. El se opondría á este viaje, á esta calaverada... Saldré de casa á las seis, antes que él vuelva. Entonces le dirás que he salido para intentar algún medio; luego, cuando ya no pueda hallarme en la estación, le confesarás la verdad. No te inquietes por Jorge... Al principio, acaso se aflija porque haya hecho esto. Luego, participará á su vez de mis esperanzas. Así sufrirá ménos hasta el sábado... Esto es mejor... Iria aún cuando estuviera segura de que iba á perder... Pero ganaré, es preciso que gane.

Luisa se detuvo, y cayendo sobre un sillón, prorrumpió en llanto. Sus nervios excitados por largo tiempo, perdieron al fin su rigidez.

XI

Mónaco y Monte-Carlo, estos dos nombres se confunden en la mente de ciertas personas que no se hayan visto obligadas á viajar por la costa del Mediterráneo. Se preguntan si se trata de dos ciudades distintas, ó si es que Mónaco ha cambiado de nombre para tomar el de su último soberano Carlos III.

Son dos ciudades distintas, construidas sobre unas rocas situadas frente por frente, pero separadas la una de la otra por un espacio tan pequeño, relacionadas con tanto interés, que está perfectamente admitido el no hacer más que una sola ciudad, y el darles el mismo nombre.

Monte-Carlo, como la Condamine, situada al pié de dos rocas, cubriéndolas una á otra, es un barrio de Mónaco, el barrio elegante, el boulevard de los Italianos, ó los Campos Eliseos de esta pequeña ciudad, única en el mundo.

En Mónaco, propiamente dicho, se encuentra el

palacio del soberano, el sitio de su paternal gobierno, los cuarteles de su ejército de cien hombres, contando entre ellos á los treinta carabineros encargados del servicio de seguridad; los domicilios de los directores de la Tesorería, de la justicia, de la marina, de instruccion pública, todas las casas de la gente monástica, la administracion de correos, la iglesia, y en fin, los magníficos jardines de Saint-Martin.

Monte-Carlo, de construccion moderna, ideado, creado por Mr. Blanc, encierra lo más escogido de la ciudad, un magnífico hotel, otros más pequeños, un café, algunas tiendas, un depósito de tabaco, una estacion telegráfica, tiro de pichones, paseo, parterres maravillosos y el famoso templo del juego llamado modestamente casino ó círculo de los extranjeros. Esto es todo... No busqueis otra cosa, porque no la encontrareis. Es verdad que nada teneis que buscar, ni aun se os ocurre la idea de hacerlo. Todos vuestros gustos, todas vuestras necesidades, todos vuestros apetitos, todas vuestras pasiones están satisfechas tan ámpliamente en aquel rincon de la tierra, que su vecino, el juicioso, el antiguo, el legendario Mónaco, no os causa envidia alguna. Conocemos parisienses que han habitado largo tiempo en Monte-Carlo, sin pensar nunca en descender en carruaje, una de las dos montañas y subir á la otra, viaje de un cuarto de hora apenas, para echar un golpe de vista sobre las calles, los palacios, los jardines de la

antigua ciudad, tan pintoresca, no obstante, y tan llena de curiosidades, que ella sola merece el viaje de París al Mediterráneo. Otros nos han confesado, que solo han llegado a conocer á Mónaco, por hallarse allí aun la administracion de correos. Un dia que esperaban una carta importante, habian abandonado un instante á su muy amado Monte-Carlo, para hacer una visita interesada á la roca vecina, única depositaria de la corespondencia.

A decir verdad, no hablamos aquí de los viajeros sérios, de aquellos que siguen todo el litoral desde Marsella hasta la frontera italiana, y algunas veces hasta Nápoles; estos, no dejan pasar nada y se guardarian bien de olvidar aquel magnífico nido, aquella deliciosa residencia del soberano ménos importante de la Europa, pero al mismo tiempo, del más sábio de los príncipes. Hablamos solo de las personas que se dirigen á Monte-Carlo, con el único objeto de sentarse ante la mesa de ruleta ó de treinta y cuarenta; y si no hubieran suprimido los juegos de Frascati y del Palais-Royal, creed, con seguridad, que no emprenderian este viaje. Llegan, descienden en el hotel de París, allí toman algun alimento, fuman un cigarro, echan un golpe de vista sobre los jardines, sobre el mar y sobre el cielo, se dán por satisfechos de la naturaleza, entran en el casino y no le abandonan mas que ricos ó arruinados para tomar el exprés de París.

Pero, al lado de los verdaderos viajeros, al lado de los jugadores apasionados, existe una clase numerosa de individuos que van de París, de Niza y del mundo entero, á ver á Monte-Carlo por su reputación; se detienen á causa de su esplendor, y juegan sin premeditación, por distracción, por hacer lo que los demás ó porque pasajeramente se apodera de ellos el demonio del juego. Para atraer á estos estimables visitantes, para retenerlos sobre su suelo, para crearse una renta, la única importante, porque los pequeños jugadores, por su número y su inexperiencia, hacen la fortuna de los casinos, es para lo que Monte-Carlo se ha edificado, se ha engalanado y embellecido cada día, y será elevado muy pronto, si ya no lo es, á formar parte de las maravillas del universo.

Solo posee una plaza, ¡Pero qué plaza! ¡Cuán bella es. Magníficamente iluminada, durante el día por su cielo azul, y durante la noche por su estrellada bóveda. ¡Qué cuadro tan magnífico forma, en primer término, por sus hoteles, su casino y un palacio; en el segundo, por sus soberbias montañas y su mar azulado!

Solo posee un jardín ¡Pero qué jardín! Todas las flores se encuentran allí confundidas; la rosa, el jazmín, el laurel, los naranjos, los limoneros, los olivos y las palmeras, dominando á todas las demás plantas y destacándose en un cielo sin nubes. Se cree uno

trasportado repentinamente á la region más bella del Africa central. Cuando uno ha visto una vez aquel país encantado, quiere volverlo á ver; cuando ha vivido en el algun tiempo, quiere vivir siempre. Cuando se aproxima el invierno parisiense, con sus lluvias, sus escarchas, sus nieves, su humedad que os hiela, no se puede ménos de pensar de aquel hermoso cielo, en aquella vejetacion tropical, y de decirse que en veinte horas y por una centena de francos, puede uno trasladarse á aquel paraíso, añadiendo, que acaso pueda vivir en él á costa de la banca.

¿Puede realizarse este último sueño? Sí; si es uno juicioso, si sabe jugar, si cada día se contenta con una ganancia módica, en proporción con la puesta, si uno no obedece á sus nervios, si no alimenta el deseo demasiado atrevido de querer hacer saltar la banca, si lucha impasible con ella, si consigue materializarse como ella.

Pues hay muchas condiciones para vencer, se dirá. Es cierto. Pero muchos las llenan y otros podrían llenarlas. No defendemos aquí la causa de los jugadores; no pretendemos tampoco que la afición al juego, sea un sentimiento respetable y una virtud. Al contrario; afirmamos que es un vicio, el mas deplorabile y peligroso de todos; que llevado hasta ciertos límites, agota la inteligencia, aniquila el corazón, destruye la salud y puede conducir á los mayores

desórdenes, hasta al crimen. Este libro no tiene otro fin mas que contribuir á su extincion.

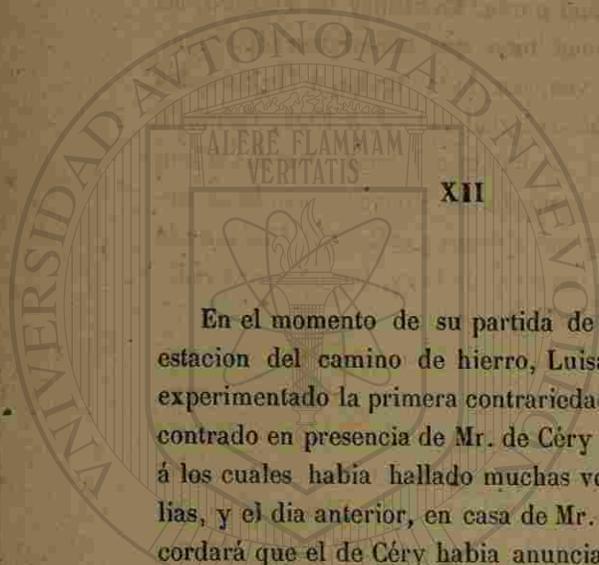
Pero este vicio existe; nunca se ha hallado más desarrollado, más á la moda, podemos decir, y puesto que no podemos destruirle, extirparle de nuestras costumbres, debemos dirigirle, reglamentarle, moralizarle en lo posible.

Las casas de juego, los casinos, como en otro tiempo los de Alemania, como hoy Monte-Carlo, por los reglamentos que allí se observan, la vigilancia de que son objeto y su distancia de los grandes centros de poblacion, son los que pueden conseguir ese fin.

No somos de aquellos que sostienen que los juegos deben estar establecidos en todas partes y primero en París. Demasiadas pasiones se agitan en él, demasiadas necesidades se hacen sentir, demasiadas pasiones se alimentan, demasiadas distracciones se despiertan á cada paso, para proporcionarle una más, y lo más prudente es tener las casas de juego lo más lejos posible de las grandes ciudades. Sin embargo, creemos tambien que deben existir, y que Paris se moralizaria si suprimieran la mayor parte de los refugios de los jugadores, refugios autorizados ó clandestinos, de todas categorías, para dejar subsistir en ciertos sitios algunos grandes casinos, abiertos á las doce y cerrados á las once de la noche, cuidadosamente vigilados, donde no pudiese

ser introducido el fraude, donde uno arriesgara su dinero y no el dinero que le prestan; donde no pudiera pasarse de cierta cantidad.

Pero no pretendemos que adopten una idea tan radical y acaso irrealizable; solo hemos creido debiamos emitirla.



En el momento de su partida de París, y en la estación del camino de hierro, Luisa Leroy había experimentado la primera contrariedad, se había encontrado en presencia de Mr. de Cery y Mr. Dorliac, á los cuales había hallado muchas veces en tertulias, y el día anterior, en casa de Mr. X... Ya se recordará que el de Cery había anunciado su partida para Monte-Carlo, y su amigo Dorliac, el bolsista, se había comprometido á seguirle, despues de haber afirmado y apostado que no se dejaria seducir por la ruleta ni por la treinta y cuarenta.

Los dos jóvenes reconocieron á Mme. Leroy, á pesar del velo que cubria su rostro, y creyeron que podian, despues de saludarla, dirigirle las preguntas de costumbre entre las personas que se encuentran en una estación: «¿Hasta donde vais? ¿Tendremos el gusto de hacer en vuestra compañía todo el viaje?»

Luisa Leroy se vió obligada á confesar que se

dirijia á Monte-Carlo. Era inútil é imprudente el negarlo, puesto que aquellos señores, se dirijian seguramente al mismo punto. En el mes de Febrero, las personas de buen tono que abandonan repentinamente á París, van, sin duda alguna, á las ciudades en donde se ha refugiado el sol, á Niza, Cannes ó Menton, cuando se hallan enfermas, casadas ó son juiciosas; al principado de Mónaco, cuando se encuentran bien y son jóvenes y calaveras. Una mirada echada sobre Dorliac y de Cery, bastaba para indicar el punto á donde se dirijian.

Pero Mme. Leroy, como ya supondreis, se guardó bien de confesar sus proyectos y de dar á conocer á aquellos señores, cuando le hablaron de este asunto, que tambien ella podia hacer sacrificios á los honorables dioses de Monte-Carlo. Dijo que su padre habia llegado á aquella ciudad hacia algunos dias, y que se encontraba en ella sufriendo y enfermo, por lo que se habia inquietado, decidiéndose á ir á su lado. Esta fábula pareció de las más verosímiles. Dorliac y de Cery, conocian á Mr. de Serwan, su vicio favorito y sus costumbres del invierno. Se habian acostumbrado á hallarle en parajes semejantes al que iban á visitar, y no podian admirarse de que su hija fuese por casualidad á hacerle compañía.

Gracias al departamento reservado á las señoras, á donde Dorliac y de Cery no pudieron seguirla,

evitó durante el viaje la compañía de ambos señores. Refugiada en un extremo, consiguió, sino dormir, al ménos dormir. Tenia necesidad de este pequeño reposo, despues de la noche que acababa de pasar, y en el momento en que iba á sufrir tantas emociones y á afrontar tantas fatigas.

Hacia las ocho de la mañana, entre Avignon y Marsella, acabó su reposo, y empezó para ella un nuevo dia, dia que podia hacer desaparecer su pena, salvarla ó acabar trágicamente. Durante el largo trayecto que aun tuvo que hacer, ¿pensó en el juego? En otros términos, ¿vivió, por medio del recuerdo, con su esposo, sus hijas y su hermana, ó bien su pensamiento, adelantando los acontecimientos, corriendo más veloz que el exprés la transportó á Monte-Carlo, cerca de la mesa de la ruleta?

Generalmente, los jugadores, cuando están próximos á dar un nuevo combate, á medir sus fuerzas con la fortuna, se dejan dominar por sus preocupaciones; abandonan el mundo real, para vivir con las cartas, los dados ó el cilindro que va á decidir su suerte. Antes de jugar materialmente, juegan con el pensamiento partidas maravillosas, ven jugadas, que acaso no se presentan nunca; se entregan á cálculos fantásticos. El oro no cesa de amontonarse ante ellos, y en algunos momentos tienen hecha su fortuna. Entonces se preguntan si continuarán jugando, y como se complacen en vivir en el reino de las ilu-

siones, responden afirmativamente. Pronto conciben un nuevo sueño, ganan aún, ganan siempre. Ahora son millonarios y no tienen más que una preocupacion, la de emplear bien su dinero. Establecen su marcha, compran, construyen, dan, se ofrecen todos los placeres, se entregan á todas las prodigalidades y gozan de todo lo gozable. Y cuando se encuentran algo apurados, vuelven al juego, inventan nuevas combinaciones, hacen nuevas ganancias, y más ricos que antes, vuelven á empezar á vivir. Mientras vaga así su pensamiento, nunca admiten la pérdida, nunca hallan la ruina, y tienen razon; demasiado pronto les ha de llegar. ¿Para qué presentirla? ¿Por qué no rodearse de riquezas imaginarias.

Si Mme. Leroy habia formado el extraño proyecto de partir para Monte-Carlo y habia resuelto sacar á la ruleta la suma que podia salvar á su esposo, era porque evidentemente el conde de Servan, le habia introducido en su sangre algunas gotas del veneno que el poseia. Una mujer de la buena sociedad, cualquiera que fuera su situacion, desesperada, no tendria nunca la idea de refugiarse en el juego y de ver en él su salvacion, á no estar nacida en condiciones especiales, á no sufrir influencias ocultas, á no obedecer á un poder misterioso. Porque una pasion que uno no se conoce á sí mismo, estalla de pronto, no se necesita desarrollarla, que ella nace por sí sola y espontáneamente. Todo nos hace creer que desde Marsella á

Monte-Carlo, pudo olvidar Luisa Leroy, por algunos instantes, á París, á los que en él dejaba, sus temores, su desesperacion, y vivir en un mundo ficticio, creerse salvada y acaso tambien rica,

La naturaleza, parecia contribuir presentándole ideas sonrientes, ó al ménos entreteniéndola con algunas ilusiones, haciendo brillar una esperanza ante sus ojos, humedecidos aun por las lágrimas. A partir de La Ciotat, el sol que hacia dos meses habia dejado á los parisienses, vino á inundar el carruaje en que se hallaba Luisa. Era ese sol del Mediodia que penetra, ilumina, embriaga y da calor al corazon y á la cabeza, haciendo ver nuevos horizontes.

Bien pronto apercibió el mar para no dejarle ya durante el viaje; el mar con sus olas azules, cantado tantas veces en verso y en prosa, con sus rocas grises, su vegetacion pintoresca, sus islotes acá y allá, dispersos y siempre rodeados por una flotilla de barcos pescadores con sus blancas velas cual gaviotas.

Ante el tren, desfilaron sin interrupcion, Hyères y sus islas de oro; Fréjus, querida de Alfonso Karr; Cannes, con su vegetacion tropical; las islas de Serius; Autites, el oasis más querido de nuestros dramáticos, de Ennery, Niza, Villefranche, Beaulieu, y por último, Mónaco y Monte-Carlo, porque esta última peseé su estacion especial, para que no pueda confundirse con la otra.

Luisa Leroy, llegó por fin. Sus compañeros de

viaje Dorliac y de Céry, antes de alejarse, creyeron debian ponerse á sus órdenes. Ella les dió las gracias, subió á un carruaje que la condujo al hotel de París, donde tuvo la suerte de hallar una habitacion.

Serian poco más ó ménos las siete de la noche cuando salió del hotel y se halló en la plaza de Monte-Carlo. Se detuvo y miró á su alrededor. ¿En dónde estaba situado el famoso establecimiento, al cual venia á buscar desde tan lejos, el templo del que tan frecuentemente le habia hablado Mr. de Servan, aquel paraíso para unos, infierno para otros, casa de perdicion para estos y de libertad para aquellos; mar borrascoso ó puerto de salvacion?

Frente á ella, detrás de los jardines y la fuente, se elevaban largos edificios que solo tenian un piso, sin arquitectura, sin elegancia. No era posible que tuvieran relacion alguna con el tan renombrado casino, construido por Mr. Blanc.

Entonces, notó á su derecha una especie de palacio brillantemente iluminado. Este era sin duda, el monumento que ella buscaba, y en el cual queria penetrar.

¿Pero se atreveria, sola, sin un brazo amigo, á recorrer aquella plaza, subir las escaleras, atravesar aquel perron, sobre el cual se encontraban, en aquel momento muchos grupos de hombres y mujeres? ¿Se atreveria á abrir aquella puerta, de la cual mu-

chos criados, con gran librea, parecían prohibir la entrada?

Sin embargo, era preciso decidirse; levantó bruscamente la cabeza, y con paso resuelto, franqueó la distancia que la separaba del círculo de los extranjeros.

Cuando llegó al peristilo, los criados, en vez de detenerla, se separaron para abrirla paso; pero cambiaron entre sí ciertas miradas que parecían decir: «No conocemos á esta, es una nueva concurrente.»

Entre tanto, Luisa, se encontró en una gran sala sostenida por columnas, una especie de antecámara rodeada de banquetas, y á la cual daban numerosas puertas.

¿Hacia dónde debía dirigirse para penetrar en el santuario?

XIII

No atreviéndose á preguntar ni a las personas que estaban en las butacas, ni á los que se paseaban de uno á otro lado bajo el peristilo, la señora Leroy creía tener suficientes noticias para descubrir el camino, y adivinar donde se encontraba la puerta del templo. Pero el espíritu de observacion, al cual llamaba entonces en su ayuda, le faltó de todo punto. De pronto, dos jóvenes, acompañadas de una persona de más edad, y que al parecer pertenecía á un rango elevado, pasaron á su lado, dirigiéndose al guarda-ropa, y despues de haber dejado sus abrigos y sus mantillas, marcharon por una galería que daba frente á la puerta de entrada. Luisa Leroy, se resolvió á seguir las; así creerian que iba en su compañía, y no sufriría tanto con su timidez. No era dudoso para ella que aquellas señoras no se dirigian á los salones del juego y sintió cierta satisfaccion al ver que se encontraba entre señoras *comme il faut*.

chos criados, con gran librea, parecían prohibir la entrada?

Sin embargo, era preciso decidirse; levantó bruscamente la cabeza, y con paso resuelto, franqueó la distancia que la separaba del círculo de los extranjeros.

Cuando llegó al peristilo, los criados, en vez de detenerla, se separaron para abrirla paso; pero cambiaron entre sí ciertas miradas que parecían decir: «No conocemos á esta, es una nueva concurrente.»

Entre tanto, Luisa, se encontró en una gran sala sostenida por columnas, una especie de antecámara rodeada de banquetas, y á la cual daban numerosas puertas.

¿Hacia dónde debía dirigirse para penetrar en el santuario?

XIII

No atreviéndose á preguntar ni a las personas que estaban en las butacas, ni á los que se paseaban de uno á otro lado bajo el peristilo, la señora Leroy creía tener suficientes noticias para descubrir el camino, y adivinar donde se encontraba la puerta del templo. Pero el espíritu de observacion, al cual llamaba entonces en su ayuda, le faltó de todo punto. De pronto, dos jóvenes, acompañadas de una persona de más edad, y que al parecer pertenecía á un rango elevado, pasaron á su lado, dirigiéndose al guarda-ropa, y despues de haber dejado sus abrigos y sus mantillas, marcharon por una galería que daba frente á la puerta de entrada. Luisa Leroy, se resolvió á seguir las; así creerian que iba en su compañía, y no sufriría tanto con su timidez. No era dudoso para ella que aquellas señoras no se dirigian á los salones del juego y sintió cierta satisfaccion al ver que se encontraba entre señoras *comme il faut*.

¡Pero ay! desgraciadamente se engañaba: los tres extranjeros asistían solamente al concierto que la administración del casino, ofrecía graciosamente todas las noches á sus invitados. Nunca insistiremos lo suficiente sobre este punto; los juegos están organizados en Monte-Carlo, con tanta reserva, casi podemos decir, con tanto pudor, que ciertamente pudiera tomárselos por un accesorio de otros placeres.

Se figura uno espontáneamente, que el Sr. Blanc, ó su sucesor, es una persona apreciable, un poderoso nabab, que solo trata de complacer á sus numerosos invitados, ofreciéndoles por el día paseos en carruaje, escursiones en barcas, cacerías, conciertos; y por las noches, nuevos conciertos y representaciones dramáticas por los mejores artistas de París. Para satisfacer á todo el mundo, para no olvidar ninguno de los deseos de sus huéspedes, establece algunas mesas de juegos, del mismo modo que en los salones parisienses se instalaban las mesas de Whist. Pero en las invitaciones no se hace alusión al juego; llevan solamente estas palabras: «Habrá música.»

La señora Leroy, pensó para sí que no había abandonado á sus niñas y á su marido en una situación terrible y viajado cerca de trescientas leguas, para participar de los placeres ofrecidos por la administración de Monte-Carlo. Así, en vez de continuar siguiendo á las jóvenes y de sentarse á su lado, en una de aquellas hospitalarias butacas, desanduvo el ca-

mino, decidida esta vez á preguntar cuanto le fuera necesario.

No tuvo necesidad de interrogar á nadie. Cuando llegó al peristilo, vió á un joven que se adelantaba hácia ella, con las manos repletas de luisas. Venía radiante de alegría, y oyó que le decía á uno de sus amigos que le había salido al encuentro:

—Mira, he ganado por dos veces un pleno.

Ya no había que dudar; este afortunado jugador venía de hacer una visita á la ruleta, que se encontraba evidentemente situada en los salones de la izquierda.

Esta vez, la señora de Leroy, no vaciló ya; se dirigió hácia la puerta, que todo, en aquel momento, se lo designaba. Pero aun no había traspasado el dintel, cuando un empleado de la administración, oculto hasta aquel instante, apareció y le dijo:

—¿La señora tiene sin duda su tarjeta?

—¿Qué tarjeta? preguntó Luisa.

—La que se necesita para penetrar en los salones.

—No, no la tengo.

—Entonces, la señora no puede pasar.

—¿Se necesita acaso pagar para obtener esa tarjeta? dijo Luisa, turbada ya con este primer obstáculo.

—No, señora, respondió el empleado, aquí no se paga.

—¿Entonces, qué tengo que hacer para entrar?

—Ya se lo he dicho á la señora, necesita procurarse una tarjeta.

—¿En dónde me la darán?

—Allí, bajo el peristilo, enfrente del guarda-ropa.

La administracion de los juegos de Monte-Carlo ha tenido una buena idea al ofrecer algunos obstáculos á las personas que quieren visitarle. No exigen pasaporte, ni cartas de recomendacion, ni documentos; solamente piden que den su nombre, y ella se asegura de si el que solicita llena las condiciones necesarias para ser admitido en el santuario. Tiene sobre todo la mision de impedir la entrada en los salones á las personas que tienen demasiado mal aspecto, á los mineros, á los habitantes de Mónaco, á los empleados de los Alpes-Marítimos en general, y á las mujeres solas. Cree que una mujer de costumbres dudosas, pero de apariencia conveniente, podrá hallar sin dificultad en un lugar como Monte-Carlo, un padrino ó una madrina que estén habituados á estas costumbres. No cierra, pues, sus puertas á nuestras celebridades galantes; (confesemos, que se encuentran bastantes alrededor de los tapetes verdes), pero les exigen que se presenten acompañadas.

Sin embargo, no han previsto el caso de que una mujer honesta como la señora Leroy, haria sola el viaje, llegaría sola al casino, y sin conocer á nadie querría penetrar en él. Verdad es, que la direccion del espacho donde extienden las tarjetas de entrada,

para un dia, para una semana, ó para una estacion, ha sido confiada al cuidado de finos observadores. Saben reconocer á primera vista á todo el mundo, rechazan la demanda de unos y dan la autorizacion que piden á otros, sin hacerles sufrir un interrogatorio que hiera su amor propio. Pero esta tarde, esos señores estaban ausentes, y un simple empleado, deseoso de demostrar su celo, estaba en su lugar, por lo que la señora Leroy tuvo que sufrir diferentes preguntas indiscretas. Se turbó, balbuceó, y el empleado, en lugar de pensar que las personas sospechosas nunca están exentas de audacia, ni se sonrojan por nada, vió en su turbacion una causa de exclusion.

—No puedo permitirlos entrar, la dijo con autoridad, hasta tanto que no me seais recomendada por alguien.

—Pero yo no conozco á nadie, contestó la jóven.

—¡Oh! señora, eso es increíble; decís que sois parisiense, y aquí tenemos lo más escogido de París.

—Acaso encontrára, replicó con bastante serenidad, personas conocidas en los salones; pero para eso sería necesario entrar.

—Todos los concurrentes, replicó el empleado, para entrar ó para salir, pasan por delante de mi carpeta, y si reconocéis á uno de vuestros amigos, podeis mostrármelo.

—Generalmente pálida, la señora Leroy, tenia en

aquel momento los más vivos colores. Eran debidos á la cólera que no podia ménos de sentir y á la vergüenza de ser confundida hasta este punto con una aventurera. ¡Ah! ¡si sólo se tratase de su placer, cuán pronto hubiese renunciado á penetrar en aquellos salones cuyo acceso la era tan difícil! Si no hubiese temido comprometerse y llamar la atención sobre sí, pronto hubiera humillado á aquel imbécil subalterno.

Le volvió desdeñosamente la espalda, y por la puerta del despacho que permanecía abierta, echó una ojeada sobre las personas que se hallaban en el peristilo.

De pronto vió á Dorliac y á de Céry. Salían de los salones de juego, y al ver el aspecto triste de Céry se podía creer, con seguridad, que la fortuna no le había sonreído.

En efecto, el año precedente, empolvado aun, fatigado por un viaje de veintidos horas, y sin cuidarse del arreglo de su persona, se había dirigido al casino donde había ganado algunas centenas de luises. Fiando en aquellas circunstancias, creyó debía observar esta vez la misma conducta; pero en 187..., á pesar del polvo del camino, la fatiga del viaje, de no haberse cuidado de su traje, á pesar de encontrarse en las mismas condiciones que en 187..., la ruleta, y la treinta y cuarenta, acababan de hacerle traicion. Esta desgracia no le impidió, sin embargo, el

ver á la señora Leroy; inmediatamente se dirigió hácia ella sombrero en mano.

Sin darle tiempo para hablar, la jóven le dijo con voz breve y conmovida:

—Creí encontrar á mi padre en su *hotel*; pero no está. Esto me ha hecho suponer que le encontraría en los salones de juego, pero me han rehusado la entrada.

—¿Y por qué, señora?

—Porque no me conocen y porque estoy sola.

—Pues ya no lo estais por más tiempo, si teneis á bien el concederme el honor de tomar mi brazo, se apresuró á decir el señor de Céry.

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, apareció el conde de Servan bajo el peristilo. Acto continuo, Mme. Leroy, dió las gracias á Mr. de Céry por sus ofrecimientos, y se dirigió resueltamente hácia su padre.

El conde acababa de sentarse, y presentaba una figura bien triste; sólo, mirando á su alrededor como si buscase á alguien. Reconoció á su hija, que se dirijia á él en linea recta, palideció y se levantó de un brinco, como si hubiese sido movido por algun resorte.

Llegó hasta él, y de pié, recta, sin hacer un gesto:

—Es preciso, le dijo, que os hable inmediatamente sin salir de aquí, sin dirijirnos al *hotel*. Vos que co-

noceis todos los rincones de esta casa, conducidme á alguna habitacion en la que podamos estar solos ó casi solos.

—¡Venid! dijo él, resignado y tembloroso.

Ni aun se atrevió á ofrecerle el brazo, y marchó hácia el gabinete de lectura.

Asi que llegaron á esta pieza, ocupada solamente, gracias al juego y al concierto, por dos personas, á las que los diarios de Paris absorbian, se dirigió hácia la chimenea, se dejó caer sobre un sillón, y con los codos apoyados en las rodillas, y la cabeza entre las manos, esperó á que Luisa hablase.

Esta no se habia sentado; apoyada en el montante de la chimenea, le dijo en voz baja, pero precipitada y nerviosa:

—¿Habeis ganado? ¿Habeis perdido? ¿Cuánto os queda? ¿Qué es lo que podeis devolvernos?

—El se estremeció, y haciendo un esfuerzo, despues de un instante, respondió.

—Todo lo he perdido, la suerte me ha sido fatal...

—Esto debia de suceder, murmuró ella; lo mal adquirido no puede aprovechar.

—Tienes razon, le dijo el conde, con la vista siempre fija en el suelo... He cometido una falta... una gran falta... Pero nosotros los jugadores perdemos todo sentimiento moral, no tenemos más que un solo honor, el que hay entre todos los jugadores, que consiste en pagar sus deudas del juego, y cuando el

baron de Saimpré vino á reclamarme tan insolentemente sus setenta mil francos, mi altivez y mi orgullo se revelaron... ¡Entonces no pensé más que en una cosa... en pagar! Tenia por mi desgracia... y la vuestra... esa suma bajo la mano y la arrojé al baron.

—Si al ménos nos hubiera pertenecido... dijo Luisa.

—¡Ah! ¿Con que no os pertenecia? dijo él palideciendo... Yo no lo sabia... además, no reflexioné... estaba loco... despues, ya ves, con el dinero que quedaba, estaba seguro de ganar, de llevaros por la noche la misma suma... ó acaso más... ¡Pero ay! me engañé; la fatalidad se desencadenó contra mi... entonces vine aquí con los últimos billetes de mil francos. Yo suponía que la fortuna no podia abandonarme enteramente, que tendria al fin mi revancha, como la he tenido muchas veces... ¡Ah! si hubiera ganado, hubiera vuelto en seguida y os lo hubiese llevado todo, los cien mil francos, los doscientos mil, los trescientos mil, el millon... y os hubiera dicho: «Tomad, tomad, esto es vuestro... bien os lo debo todo;» éste era mi sueño, ya ves, mi único pensamiento, el haceros dichosos, el proporcionaros la riqueza.

—Nada de eso os pedíamos, replicó Luisa. Unicamente os pedíamos nos dejaseis el honor, y nos le habeis arrebatado.

—¡Ah! perdon, perdon, la dijo... perdóname que-

rida Luisa... á pesar de eso os amo con todo mi alma á tí y á Alicia... Segun ves, mi única falta, es esta pasión...

—Iba á continuar, pero ella le detuvo con estas palabras:

—Basta, os lo ruego. Además no he venido aquí para reconveniros. Hace mucho tiempo que he renunciado á ello, porque comprendo que es inútil... y no tengo ahora tiempo... ¿De modo que no os queda nada? ¿No puedo contar con vos?... No puedo confiar en nadie, sino en mí... en mi sola... ¡Paciencia! Vamos, tened la bondad de levantaros y de hacerme abrir la puerta de los salones de juego... es el único servicio que os exijo.

—¿Y qué vas á hacer en esos salones? le dijo incorporándose y mirándola por primera vez.

—Voy á jugar, respondió Luisa en tono resuelto.

—¡Tú! ¡tú!

—¡Sí, yo! Voy á intentar salvar el honor de mi marido, salvar á mis hijos de la vergüenza, de pagar en fin los cien mil francos que...

—Que yo os quité, replicó él.

El conde se habia puesto de pié, y su mirada hasta entonces apagada, pareció iluminarse.

—¿Y cuentas con el juego? le preguntó con voz más segura.

Permanecieron algunos momentos silenciosos, y luego añadió el conde:

—Serás tú jugadora tambien.

—Y como no contestaba, continuó.

—¡Ah! quieres jugar... Acaso tengas razon... ¿Y con qué cuentas para tentar la suerte? ¿Qué suma traes?

—Tengo en mi poder, le dijo, mis ahorros, los de mi hermana... el valor de mis alhajas, enviados al Monte de Piedad, seis mil francos próximamente... ¿Es suficiente esa suma para ganar cien mil francos?

—¡Qué si es bastante! exclamó él, recobrando súbitamente la voz y los colores. ¡Qué si es bastante! Pues ya lo creo. Con cien mil francos puede uno ganar cuanto quiera. Un dia, en Hamburgo, ya lo sabes, con algunos luises hice saltar la banca. Otra vez, en Wiesbaden, con un billete de cien francos, que me prestó un judío, pude atrapar una série de diez y siete negras, que me proporcionó una suma considerable... ¡Seis mil francos! ¡Tienes en tu poder seis mil francos! Todo lo puedes esperar.

Se interrumpió, y en tono más bajo, con ménos entusiasmo, añadió:

—Desgraciadamente, es necesario saber jugar; tu nosabes.

—Vos debeis saber, padre mio, hace bastante tiempo, y sin embargo perdeis.

—He perdido, se apresuró á responder el conde, en estos últimos tiempos, en estos dias, porque estaba de una suerte fatal... pero desde hace un instan-

te, la vena me ha vuelto... La siento, la veo, y si tu quieres, jugaré por tí.

—Nunca, nunca, respondió ella con terror.

—Tienes miedo... pues te aseguro...

—Es inútil, nunca, ya os lo he dicho.

Su voz demostraba tal firmeza, su ademán era tan decidido, que su padre no se atrevió á insistir.

—Entonces, repuso éste, déjame al ménos que te enseñe el juego; esto lo haré en poco tiempo. Si vas allá sin saber al ménos en donde colocar tu dinero, puedes contarle perdido. Escúchame... La treinta y cuarenta es un juego demasiado complicado para tí, y por lo tanto no hay que pensar en ella... ¡Y sin embargo, qué fortuna podía hacerse no jugando más que el terció y el todo!... El golpe de tres es el único desfavorable... pero con intermitencias se gana todo el tiempo; con séries se gana aun mucho más, porque al cuarto golpe puedes pasar al color ganancioso... Despues haces *la bola de nieve*, es decir, que aumentas tus puestas... Pero, ¿para qué explicarte todo esto? añadió encogiéndose de hombros, es necesario renunciar á la treinta y cuarenta... Queda la ruleta; ésta es más fácil. Voy á explicártela.

Todo esto lo habia hablado con gran animacion, sin detenerse, sin tomarse tiempo para respirar. De pronto, se detuvo:

Es más sencillo, le dijo, darte mis explicaciones delante de una mesa de ruleta... Lo comprenderás

antes: en algunos minutos estarás impuesta de todo como los más antiguos jugadores. Ven, ven.

En su apresuramiento, el conde se dirigia ya á la puerta, y Luisa le seguia maquinalmente, triste, resignada. El conde se volvió, la miró, y sin detenerse, le dijo:

—Primero, para entrar en los salones, abandona ese aire tan compungido y recobra algo más de ánimo... Cualquiera creeria que vas al suplicio.

—Porque á ese es precisamente donde voy, respondió ella.

—Es posible, pero haz por olvidarlo... Nunca ganarás, sino consigues dominarte, ocultar tus preocupaciones, y no ver sino el juego. La fortuna no favorece á las personas tristes; á las personas fúnebres; la desgracia, las hierre, y tiene un verdadero placer en volverlas aun más siniestras.

Es amiga de los semblantes alegres, de las personas que se burlan de ella, que le dicen: «Yo soy más fuerte que tú y te venceré.» ¡Ella es cobarde; hé aquí la fortuna! Para que ceda, es preciso brutalizarse... ¡Vamos! veo que tomas mis consejos; tu mirada es más enérgica, recobras tus colores... ¡Bravo! Cuando te has metamorfoseado tan pronto, es porque tienes conciencia de tu fuerza. Prevé que vas á ganar... Te sucede lo que á mí... Nunca he sentido la vena como esta noche.

En el momento de atravesar la puerta de los salones, la detuvo:

—Luisa, déjame jugar por tí, le dijo con voz suplicante; déjame repararme de todos mis desastres, rehacerte tu fortuna... Estoy seguro de que ha llegado el momento; tengo una combinación infalible.

—No, eso no, le respondió ella. Antes que dejamos jugar por mí, jugaré yo misma... tendré serenidad, tendré valor para mezclarme entre los jugadores, para sentarme en su mesa, para adelantar mi dinero... es preciso, es preciso... venid, venid... el tiempo urge.

XIV

Las salas de juego de Monte-Carlo, estaban muy concurridas la noche que Mme. Leroy penetró en ellas, acompañada de su padre. Había habido tiro de pichon por el día, y lo más escojido del *sport*, los tiradores más hábiles, después de haber rivalizado en destreza sobre el terreno, rivalizaban ahora en audacia alrededor de los tapetes verdes. Estos eran Messieurs Robert H... H. C..., B..., dos duques célebres, un príncipe italiano, un príncipe del Norte, un gran número de ingleses, sir Carlos L..., sir Williams C..., L..., el homónimo de un gran viajero; todos ellos jugadores en gran escala. Después de estos señores, sentados á su lado, ó de pié detrás de sus asientos, se apiñaban los concurrentes habituales, los que viven en Monte-Carlo una parte del año, y además los visitantes, los viajeros, los nicenos y los jugadores de ocasion.

Las mujeres ocupaban la tercera parte del sitio;

otras circulaban de una mesa á otra, por curiosar, para pedir prestado, ó en busca de aventuras. La sociedad femenina de Monte-Carlo, es de las más heterogéneas: es una rara mezcla de provincianas, de extranjeras y de parisienses. Pero no sólo están allí confundidas las nacionalidades, lo están también los rangos; una princesa, de las más auténticas, se sienta al lado de la señorita X..., y no teme, á veces, inclinarse hácia ella para consultar la tarjeta sobre la cual con un alfiler se pican los caprichos de la negra ó de la encarnada.

Más lejos, se ve á una señora de la aristocracia, reputada de ser la más honesta, que, febril, turbada, se distrae hasta el punto de rogar á una de nuestras celebridades galantes, que le apunte un luis al color. En fin, toda jóven recién casada que se detenga veinticuatro horas en Mónaco, antes de hacer su viaje á Italia, se ve expuesta á ser codeada por alguna de estas aventureras, á las que la administración de los juegos se ve obligada á tolerar, hasta que halle un pretexto para excluirlas.

Entre los hombres, la mezcla es también completa: todas las naciones del globo viven allí en promiscuidad curiosa. Pero el italiano, como vecino, el inglés, por su cualidad de eterno viajero; el parisiense, porque cree hallarse en su casa, son los que se encuentran con preferencia en Monte-Carlo.

¡Y qué amalgama de todas las posiciones socia-

les, de todas las rarezas! Aquel ministro, curioso de conocer esa famosa ruleta, á la que él, informado ligeramente, ha arrojado de su país; el presunto heredero de un trono, queriendo conocer todas las pasiones antes de reinar; un pobre colono, que se apresta á perder en una hora cincuenta luses, economizados en dos años; aquel negociante venido á Monte-Carlo, para ver si consigue hacer frente á la liquidación de fin de mes; un desgraciado, que se desespera al lado de un filósofo, que no dice una palabra, ó de un jugador afortunado que sonríe á sus billetes de banco; la vieja supersticiosa, ostentando ante sí un pedazo de cuerda de ahorcado; el arruinado, que no pudiendo jugar más, mira jugar á los otros, se interesa por un desconocido, sigue todos sus golpes, palpita, se conmueve con él, se figura que pierde ó gana él mismo; el tímido, que no se atreve á adelantar la mano para retirar su dinero; el desvergonzado y el ladrón, apropiándose las puestas de otros; el tonto, que no sabe si ha ganado ó perdido, y se lo pregunta á su vecino; el antiguo profesor de treinta y cuarenta, siempre dispuesto á dar buenos consejos, mediante una pequeña retribución: el que marca las cartas, guarda el puesto de un rico jugador, juega por él, con una utilidad de un diez por ciento, y presta algunos luses á sus clientes *desplumados*; el *cebador* de números, jugando siempre á uno sólo, admirándose de que no salga, cubriéndolo-

le de luises, aumentándoles á cada puesta, nutriéndole tan bien, en una palabra, que al día siguiente es fácil que no pueda nutrirse á sí mismo.

En el momento en que Mme. Leroy entraba en el salon, Mr. de Céry, que acababa de perder aun, se alejaba de la mesa de treinta y cuarenta. Por prudencia, no habia llevado más que una centena de luises, y habia dejado en el hotel, en el fondo de la maleta, la mayor parte de sus capitales; pero resuelto á medirse de nuevo con la fortuna, disgustado de tener que hacer un segundo viaje al hotel de París, se echó á buscar á su amigo Dorliac para que le prestase dinero. Este debia de estar bien provisto, porque era enemigo declarado del juego, y habia apostado á abandonar á Monte-Carlo sin pagarle el menor tributo.

De Céry, le buscó primero entre los curiosos que rodeaban las mesas é impedían que se aproximasen los verdaderos jugadores; despues, no encontrándole entre ellos, pasó revista á los que estaban sentados. Dorliac seguia siendo invisible. Fatigado del viaje, insociable con la ruleta, aturdido por el roce de los billetes de banco, el sonido del oro, la voz de los paleteros con su eterno: «Haced vuestro juego, señores, que se vá á jugar, encarnada, par y color.» ¿Se habria decidido por irse á acostar? De Céry, empezó á creerlo así, y renunciando á pedir dinero á su amigo, se decidia á hacer un nuevo viaje al hotel, cuan-

do creyó ver á aquel que buscaba en el fondo de la galeria, cerca de la chimenea.

Se aproximó. En efecto, era Dorliac. No habia duda de que era Dorliac, sentado en una banqueta, con el sombrero entre las piernas, los brazos caidos, la cabeza inclinada sobre el pecho, y todo el cuerpo aplomado.

—¿Qué haceis aquí? le preguntó de Céry cuando llegó á él. ¿Pensais acaso en dormiros aquí y en faltar al respecto en el templo de la fortuna?

—¡El templo de la fortuna! replicó Dorliac. Y su frente se anubló y su boca se sonrió amargamente.

—¡Pardiez! ¿qué teneis? ¿Por qué esa voz cavernosa y ese aspecto tan fúnebre? ¿Estais malo?

—No, murmuró Dorliac, cada vez más fúnebre; no estoy malo.

—Entonces, querido mio, evitadme el trabajo de volver por tercera vez al hotel, y prestadme cien luises; os los devolveré esta misma noche en cuanto regresemos.

—¡Cien luises, imposible! dijo Dorliac, ¡imposible!

—¿Cómo! ¿Habreis dejado, como yo, vuestro dinero en la maleta? Entonces, ¿por qué os burlabais de mi prudencia? y me deciais: ¡no se comprende qué pueda uno tener tan poco dominio sobre sí, para verse obligado á tomar tales precauciones! Yo llevo mi cartera; contiene diez mil francos, y estoy seguro

de no gastar un céntimo. ¿Qué habeis hecho de esa famosa cartera?

—Aquí está, respondió Dorliac, tendiendo á su amigo una pequeña cartera de piel de Rusia, de las que se usan para llevar billetes de banco.

De Cery miró, tocó, meneó la cabeza, y despues abrió la cartera para asegurarse de lo que veía.

Estaba vacía.

—¿En donde está vuestro dinero? preguntó á Dorliac.

—Me le han quitado, respondió aquel con timidez.

—¿Cómo! ¿os le han robado? ¿Quién? ¿Un ratero?

—Es posible, contestó el infeliz, que quería al menos, salvar su amor propio. Nada tendrá de particular que me lo hayan robado. ¿No habeis visto en varios sitios del establecimiento, grandes carteles con estas palabras: «Tened cuidado con los rateros?»

—Es verdad, replicó de Cery, pero os haré observar que un ladrón se hubiera llevado la cartera con el dinero. Creo que no hubiera tenido la delicadeza de restituirla despues de haberla vaciado.

—¡Ah! dijo Dorliac, hay ladrones muy originales. Cartouche, el famoso Cartouche...

—Dejemos ahora á Caurtouche si gustais, y confesadme francamente que vuestros billetes están sobre esta mesa de treinta y cuarenta, en ese cofrecito de cobre.

—No, respondió Dorliac, no están en esta, están en aquella otra de la ruleta, en aquel otro cofrecito.

—¡Desgraciado! ¿con qué habeis jugado?

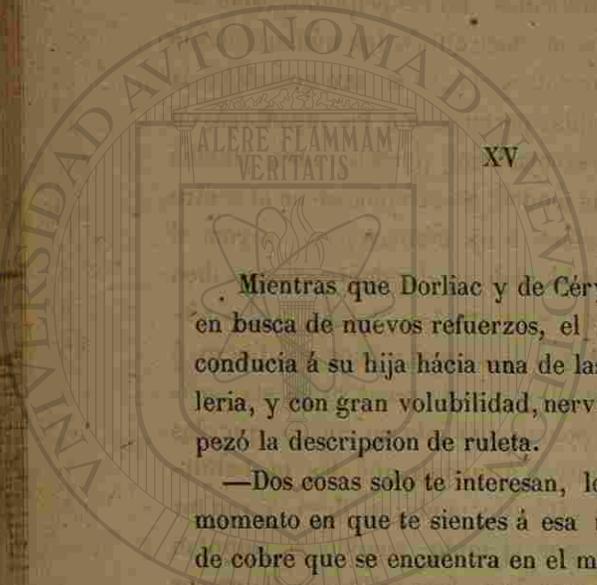
—¡Ay, sí!

—¿Cuándo yo os lo decía!

—No abuseis de vuestra situación, sed generoso y prestadme cien luis.

—¿Cómo! dijo Mr. de Cery, riéndose, ¿soy yo el que ha de prestaros dinero, cuando precisamente venia á pedirlo? ¿Aún quereis jugar?

—Sí, quiero, dijo, y su mirada brillaba al mismo tiempo.



Mientras que Dorliac y de Céry, corrian al hotel en busca de nuevos refuerzos, el conde de Servan conducía á su hija hácia una de las mesas de la galería, y con gran volubilidad, nervioso, agitado, empezó la descripción de ruleta.

—Dos cosas solo te interesan, le dijo él, desde el momento en que te sientes á esa mesa; el cilindro de cobre que se encuentra en el medio, y el tapete verde sobre el cual ves cifras, líneas y palabras que no comprendes.

Ocupémonos en primer lugar del cilindro; está dividido en pequeñas casillas encarnadas y negras, de las cuales cada una tiene un número, desde el uno al treinta y seis, y además un cero, que hace treinta y siete cifras. Un empleado de la administración sentado allí, en medio de la mesa, da con la mano un impulso á ese cilindro y arroja en él una bolita, que despues de girar algunos instantes, viene á caer

en una de las casillas. Nada hay tan sencillo, como puedes ver.

Pasemos al tapete: está dividido en pequeños y grandes compartimentós. En los pequeños están señalados tres líneas de doce cifras, los números desde el uno hasta el treinta y seis, y el cero que está á la cabeza. Esas casillas pertenecen á los jugadores; en ellas es donde colocan sus puestas; pero pueden hacerlo de varias modos. Si la colocan en el centro de un compartimiento á un número *pleno*, segun el nombre que se le ha dado, y el número sale, reciben treinta y cinco veces su puesta. Si escojen dos números (que es lo que llamamos poner el dinero á caballo), reciben diez y siete veces su puesta, más la cantidad que ponen, teniendo en cuenta, que las ganancias disminuyen á medida que las probabilidades aumentan. De este modo se llega á recibir solo dos luses; por ejemplo, cuando se apuntan doce números con un luis. Esto es lo que llamamos suertes compuestas; la puesta es casi siempre triplificada.

Por el contrario, colocando las puestas en los compartimientos mayores, los que rodean los números, solo se ganan las suertes simples, es decir, que se duplica la puesta. Ejemplo: si se pone un luis en ese cuadro encarnado, y la bolita del cilindro se detiene en un número encarnado, la banca paga un luis. Si se hace la misma puesta sobre este compar-

timiento, sobre el cual está escrita la palabra *impar* y la bolita se detiene en el número veinte, se pierde un luis. En fin, el jugador, al cual le son suficientes las suertes sencillas, puede confiarse á uno de estos compartimientos, sobre los cuales están escritas las palabras: *pasa y falta*. *Falta*, comprende todos los números desde el uno al diez y ocho inclusive; *pasa*, todos los demás, desde el diez y nueve al treinta y seis. Gana uno ó pierde, según la bola se detiene en unos ú otros números. Esto, es también poco complicado, pero es necesario saberlo.

Mme. Leroy escuchó todas estas explicaciones. Tenía aun una duda y preguntó á Mr. de Servan:

—¿Qué papel desempeña aquí el cero? Le veo separado de todos los demás números, á la cabeza de las tres filas. ¿No puede uno poner á él sus puestas?

—Al contrario, se apresuró á responderle Mr. de Servan. El cero, como número, tiene igual valor que los demás. Si sale y tienes puesto en él un luis, te pagan treinta y cinco. Pero no aprovecha nunca cuando se juega á las suertes sencillas: el color par é impar pasa falta, y la puesta queda detenida hasta la jugada siguiente, que os la hace perder ó simplemente rescatarla. Según ves, el cero es una ventaja para la banca, No solo perjudica á los que juegan las suertes sencillas, sino también á los que solo juegan un *pleno*, puesto que en realidad solo pagan treinta y cinco veces la puesta, más esta, y

con el cero existen treinta y siete números... ¿Tienes alguna otra pregunta que hacerme?

—Ninguna.

—Ya solo se trata de poner en práctica mis lecciones, y de hallar un sitio en esta mesa, puesto que estás decidida á jugar tú misma. En este momento están todos ocupados; pero, gracias á este caballero que acaba de llegar, quedarán bien pronto libres... ¡Calla! pero este es Dorliac, el agente de cambio, añadió el conde.

Luisa Leroy reconoció, en efecto, á su compañero de viaje. Venía á probar fortuna de nuevo, con la suma que le había prestado de Céry. Pero en tanto que éste, como jugador serio, se dirigía á la mesa de treinta y cuarenta, Dorliac se lanzaba hácia la ruleta, y se entregaba á un juego frenético. Sin tomarse el trabajo de estudiar el cilindro ni el tapete, arrojaba indiferentemente luses á derecha é izquierda, sobre *pasa y falta* á la vez, sobre una fila de números *plenos* que él no podía ya reconocer y que se veía disputar, cuando ganaban, por uno de esos merodeadores que rodean los tapetes verdes y viven á expensas de los ignorantes y de los locos.

Los jugadores de sistema, entregados por completo á sus cálculos, los picadores de tarjetas, que llevan la cuenta exacta de los números jugados, y para los cuales el juego es un trabajo serio, tienen horror á estos novicios, que de pié, detrás de ellos, adelan-

tan la mano á cada instante, rozándoles en el rostro, descomponiendo sus montones, tirando sus pilas de luises, apoyándose en la mesa para llegar á la casilla en donde quieren colocar su puesta. Los sufren por algunos instantes, luego se quejan, gritan, y como su verdugo, febril, loco, ni siquiera los escucha y continúa molestándolos, toman el partido de levantarse é irse á otra mesa más tranquila.

Mr. de Servan, por su gran experiencia, comprendió inmediatamente, al ver jugar á Dorliac, lo que habia de suceder. En efecto, una señora de edad, despues de haber dado frecuentes muestras de impaciencia, metió en un saquito de seda su pila de monedas de cinco francos, metió en la cartera su papel, su lapicero y sus alfileres, y levantándose, dijo en tono desagradable:

—Ya no se puede jugar aquí.

Dorliac, ni aun se apercibió de que aquel sitio estaba libre, y el conde de Servan pudo hacer sentarse en él á su hija. Esta, se encontró colocada en el centro de la mesa, la primera despues del paletero, sobre el cuadro de la derecha, y al lado del empleado encargado de pagar ó de recojer con su rastrillo las sumas perdidas. El sitio era excelente: está directamente bajo la mirada de los jefes de partida y de los inspectores, sentados en medio de la mesa en grandes taburetes. Examinan vuestro juego, saben en donde habeis colocado vuestro dinero, y si hay al-

guna cuestion, son los encargados de hacer justicia.

Una vez sentada, Luisa Leroy, viendo á muchas otras á su lado, se sintió ménos turbada de lo que se habia imaginado. Dejó sobre la mesa la cartera que contenia toda su fortuna, sacó dos billetes de á mil francos, se hizo que le diesen en cambio dos montones de á cincuenta luises, y ya iba á empezar á jugar, cuando su padre se inclinó á su oido y le dijo:

—Yo permaneceré detrás de tí y te guiaré.

Luisa frunció el ceño, y volviéndose hácia Monsieur de Servan, le dijo:

—Os suplico que no os ocupeis de mi juego y abandoneis esta sala.

—¡Cómo! replicó él, ¿me rehusas hasta el placer de verte jugar?

—Sí, sí, contestó con impaciencia, y añadió: me atraerías la desgracia.

Estas palabras, lejos de desagradar al conde, le halagaron. Se inclinó de nuevo hácia la jóven, y le dijo con cierto orgullo;

—¡Ah! eres supersticiosa como un verdadero jugador. Tienes mi misma sangre, bien se vé que eres mi hija.

—Como ella le suplicase de nuevo que saliese, el conde añadió:

—Está bien, está bien, te dejó. Ya has comprendido, ¿no es verdad?... Si pierdes, juega poco y espera. Si ganas, al contrario, lanza grandes puestas,

juega el máximo á números *plenos*, haz *paroli* sobre la encarnada y la negra, no temas nada, todo te favorecerá... Preveo que estarás con yena... Y yo también la tendría si jugara en este momento; pero ¡ay! estoy *tronado*, completamente *tronado*.

Luisa retiró cinco luses del monton que tenia delante, los tomó entre los dedos y los alargó al conde sin hablar palabra.

—¡Ah! está bien, dijo él, me voy... me voy... no oirás hablar de mi hasta el final de la noche.

Y corrió á la treinta y cuarenta.

Por su parte, Mme. Leroy, se puso á jugar.

Eran próximamente las ocho y media de la noche.

XVI

Los curiosos y observadores que se deslizan entre los jugadores y rodean las mesas de ruleta, nunca hubieran pensado, al ver á Mme. Leroy hacer sus primeras jugadas, que trataba de ganar una suma de cien mil francos. En efecto, á pesar del fin que se proponia; á pesar de la gran suma que tenia en perspectiva, Luisa Leroy, en su inexperiencia, adelantaba primero con timidez, puestas muy modestas sobre las suertes sencillas, la encarnada y la negra, la par y la impar. Ganó, perdió, volvió á ganar unos cincuenta luses, y acabó por comprender, que jugando de esta manera, aún en el caso de que la fortuna no cesara de favorecerla, le serian necesarios muchos dias para conseguir su objeto. Recordó los consejos de su padre, y pensando en la situación en que se hallaba, persuadida de la necesidad de vencer, si habia de vencer, en el plazo más breve posible, se hizo más audaz, más animosa.

Hizo dos partes iguales de su dinero, y resolvió sacrificar una inmediatamente sobre los números. Pero, ¿qué números escojer? Este era un primer inconveniente bien conocido por todos los jugadores. Sin embargo, ¡nada más sencillo! se dirá; basta con entregarse á la suerte y jugar los primeros números que se presenten, los que señale la mano.

Pues bien, no; los jugadores no obran nunca de ese modo. Siempre se dejan guiar por alguna superstición. No siguen el impulso material de su brazo, sino que obedecen á un pensamiento, á una razón.

Así, Luisa Leroy, en lugar de elegir la línea de cifras y las casillas marcadas delante de ella, se armó de una paleta, lo cual era un progreso de audacia, y dejó pequeños montones de luisas, sobre el 26, porque tenía 26 años; sobre el 32, el 3 y el 5, que eran la edad de su marido y de sus hijas. ¿No era por los tres por quién combatía? ¿No debía de unirlos á aquella lucha, de confundirlos con ella misma, de aprovechar sus respectivas suertes, de formar con todos aquellos seres amados, un solo todo? Los más timoratos no hallarian una profanacion en el recuerdo que de Juana y Marta hacia su madre en aquel momento. Toda la inmoralidad del juego desaparecia ante el fin que se proponia Mme. Leroy.

Los números escojidos por ella, le fueron favorables. En ménos de un cuarto de hora, el 26, el 32, el 3 y el 5 salieron muchas veces. Luisa Leroy, que

se habia atrevido á poner cinco luisas á cada número, ganó 20.000 francos.

Entonces, alrededor de la mesa, empezó á sentirse cierto rumor; todos se fijaban en la recién venida, tan favorecida por la fortuna, mostrándose unos á otros aquella señora jóven y hermosa que jugaba como un hombre y con tanta dicha.

Se apiñaban, se estrujaban por verla. De un extremo á otro de la galería, en el primer salon y bajo el vestíbulo, circulaba el rumor de que la banca iba á recibir una leccion, y como todos los concurrentes á un casino, jugadores y curiosos, son los enemigos más acérrimos de esta banca, que sin embargo les ofrece tan cortés hospitalidad, corrieron al salon para gozarse en su quiebra. Los mismos inspectores, los jefes de partida, el encargado de arrojar la bola en el cilindro, el que tiene á su cargo el recojer las puestas con una gran paleta, otro que tomaba de una pequeña caja los billetes destinados á pagar á Mme. Leroy, todos se interesaban por ella, le sonreían cuando ganaba, y le pasaban graciosamente su dinero. Estos hombres-máquinas, jugando y viendo jugar todo el dia por cuenta de la administracion, acostumbrados á ver perder en un segundo sumas muy superiores á sus haberes anuales; estos hombres pasivos, formando, para hablar con exactitud, un solo cuerpo, un todo con la ruleta y el tapete verde, tenían desde hacia algunos instantes, una alma, si-

guiendo ávidamente el juego de su adversario, regocijándose y sufriendo con él.

Este fenómeno no es raro; no habrá que atribuirlo solo á la belleza de Mme. Leroy, á la simpatía que inspiraba, al encanto que ejercía. Hemos oído afirmar, y nada hay tan admisible, que estos señores, de los cuales algunos jugarían si su posición se lo permitiese, se distraen con frecuencia jugando con el pensamiento por cuenta de un tercero. Eligen una persona las más de las veces, una mujer cuyo rostro le seduce; se interesan en su personalidad y participan de todas sus emociones. Por la noche, podrían decir con poca diferencia, y lo dicen con exactitud, lo que Mr. X... ó Mme. Z... han perdido. ¿Notaba Mme. Leroy todas estas curiosidades, todas estas simpatías? ¿Tenía la imaginación bastante libre para ocuparse de los que la contemplaban? No sabemos responder á esta pregunta, ni á otra que ahora se nos ocurre. Cuando jugaba con tanto ardor con tanta furia, ¿tenía sólo un pensamiento, ó sea el de devolver á Mr. Markett el depósito confiado, salvando á su marido de la ignominia, ó bien se había apoderado de ella el demonio del juego? ¿Se había despertado en ella el vicio de su padre? Sea como fuere, ella aumentaba siempre sus apuestas á medida que sus ganancias. No se contentaba ya con buscar números, es decir, con exponer algunos luises para recibir una fuerte suma. Ahora exponía toda la suma á las suer-

tes sencillas, y cuando había ganado se apresuraba á decir al banquero con voz balbuciente: «Todo al monton.» Y casi todos estos golpes le eran favorables: el oro se acumulaba ante sí, ocupaba un gran sitio bajo su pecho anhelante, y se confundía en agradable desorden con los billetes de quinientos y de mil francos.

No tenía tiempo para arreglar sus ganancias y menos para contarlas. ¿A qué cantidad ascendería en aquel momento el monton? No lo sabía. No lo quería saber. Jugaba, jugaba sin cesar. Incesantemente adelantaba nuevas apuestas con la mano, incorporándose; otras veces con la paleta, cuando la casilla que quería apuntar estaba demasiado lejos. Por lo demás, muchas veces, esta molestia le era evitada por uno de los empleados de la banca.

—¿Dónde quereis colocar el dinero, señora? le preguntaban.

—Sobre la negra, respondia.

—¿Cuánto?

—Seis mil francos.

—Seis mil francos á la negra, decia el paletero.

Y tomaba delicadamente con la punta de su paleta, ágil como una mano, los seis billetes de banco y los trasportaba en un abrir y cerrar de ojos al color indicado.

Si cuando hacia estas grandes apuestas se olvidaba de garantizarse contra el cero, como se lo había reco-

mendado su padre, un vecino solícito, algunas veces el jefe de la partida, se inclinaba hácia ella y le decía en tono bajo:

—Señora, tened la costumbre de cubriros del cero, sin duda es un olvido.

Daba las gracias con una sonrisa, y adelantaba algunos luses hácia el número peligroso.

¿Y cómo estos empleados y estos expectadores no se habían de interesar por ella? Si la jugadora les hubiera sido indiferente, la mujer seguramente los hubiera conmovido. El que testigo de esta partida, nos la ha referido, afirma que Luisa Leroy estaba en esa noche radiante de hermosura. Su frente estaba iluminada, su mirada brillante, sus narices se dilataban á impulsos de pequeños estremecimientos nerviosos; su boca entreabierta para dar paso á una respiración oprimida, anhelante, daba á su fisonomía una expresión de voluptuosidad, que solo su marido habría podido observar hasta entonces. Cuando se inclinaba sobre la mesa ó se echaba hácia atrás, cuando se incorporaba para seguir con más comodidad los movimientos de la bolita en el cilindro, su busto bien formado, presentaba soberbias ondulaciones, delineando curvas armoniosas.

Acababa de ganar una puesta de seis mil francos, cuando Dorliac que arruinado de nuevo, se interesaba, á falta de otra cosa, por su juego, le dijo en alta voz:

—Teneis, estoy seguro, más de cien mil francos delante de vos.

Entonces se detuvo, retirando la suma que acababa de adelantar.

—¡Oh! esta señora no tiene aun cien mil francos, repuso otro jugador.

—Apuesta á que sí, replicó Dorliac.

—Yo apuesto á que nó.

—¿Nos permitis contarle, señora?

—Sí, contad.

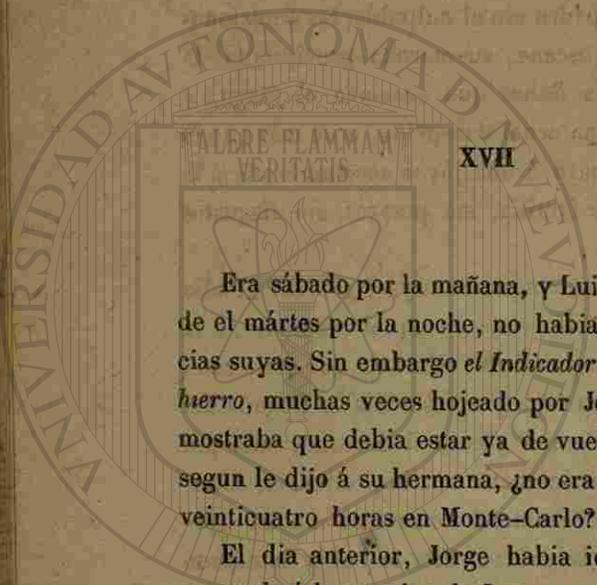
Se contó, y solo había ochenta y cuatro mil francos.

—Me he engañado, dijo Dorliac... Sin embargo, es una bonita suma y en vuestro lugar yo me retiraría.

—No, respondió ella con viveza. Mi padre, por el cual juego, me ha dicho que no me detenga hasta que haga cien mil francos.

Y adelantó una nueva puesta.

Mr. de Servan acababa de aparecer y miraba á su hija con orgullo.



Era sábado por la mañana, y Luisa, ausente desde el martes por la noche, no había dado aun noticias suyas. Sin embargo el *Indicador de los caminos de hierro*, muchas veces hojeado por Jorge y Alicia, demostraba que debía estar ya de vuelta. Su proyecto, según le dijo á su hermana, ¿no era permanecer solo veinticuatro horas en Monte-Carlo?

El día anterior, Jorge había ido inútilmente á esperarla á la estación de Lyon; no llegó por ningún tren.

Y ninguna carta, ningún despacho para tranquilizarlos, no solo sobre el resultado de su desesperada tentativa, sino sobre ella misma.

Con el ánimo sobresaltado, estaban propensos á engrandecer los más pequeños sucesos y á exagerar cada cosa. Veían ya á Luisa enferma, lejos de ellos, en una habitación de un hotel, imposibilitada para venir y aun para escribirles una palabra, y hallaban

mil razones para justificar estos temores. El disgusto terrible que había recibido, la escena en la que después de haber tenido el dolor de dudar de su marido, supo que su padre era el culpable; las emociones siguientes á esta escena, su marcha precipitada, la fatiga del viaje, la fiebre que ocasiona el juego, y probablemente una cruel decepción, eran más que lo suficiente para abatir á una joven acostumbrada á la paz de la vida de familia, sin pesares, sin disgustos hasta entonces.

¿Y cómo adquirir noticias suyas? ¿Partir? ¿Podía Jorge hacer esto? Un viaje en aquel momento, á la hora en que era esperado Mr. Markett, ¿no sería considerado como una fuga y apresuraria la llegada del momento que se temía? ¿Tenía el derecho, solo por vanos temores, para cometer una imprudencia, cuando Luisa le había recomendado tuviese mucha sangre fría y mucha serenidad? Ella lo había intentado todo para contrarestar el peligro; todo lo había abandonado, hermana, hijas, marido, ordenando á este último permaneciese firme en su puesto, y que esperase frente á frente el golpe. ¿Debia desobedecerla? Alicia ofrecía á Jorge partir en su lugar; pero, ¿podía la señorita de Servan viajar sola? ¿No sería probable que se cruzara con su hermana en el camino?

El sábado, á las nueve de la mañana, se dirigió Jorge á la estación de Lyon. Esta es la hora á que

llega el tren rápido que salía la vispera á las once del día de Monte-Carlo. Esta vez esperaba y estaba persuadido de ver á su mujer descender del tren. Tambien se engañó, y regresó á la calle de Roma no sabiendo qué hacer ni qué partido tomar.

Bien pronto se le reunió su cuñada, que salía de la habitacion de las niñas, para hacerle salir del abatimiento en el cual estaba sumido.

—Los dos ángeles, le dijo con su voz dulce y argentina, se han despertado con mis caricias... Id á verlos Jorge; sus besos os harán recobrar el ánimo... Marta se resiste á creer que su madre no haya vuelto aún; asegura que la ha visto esta noche entrar en su habitacion cargada de muñecas y de juguetes... Juana no dice nada, pero comprende, hace un movimiento de cabeza en sentido de aprobacion, y tiende sus bracitos hácia la puerta, como si Luisa fuese á entrar. Debe haber soñado lo mismo que su hermana, y Dios no querría engañar á la inocencia.

—Yo tambien la he visto, dijo Jorge, esta noche, en sueños...

Estaba de pié, delante de una mesa verde, en la sala de juego... delante de ella habia un monton de oro... y á su lado, un hombre que tenia las facciones de Markett, la miraba sonriendo.

—¡Buena esperanza, Jorge! ¡Buen presentimiento! exclamó la jóven. Ella va á volver, como nos ha ofrecido, con la libertad.

—¡Si tuvieramos esa dicha! dijo él... No, no, no quiero creerlo... El desengaño seria horrible.

—Tengo confianza, á pesar de todo, dijo Alicia; una voz secreta me dice que saldremos bien de esta prueba.

—¡Ay! observó Jorge; hoy, en este momento, es cuando necesitamos salir de ella. El tiempo huye en estas alternativas y estas esperas. Mr. Markett vendrá de un momento á otro.

—Aun no está todo perdido. Todavía cuento con mi hermana.

—Pero no llega, y no puede llegar hasta esta tarde... ¿Qué haré hoy?... Si espero en mi casa á Monsieur Markett, ¿qué le voy á contestar cuando me pida sus cien mil francos en valores ó en billetes de banco?... Si por el contrario, me voy al escritorio, ¿no irá allí á buscarme cuando salga de esta casa, y no será el escándalo más pronto y más público?

—Acaso fuera mejor, dijo Alicia, que hacia un instante consultaba el *Indicador de ferro-carriles*, que Mr. Markett no os hallase ni aquí, ni en vuestro despacho; esto nos haria ganar tiempo hasta el lunes.

—No lo creo, replicó Jorge. Si no me encuentra en la oficina, supondrá que su negocio esta en regla, que he dado las órdenes necesarias, y sin la menor sospecha, creyendo hacer la cosa más natural del mundo, se dirigirá al cajero.

—El cajero no le conoce, observó Mlle. Servan. Yo no estoy muy al corriente de lo que son negocios, pero me parece, mi querido Jorge, que no se presenta uno á reclamar así una suma considerable, sin ser acompañado de alguien que le presente ó sin un recibo.

—Justamente, tiene un recibo, un recibo firmado por mí. No quería aceptarle y yo le exigí que lo tomara.

Bastará con que se presente en la caja, para que todo se descubra, y mi ausencia me condenará infaliblemente.

Alicia, que habia abandonado el *Indicador* hacia un momento para escuchar á su cuñado y responderle, bajó la cabeza y emprendió de nuevo la lectura de aquel. Las personas que no están acostumbradas á viajar, encuentran grandes dificultades cuando se trata de averiguar las horas de ciertos trenes. Las líneas trazadas sobre el papel, son largas, muy estrechas, difíciles de seguir con la vista; frecuentemente es necesario señalar con la uña las diferentes líneas; este era el trabajo al cual se habia entregado Mlle. de Servan hacia algunos instantes. De pronto, se interrumpió, y dirigiendose á Jorge:

—Luisa puede llegar aun esta mañana, le dijo.

—Es imposible; no se espera ya ningun exprés.

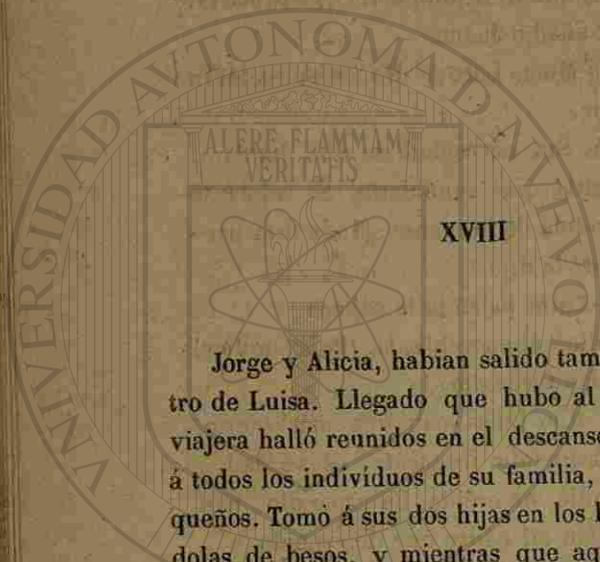
—Exprés que venga de Monte-Carlo ó de Marsella, no, es verdad; pero puede haber pasado la noche en

el camino. Ya conoce nuestra ansiedad y sabe cuanta importancia tiene este dia para nosotros. Vendrá hoy por la mañana.

Apenas habia pronunciado estas palabras, Marta y Juana, á quienes acababan de vestir, penetraron en el salon.

—¡Ahí esta mamá! ¡Ahí está mamá! gritaba Marta... La he visto bajar de un carruaje.

Y diciendo esto, atravesaba el salon para llegar á la antecámara. Juana, sofocada, desalada, la seguia de la mejor manera posible, corriendo con todas las fuerzas que sus piernecitas le permitian.



Jorge y Alicia, habían salido también al encuentro de Luisa. Llegado que hubo al tercer piso, la viajera halló reunidos en el descanso de la escalera á todos los individuos de su familia, grandes y pequeños. Tomó á sus dos hijas en los brazos cubriéndolas de besos, y mientras que aquellas criaturas tan queridas, se agarraban á ella sin permitir que las dejara en el suelo, ella trataba de estrechar las manos de su marido y de su hermana. En cuanto á su rostro, no podía disponer de él, sus hijas se habían apoderado y la devoraban. Marta no interrumpía sus besos más que para decir: ¡Mamá querida, mamá adorada! y Juana, eco fiel de su hermana mayor, repetía sus palabras.

Entre tanto, había podido entrar en el salón. Palpitante, conmovida, hacía señas de que quería hablar y no podía.

—Las niñas te molestan, dijo Alicia, dámelas, las

voy á llevar á su habitacion, y las verás en seguida.

—No, no, yo no quiero dejar á mamá, gritó Marta.

—Yo tampoco, añadió Juana.

—Dejadlas, dijo Mme. Leroy. No comprenderán lo que voy á decir.

—Jorge la miró. Sin necesidad de que hablara, sabía ya lo que tenía que anunciarle. Se adelantó hasta ella y tomándola de la mano: ¿Todo está perdido, no es verdad? le dijo.

—Sí, murmuró Luisa bajando la cabeza.

—Lo sabía, replicó él en voz baja. ¡Pobre mujer! Esa era una tentativa insensata.

—Insensata, sí, dijo Luisa con voz más fuerte, levantándose bruscamente; insensata, es verdad... y no obstante, añadió, he creído, he esperado, casi he tocado el fin... sin mi padre que de repente...

—¿Estaba allí? preguntó Alicia.

—Y dónde quieres que estuviera? replicó madame Leroy, animándose por grados y con acento más expresivo, con voz vibrante... ya no se juega en Hamburgo, ni en Baden, ni en Spa; solo se juega en Monte-Carlo... y en Monte-Carlo está. El me colocó frente á la mesa de la ruleta y despues le rogué que se retirase; temía que me atrajese la desgracia. Me pongo á jugar. Gano; el oro se amontona delante de mí... Ya no respiro, ya no pienso, ya no se por qué y á qué he ido.

Mis sentidos, mi alma, mi vida, están concentra-

das sobre aquella bola que salta á través de las casillas negras y encarnadas, sobre aquel monton de oro, aumentándose siempre... No oigo más que este ruido, no percibo más que esta voz que dice á cada golpe: «Haced vuestro juego, señores»... Pero conozco que la suerte me favorece, que estoy próxima á alcanzar la cifra de cien mil francos... Cinco minutos más, y estamos salvados... Se presenta mi padre, me habla, y de pronto la fortuna me abandona... empiezo á perder... pierdo más... pierdo siempre... el monton se disminuye... y desaparece. ¡En fin! ¿qué más os puedo decir? Lo he perdido todo, todo... Al dia siguiente, jueves, salí de allí. Debía haber llegado ayer por la noche; pero me encontré en el camino de tal modo fatigada, sufría tanto, que me detuve... ¿De qué me hubiera servido llegar antes? Para anticiparos la noticia de nuestra desgracia, ¿no era mejor dejaros aun algunas horas de esperanza? Además, si no hubiera recobrado mis fuerzas, podía haber enfermado y teníamos necesidad de hallarnos hoy reunidos para acordar...

Esto es todo cuanto tengo que deciros, amigos míos. A vosotros os toca ahora. ¿Ha pasado algo de nuevo durante mi ausencia?

—Nada, dijo Jorge.

—¿No ha adelantado la hora de la visita monsieur Markett?

—No, pero le espero hoy.

—¡Está bien! Ya he llegado. Yo le recibiré.

—¿Cómo! ¿Tú quieres...?

—No quiero nada. Te hago la misma súplica que antes de mi partida. No cambies en nada tu vida ordinaria. Esto es lo esencial. ¿Puedes tú hacer algo? No.

—Esperemos entonces, y dejémonos guiar por los acontecimientos.

—Permíteme, sin embargo, amiga mia, te repita lo que decia á tu hermana hace un instante: si monsieur Markett no me encuentra aquí, irá á buscarme á mis oficinas.

—Es á mí á quien toca impedirle que vaya, dijo Luisa.

—¿Y cómo vas á hacerlo?

—Me costará gran trabajo decírtelo. Obraré segun las circunstancias y haré lo mejor.

—No dudo de nada, y confío en tí, repuso Jorge.

Cuando este se retiró, Luisa se detuvo algunos momentos con sus niñas, se informó de lo que habian hecho durante su ausencia, escuchó su incompleta charla, y despues se retiró á su cámara y se tendió en una butaca. Despues de aquella nueva noche, pasada en el tren, necesitaba dormir algunos instantes para encontrarse completamente despejada cuando tuviera necesidad; pero habia encargado á su hermana tuviese cuidado de la llegada de Mr. Markett y le avisara en cuanto le viese.

Bien pronto, en vez de dormitar, logró dormir; de tal modo guardaban todos silencio á su alrededor. Marta, bulliciosa generalmente, se habia colocado en un rincon del gabinete de su padre. No chistaba, le hablaba en voz baja á sus muñecas y les recomendaba que fuesen juiciosas, para no despertar á su madre. Juana, sentada á su lado, mirándola con sus grandes ojos, imitaba su silencio; se la hubiera podido tomar por una de las muñecas.

Durante este tiempo, Alicia, que naturalmente no habia dado parte á ninguno de los criados de lo que ocurría, vigilaba desde la ventana de su cuarto la entrada de la casa. Deseaba ver llegar á Mr. Markett, para que su hermana, sin hacerle esperar, tuviese tiempo para despertarse y pasar al salon. Desconfiaba de sí misma y temía si se encontraba sola con el que tan formidable era en aquel momento, decir alguna frase imprudente, cometer alguna falta.

Acaso tuviera algun otro motivo para desear la inmediata presencia de su hermana y evitar una entrevista. Antes de irse tan dramáticamente á su vida, Markett habia sido el año anterior en muchas ocasiones, su huésped cuando venia á comer á su casa, su compañero en algunas expediciones campestres, y su caballero en el baile. Sin saberlo, se sintió inclinada hácia aquel jóven de sonrisa benévola, de mirada leal. Le habia comparado á muchos de los jóvenes que se encuentran en la sociedad, y le encontró su-

perior á todos. No habia duda de que el corte de sus vestidos, sus sombreros exportados de América, sus grandes cuellos de camisa, rectos y tiesos, su traje con frecuencia descuidado, podian ser criticados por nuestros elegantes. Sus maneras mismas, su aspecto, su tono, su carácter, no tenian esa delicadeza parisiense que tiene su valor especial. No comprendia todas nuestras lisonjas, no hablaba nunca sin necesidad, y no penetraba el sentido de mucho de lo que se decia delante de él. Pero en cambio, hablaba juiciosamente, con calma, parecia instruido y juzgaba todas las cosas con sensatez. No admitia que se burlasen, ni aun en broma, de ciertas cosas respetables; se revelaba contra las malas acciones; se entusiasmaba con las grandes y dignas de elogio, y expresaba con firmeza sus entusiasmos. Habia conquistado por completo á Mlle. de Servan, el dia en que ella supo que encontrándose en París durante la guerra de 1870, se habia apresurado á establecer una ambulancia asistida por los mejores cirujanos, sufragando todos los gastos sin aceptar la menor remuneracion, la menor recompensa, sin permitir ni aún que mencionasen su nombre en los periódicos.

En el momento en que ella llegó á conocerlo de este modo, en que su aprecio era mayor, Markett abandonó repentinamente á París, bajo el pretesto de que negocios importantes le llamaban á América.

Después no oyó hablar más de él, hasta que regresó de nuevo á Francia. Esta vez, desde su llegada á París, tuvo la mala ocurrencia de confiar su capital á Jorge Leroy, y sus visitas, que Alicia en otras circunstancias acaso las hubiera deseado, la molestaban ahora.

De un personaje de comedia, que seduce y divierte, se había convertido, por efecto de la infamia de Mr. de Servan, en un personaje de drama, cuya sola aparición horroriza.

A eso de las cuatro, un carruaje se detuvo á la puerta que acechaba Alicia, y un hombre de elevada estatura, descendió de él. Mlle. de Servan reconoció á Markett, é inmediatamente se lanzó hácia la habitación en que se hallaba su hermana.

XIX

Cuando Markett fué introducido en el salón de Jorge Leroy, encontró á Luisa y á Alicia sentadas y trabajando al lado de la chimenea. Se adelantó hasta las dos jóvenes, y después de saludarlas, dijo á la dueña de la casa:

—Ciertamente, no esperaba ser recibido por vos, señora. No es el día en que acostumbrais á recibir, y suponía que vuestra puerta estaría cerrada.

—Esto me lo decís, sin duda, caballero, respondió Luisa tratando de sonreírse, para que yo no tenga que agradecer nada por vuestra visita.

—Lo digo, señora, sin ninguna mala intención, como digo todas las cosas, respondió el americano en un tono bastante frío. Pero soy algo torpe, y puede en efecto interpretarse mal mi pensamiento. Quería solamente decir que venía hoy á una cita dada á vuestro marido, y que á la vez pensaba tener el gusto de presentaros mi respetos.

—Pues bien, mi querido Mr. Markett, os habeis engañado, dijo Mme. Leroy, es á mi hermana y á mí á quien encontráis al amor de la lumbre, y en cuanto al que vos venís á buscar, está en su oficina hasta las cinco; sin duda os espera allí, sin comprender que vos vendriais aquí.

—En ese caso, repuso Markett levantándose, mi deber es buscarle. Le rogué se encargase de cierto asunto en mi nombre, y no está bien que yo le haga esperar.

—Id, amigo mio, respondió Luisa sin pestañear. Mi marido, debe efectivamente, ser antes que mi hermana y que yo.. y los negocios antes que la amabilidad.

—¿Qué me quereis decir? pregunto Markett.

—Os quiero decir, contestó ella en tono amistoso, que no es justo nos hagais una visita tan corta.

—Un poco confuso, Markett, tomó asiento de nuevo, sin pronunciar una palabra. Acaso habia experimentado cierto placer al oirse reconvenir porque partia. En todo caso, la amabilidad de Mme. Leroy parecia haberlo dejado más satisfecho. Perdió la frialdad que habia mostrado á su llegada; el hielo estaba roto y se fundia ante la sonrisa de la jóven.

—¿De modo, dijo él despues de algunos instantes de silencio, que pasais frecuentemente los dias ocupadas en vuestras labores? Pues yo me figuraba que no se encontraba nunca en su casa á las parisien-

ses, que estaban siempre de paseo ó de visitas.

—Las hay tambien que viven muy retiradas, replicó Mme. Leroy. Se ocupan de su casa, de su interior, trabajando lo que pueden, y como es dado trabajar á la mujer. Muchas se encargan ellas mismas de la educacion de sus hijos, y cuando aún son muy pequeñitos, cosen para ellos como yo lo hago en este momento. Es un placer para una madre el poder decirse: «Este trajecito que todos admiran, soy yo la que le ha hecho.» Nada hay tan fácil para mi hermana y para mí, como el procurarnos este placer: no somos ricas, y desde muy jóvenes hemos tenido que servirnos nosotras mismas.

Decía todo cuanto venia á su mente, no teniendo más que una idea, un objeto; retener á Markett el mayor tiempo posible; hacer llegar la hora en que las oficinas de Jorge estuvieran cerradas. Hubiera hablado del teatro, del baile, de diversiones, ¿qué le importaba? Pero la casualidad hizo que la conversacion recayera sobre un asunto, que era precisamente el que podia interesar más á Markett y retenerlo más tiempo á su lado.

—Yo creo haber oido decir, repuso éste, que vuestro padre era rico.

Luisa se estremeció al oir estas palabras. Sin embargo, se dominó y replicó:

—Ha sido rico, es verdad; pero hace tiempo que perdió su fortuna.

—¿En especulaciones desgraciadas, sin duda? añadió Markett.

—Sí, en especulaciones...

—No siempre es uno afortunado, dijo él; pero en América, cuando uno ha perdido, empieza de nuevo. Yo me he arruinado dos veces y hoy soy rico, á pesar de eso.

—Mi padre no ha tenido esa dicha.

—Entonces, continuó Markett, despues de la muerte de Mme. Servan sois vos la que os convertisteis en madre de familia y la que ha educado á vuestra hermana, ayudada por vuestro ánimo y vuestra virtud.

—He hecho cuanto he podido, dijo Mme Leroy, y si conocieseis como yo á mi querida Alicia, verias que la cosa no era difícil!

Conmovida como estaba, madame Leroy se enternecia á medida que hablaba, y para ocultar su emoción, se inclinó hácia su hermana y la abrazó.

—Conozco bastante á esta señorita, decia Markett, conmovido él mismo, se la ve á través de vos, señora... y no es necesario veros mucho tiempo á las dos, ni cambiar con ustedes muchas palabras, para comprender la excelencia de vuestro carácter y de vuestro corazón.

Luisa, despues de grandes esfuerzos se había re-
puesto, y sonriendo á su huésped.

—Os habeis vuelto francés, caballero, le dijo. Veo que nos lisonjeais.

—¡Lisonjas... yo! No digo más que lo que pienso... Envidio la suerte de Mr. Leroy. Yo hubiera querido ser preferido como él, por una mujer semejante á vos... Pero esta dicha no está sin duda para mí... ¿Es falta mia, añadió sonriendo tristemente, si no poseo el don de agradar?

Consiguió vencer su timidez habitual, y volviéndose hácia Alicia, le dijo:

—¿No sois vos de la misma opinion, señorita?

Interrogada así bruscamente, mortificada con diferentes cosas, de las cuales Markett ni Luisa nopodían darse cuenta, la jóven olvidó la situacion en la cual se encontraba, y respondió con orgullo, casi con dureza:

—Yo no puedo dar opinion sobre una cosa como esa, caballero; mi hermana, mejor que yo, puede responderos.

—¡Alicia! dijo Mme Leroy, asustada por esta actitud, por estas palabras y por el giro que tomaba la conversacion.

Peró Mr. Markett se habia levantado, y tan frio, como por extraordinario, se habia mostrado expansivo, le dijo á la jóven:

—Evitaré á vuestra señora hermana el desagrado de tener que darme una respuesta que de antemano me es conocida, puesto que en vano he esperado

hasta el último momento la mirada ó la palabra que podían retenerme... Adios, señorita, adios, señora; regreso á América para hundirme de nuevo en el torbellino de los negocios... Acaso me arruine de nuevo, pero esto no será sino una distracción para olvidar los pesares, y no pensaré entonces más que en rehacer una cuarta fortuna, así lo espero.

—Pero, caballero... quiso interrumpir, Mme. Leroy, quien creyó comprender en aquel momento.

—No me quejo de nadie, continuó Markett tristemente; estad segura de que no llevo de todos sino un grato y querido recuerdo.

Después de haber pronunciado estas palabras, con voz conmovida y tierna, se levantó, y echando una mirada al reloj, añadió:

—Ahora es ya demasiado tarde para dirigirme á la oficina de Mr. Leroy. Ya no lo encontraría allí; y además, no me siento dispuesto para ocuparme en este momento en cuestiones de interés. Servíos escusarme ante vuestro marido, señora, y decirle que será muy amable, llevándome á mi hotel el lunes por la mañana, lo que debía de entregarme hoy. Me despediré de él á última hora, puesto que partiré el lunes por la tarde ó el martes á más tardar.

Como Luisa, muy turbada desde hacia algunos instantes por las cosas inexperadas que acababa de oír, no sabiendo qué pensar ni qué decir, guardaba silencio, Markett, que se dirigía ya hácia la puerta,

se detuvo, y sacando un papel de su bolsillo:

—Aquí teneis, le dijo á Mme. Leroy, un recibo de cien mil francos firmado por vuestro marido, que él me ha dado en nombre de la casa. Servíos señora, dársele de mi parte.

Le alargó el recibo, y Luisa no se atrevió á tomarle. Le parecía que no tenía derecho para ello, que aquel recibo le iba á quemar los dedos, que su posición sería aun más comprometida si se le confiaba.

—Entretanto, Market, viendo su duda, añadió:

—Tomad, señora, yo os lo ruego; ¿no necesita vuestro marido llevarse este recibo á la caja para recoger el dinero?... En él, solo está puesta su firma; pero está hecho á nombre de la casa y ella es también responsable. En cuanto á mí, no tengo necesidad de él. La palabra de Jorge Leroy me basta... Adios, señora; adios, señorita.

Ni una, ni otra, efecto de sentimientos muy diversos, se atrevieron á tenderle la mano, y salió saludándolas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Cuando la puerta se cerró, Mme. Leroy se acercó vivamente á su hermana y le dijo con voz conmovida:

—Alicia, ¿has comprendido?

—La jóven no respondió. Sentada cerca de la chimenea, con el cuerpo inclinado hácia atrás, y la cabeza apoyada en el respaldo del canapé, miraba fijamente hácia adelante. Pero en aquella actitud abandonada, en aquella mirada medio nublada, en las delicadas arrugas de su frente y en la triste sonrisa de sus labios, era fácil comprender que habia oído á Luisa, pero que no queria responderle.

Sin embargo, habiendo repetido Mme. Leroy la pregunta: «Alicia, ¿has comprendido?» le contestó secamente sin cambiar de actitud:

—¿El qué?

—Que de todas las palabras de Mr. Markett, exclamó Luisa, se desprende claramente que no ha

podido verte sin amarte... Ha concebido esperanzas, despues las ha perdido, y por esto es por lo que regresa á América.

—Te engañas, dijo Alicia siempre impasible.

—No me engaño, no puedo engañarme. Acuérdate de las palabras que me ha dirigido; todavía están impresas en mi mente: «Envidio la suerte de Mr. Leroy; yo hubiera querido ser preferido como él por una mujer semejante á vos... pero esta dicha, no está para mí. ¿Es defecto mio, sin duda, sino he sabido agradar?

—Y bien, repuso la jóven, ¿qué prueban esas palabras?

—Que si tu le hubieras amado, él hubiera sido dichoso casándose contigo.

—Pues bien, yo no le amo, esto es todo.

—¿Cómo dices esto? Se podria creer que lo dices á causa del despecho ó de la cólera.

Alicia levantó vivamente la cabeza y respondió:

—Despecho ¡oh! no. Despues, murmuró de modo que su hermana no pudo oirla; cólera, puede ser.

Luisa se habia sentado entretanto en el canapé á su lado, y le habia tomado la mano.

—Convengamos en que no le amas. Nada tengo que decir á esto, aunque no me explico ciertas palabras que te se han escapado algunas veces... Pero luego tocaremos este punto; tú no tienes secretos para mí, al ménos así lo supongo... En este momento, no

veo más que una cosa, ni pienso más que en una cosa: Mr. Markett, parte el lunes, reune como es natural sus fondos, y espera á Jorge el lunes por la mañana para recibir de él los cien mil francos que le ha confiado... Segun se desprende de la conversacion que hemos tenido, tenemos una próroga de algunas horas; pero solamente de algunas horas. Pasado mañana, nuestro amigo exigirá, y mi marido estará perdido... Y bien; ahora te pregunto yo, Alicia, (y al hablarte, no es la hermana la que te habla, si no la madre de familia) ¿no has podido hallar en tu corazon una palabra, que sin salvarnos, hubiera retardado aún la hora de nuestra pérdida?

—¿Y qué palabra? dijo Alicia.

—¡Oh! exclamó Luisa, alejándose de su hermana; no te comprendo. Una frase, no importa cual, pero ménos dura que tus monosílabos... una simpleza, lo que te hubiera parecido... Un pesar por verle partir. Además, que bien le eres deudora de eso... El invierno pasado se ha mostrado siempre contigo muy atento.

—¿Y por qué, contestó la jóven levantándose, y con acento más animado, por qué no le has dicho tú misma esa frase, y le has demostrado ese pesar?

—Porque de mi parte, esas amabilidades no hubieran tenido ningun valor. A tí, es á quien el quería oír; tu voz es quién le hubiera agrado; una de tus miradas es quien le hubiera detenido... Yo esperaba

que así lo harías... que habrias comprendido mi deseo... Lo que has hecho, ha sido excesivo, descortés, en la situacion apurada en que nos encontramos... ¡Ah! por salvar á mi marido y á mis hijos, soy capaz de todo... Por salvar á tu hermano y á esos pequeños seres, á los que dices adoras, bien podias haber pronunciado esa palabra, haber hecho un gesto.

—No, respondió Alicia con firmeza, puesto que ese gesto y esa palabra que tu pides, hubieran sido inútiles.

—Nos hubieran salvado, repuso Luisa, te digo que él te ama.

—Y yo te digo que no me ama.

Y añadió en voz baja: No es á mí á quien él ama. Luisa la habia oido.

—¡Qué no es á tí! exclamó; ¿pues á quién?

Alicia, de pié ante la chimenea, bajó la cabeza y se calló. Luisa se aproximó á su hermana, y tomándole las manos:

—¿Qué quieres decir? le preguntó en tono de autoridad.

—No, no debo hablar, respondió Alicia ya casi vencida, sin fuerza para resistir mucho tiempo. Tu estás casada, eres madre. Puesto que nada has adivinado, no quiero herir tu delicadeza, turbar tu honradez.

—¿Qué significa esto?... ¿Qué entiendes tú por eso?... Mi honradez... mi delicadeza...

—De pronto se detuvo; porque creyó que habia comprendido:

—¡Ah! dijo sonrojándose, ¿qué es lo que piensas?... ¡Cómo! tu crees... ¡Oh! te engañas.

—No, no, replicó Alicia, cada vez más conmovida, con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana, no me engaño... Al principio, es verdad, cuando él venía, pensé, creí que sus miradas se dirigían á mí... y en mi interior, me alegraba... Pero, después, mis ilusiones desaparecieron... sus atenciones, sus elogios, su admiración eran para tí.

—¡Para mí! ¡Para mí! dijo Luisa; eso es imposible; te digo que es imposible... ¿Cómo he podido dar fe por un instante á tus suposiciones?

—Sí, me explicó eso perfectamente, dijo Alicia, Tu no admites que al verte pueda un hombre concebir pensamientos culpables... Pero yo no soy ya una niña, hermana mía... Tengo casi tu edad y hemos aprendido mucho al lado de nuestro padre... Veo, observo y comprendo... Primero, creyó él que le habías adivinado... Ha esperado y ha regresado á Francia con la intención de fijarse en ella. Luego, en este último viaje, ha reconocido la inutilidad... la locura de su amor, y parte después de haberse dado á última hora, él así lo cree, la satisfacción de haber manifestado sus sentimientos.

—¡Cómo! era á mí á quién dirigía sus palabras?...

—¿Era de mí, de quien esperaba una palabra para detenerse?

—Sí, sí.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Estoy completamente segura, respondió Alicia, tristemente.

Madame Leroy se resistía aun á creer lo que decían. Se había sentado y guardaba silencio, interrogando á su memoria, tratando de recordar todos los detalles en los cuales no se había fijado otras veces. Este escrutinio del pasado, y los recuerdos que venían á su imaginación, dieron sin duda la razón á su hermana, porque de pronto se levantó, y paseándose con agitación, pálida, murmuraba:

—¡Qué audacia! ¡Qué insulto! ¡Y este hombre que acaba de ultrajarme, que se ha atrevido delante de mi hermano á hablarme de su amor y á hacerme comprender su esperanza, es ante el que yo temblaba, á los pies del que he estado á punto de arrojarme... para implorar su piedad, para pedirle gracia!...

—Y volviendo junto á la chimenea, hablando esta vez á su hermana Alicia:

—Loado sea Dios, continuó, su insolencia nos desembaraza de todo miramiento y de toda humillación hacia él... No, yo no dejaré que este hombre deshonre á mi marido, ni á mis hijos... ¡Su dinero!... ¡Y bien! se le devolverá... pero tendremos á nuestra disposición todo el tiempo que nos dé la gana, para devolvérselo.

—¿Qué quieres decir? preguntó Alicia.

—¡Cómo! ¿No me comprendes? Repuso ella, más exaltada aún con todo lo que había dicho. ¿No me comprendes? Este recibo que acaba de entregarme para Jorge, es la única arma que tenía contra nosotros, la sola prueba. Este trozo de papel una vez quemado, que desaparezca, no queda ya nada... nada más, que nos acuse.

—¡Oh! hermana mia, dijo Alicia.

—¿Qué? ¿Qué temes?... ¿Crees que quiero robarle? Se lo pagaremos, te lo repito... pero no estaremos sujetos á él.

—La joven se aproximó a Luisa, y apoyando una mano en su brazo, le dijo con acento tranquilo:

—No, hermana mia, no tienes derecho para hacer eso.

—¿Hé? ¿Qué dices? Repuso Mme. Leroy, como si despertara sobresaltada de un sueño muy profundo.

—Digo, que tu marido te reconvendría y no lo consentiría.

—¡Ah!... ¿Tú crees?...

Mme. Leroy reflexionó un instante, y después exclamó:

—¡Es verdad, es verdad, estaba loca! Y arrojándose en brazos de Alicia: gracias, añadió, gracias hermana mia, por haberme hecho dominarme, por haberme vuelto la razón.

XXI

Cuando Jorge Leroy regresó á su casa, supo que Mr. Markett, renunciando á buscarle en su oficina, había concedido una próroga de veinticuatro horas. Luisa creyó no debía de hacer mencion del giro que había tomado la conversacion, de las ideas de Alicia, ni de las suposiciones que la actitud y el lenguaje de Markett hacian concebir. Por lo demás, ¿qué cambio podia traer á la posicion en que se hallaban los tres, el descubrimiento que acababan de hacer? ¿Desapareceria el acreedor al presentarse bajo otro aspecto? En su primer arranque de indignacion, madame Leroy pudo pensar en deshacerse del recibo de los cien mil francos, librando así á su marido de toda obligacion con aquel que queria deshonorarle. Pero entonces se sonrojaba de un pensamiento tan indigno, que solo la turbacion de su espíritu y la fiebre de que estaba poseida, podian disculpar. Comprendía, por el contrario, que la situacion de Jorge para con

—¡Cómo! ¿No me comprendes? Repuso ella, más exaltada aún con todo lo que había dicho. ¿No me comprendes? Este recibo que acaba de entregarme para Jorge, es la única arma que tenía contra nosotros, la sola prueba. Este trozo de papel una vez quemado, que desaparezca, no queda ya nada... nada más, que nos acuse.

—¡Oh! hermana mia, dijo Alicia.

—¿Qué? ¿Qué temes?... ¿Crees que quiero robarle? Se lo pagaremos, te lo repito... pero no estaremos sujetos á él.

—La joven se aproximó a Luisa, y apoyando una mano en su brazo, le dijo con acento tranquilo:

—No, hermana mia, no tienes derecho para hacer eso.

—¿Hé? ¿Qué dices? Repuso Mme. Leroy, como si despertara sobresaltada de un sueño muy profundo.

—Digo, que tu marido te reconvendría y no lo consentiría.

—¡Ah!... ¿Tú crees?...

Mme. Leroy reflexionó un instante, y después exclamó:

—¡Es verdad, es verdad, estaba loca! Y arrojándose en brazos de Alicia: gracias, añadió, gracias hermana mia, por haberme hecho dominarme, por haberme vuelto la razón.

XXI

Cuando Jorge Leroy regresó á su casa, supo que Mr. Markett, renunciando á buscarle en su oficina, había concedido una próroga de veinticuatro horas. Luisa creyó no debía de hacer mencion del giro que había tomado la conversacion, de las ideas de Alicia, ni de las suposiciones que la actitud y el lenguaje de Markett hacian concebir. Por lo demás, ¿qué cambio podia traer á la posicion en que se hallaban los tres, el descubrimiento que acababan de hacer? ¿Desapareceria el acreedor al presentarse bajo otro aspecto? En su primer arranque de indignacion, madame Leroy pudo pensar en deshacerse del recibo de los cien mil francos, librando así á su marido de toda obligacion con aquel que queria deshonorarle. Pero entonces se sonrojaba de un pensamiento tan indigno, que solo la turbacion de su espíritu y la fiebre de que estaba poseida, podian disculpar. Comprendía, por el contrario, que la situacion de Jorge para con

su acreedor, era más delicada, más terrible; que era preciso devolver á toda costa el depósito confiado, que Markett, viendo fallar sus esperanzas, herido por la indiferencia desdeñosa que le había demostrado, sería intratable y se vengaría duramente.

Por lo demás, Luisa no estaba aun convencida de que Alicia no se equivocaba. La honrada jóven se sublevaba con la sola idea de que podía ser amada por otro que su marido, y de que una persona apreciada y simpática hasta entonces, hubiese concebido pensamientos tan criminales. Evocaba sus recuerdos, trataba de recordar sus entrevistas precedentes con Markett para persuadirse de que continuaba siendo el hombre leal de otro tiempo. Él amaba, esto no se podía dudar; pero Alicia era, sin duda, quien debía haberle seducido por su juventud, su gracia, su belleza, y sin duda también porque había notado ya la simpatía que su hermana sentía por él.

Y entonces, indecisa, se decía á sí misma: ¿por qué no se ha explicado con claridad? ¿A qué todas estas frases ambiguas y estas declaraciones indirectas? ¿Qué falsa vergüenza le impedía pedir francamente la mano de una jóven en edad de casarse, dueña de su persona y de su corazón?... ¿Se había equivocado Alicia sobre los sentimientos de Markett? Deseosa de ser notada por él, propensa, por consecuencia á atribuirse sus cumplimientos, Alicia debía tener sérios motivos para creer que eran dirigidos á

otra persona. Siguiendo su propia confesion, ya no era una niña, había adquirido experiencia, sino de su propia vida, al menos de los demás; era inteligente y delicada, hubiera leído hacia largo tiempo en el corazón de Markett, si en efecto aquel corazón le había pertenecido. Y á pesar de esto, no solamente estaba segura de no ser amada, sino que parecía persuadida de que amaba á otra, á otra en la cual jamás debía haber pensado. Para juzgar tan mal al hombre que le agradaba, para atribuirle proyectos tan mezquinos, debía haber adquirido antes una certeza, de haber reunido pruebas que no se atrevía á hacer conocer.

De razonamiento en razonamiento, y á pesar de todas sus resistencias, Luisa Leroy, había acabado poco á poco por participar de las convicciones de su hermana. ¿No tenía á la vista, en la sociedad á donde la llevaban sus relaciones, empleos demasiado famosos, de amores inspirados por mujeres casadas? ¿No sabía que los jóvenes del día, á falta de otra cosa, se refugiaban en el matrimonio y cazaban el mayor tiempo posible en los dominios de otro? ¿Ella misma, no se veía obligada á confesar que á pesar de su reserva, de su reputación de honesta tan bien establecida, y del legítimo amor que todos sabían abrigaba su corazón, no había estado exenta de miradas demasiado significativas, ni libre de declaraciones embozadas?

Una mujer bonita, (y ella se veía obligada á creer en esta belleza que su marido cantaba en todos los tonos, y que su espejo ó algun eco, repetían también), una mujer bonita, decimos, no se mezcla jamás en el mundo parisiense, ó en las fiestas que él dá sin que un audaz ó un fátuo no trate de demostrarle su admiración interesada. Con una mirada severa, la mujer honrada apaga de pronto las miradas incendiarias; con una sola palabra suspende una declaración preparada con cuidado y corta la palabra al más elocuente. Pero su vigor y su virtud, no hacen que olvide los ataques de los cuales ha sido objeto, que son los que más la han indignado. El tiempo ha calmado su primera irritación, llega á experimentar cierta indulgencia retrospectiva hácia los discursos murmurados á su oído y hácia los atrevidos que los han pronunciado. Primero les llamaba insolentes, y hoy casi se decide á tomarlos simplemente por locos con intervalos de lucidez. Los dispensa, llega á comprenderlos y hasta les agradece los ratos de placer que ahora le procuran, puesto que puede decirse: «A pesar de su elocuencia, he continuado siendo mujer honrada.» Todas estas voces que no han podido seducirla, las oye también á veces en horas de ocio, se unen y forman parte de un coro lejano, recordándole sus triunfos y celebrando su gloria. En el himno de amor compuesto en honor de Luisa, acaso se hallará también confundida con las

demás, la voz de Markett. Pero Mme. Leroy no había fijado en él su atención; no recordaba la época en que, el que decían, estaba enamorado de ella, antes de sentarse en medio de los concertistas, cantaba su gran aria. El todo de Markett no había llegado hasta los oídos de Luisa, y había sido necesario que Alicia la hablase de él, para que hubiera podido llegar á recordar algo. Ahora, después de grandes esfuerzos consiguió acordarse de algunas frases musicales y reconocía, que en efecto podían haber sido dichas con su intención.

La noche del sábado trascurrió toda ella pensando de esta suerte, sin que Mme. Leroy perdiese de vista un solo instante sus otras preocupaciones y sin que olvidase el peligro que la amenazaba. En efecto, ¿aquel del cual se ocupaba, no personificaba este peligro? ¿y no había un verdadero interés en conocer á fondo sus sentimientos, y en asegurarse de sus designios? Luisa se hallaba en completa libertad de interrogarse y de aclararlo: Alicia se había retirado á su habitación y Jorge á su despacho, para poner en orden sus negocios, en víspera, como se encontraba, de un acontecimiento terrible, de una lucha que iba á decidir de su porvenir.

¿De qué les hubiera servido el hallarse reunidos y comunicarse sus pensamientos conforme lo habían hecho los días precedentes? ¿No se lo habían dicho ya todo? ¿No estaban ya muertas todas sus esperanzas?

Únicamente el domingo por la mañana, se reunieron los tres para decirse lo que sería conveniente hacer al siguiente día. Mr. Markett esperaba el lunes, antes de medio día, á Jorge Leroy. Este ¿sería conveniente que fuera á ver a su acreedor, para decirle: «No os traigo la suma con la cual contais, por lo tanto estoy á vuestra disposición?» Este era uno de los pasos más penosos que Luisa no se atrevía á exigir de su marido. Ella no dejaba de comprender que por efecto de la inocencia de Jorge, esta entrevista podía tener las más fatales consecuencias. Un culpable que se decide á confesar su falta ó su crimen, baja la cabeza, se inclina y toma el partido de escuchar en silencio todas las reconvecciones que merece, de sufrir todos los ultrajes. Pero el inocente, á pesar de la serenidad que promete guardar y de la humildad que exige su cualidad de acusado, puede repentinamente rehacerse, revelarse y devolver injuria por injuria. Así, despues de un maduro exámen y de un largo debate, se tomó la decision de que Jorge, en lugar de ir al siguiente día á casa de Markett, le escribiría, segun era su deseo. Pero esta carta debía de ser mucho más explícita que la primera, la que Luisa habia sorprendido. Las dos hermanas exigieron á Jorge que les contase los hechos tal y conforme habian sucedido. No quisieron aceptar su abnegacion y le obligaron, á pesar de su resistencia, á nombrar el verdadero culpable.

No hallaban la razon para que el soportase el peso de la falta y ocupase el lugar que debia ocupar su padre.

Ya comprendian que Markett podia tomar su relacion por una fábula, que se negaría á hacer partícipe á Mr. de Servan en la cuestion, no se ocuparia sino del depositario de su dinero... y entonces todo se podia temer: el americano, en su primer impulso de cólera, podia dirigirse á Mr. X... el agente de cambio, y preguntarle si era responsable de su empleado y si pagaba por él.

Sin embargo, á pesar de los temores que le inspiraba su carta, Jorge Leroy, retirado á su despacho, escribia bajo la inspiracion y casi bajo el dictado de su mujer y de su hermana, cuando un campanillazo resonó en la habitacion.

Los tres se miraron, suspensos, casi asustados. En ciertas situaciones las cosas más sencillas de ordinario, adquieren una gran importancia, y el espíritu intranquilo se cree siempre en peligro.

¿Quién podia visitarlos en domingo, cuando seguros de no ser molestados, ni aun habian tenido la precaucion de negar que estaban?

Era sin duda una visita: algunas palabras se cambiaron en la antecámara, despues se abrió la puerta del salon, y un criado dirigióse hácia el despacho, abrió el portier y advirtió á Mme. Léroy que preguntaban por ella.

—¿Quién?

—Mme. X..., respondió el criado.

—¡Mme. X...! ¡La mujer del agente de cambio, del que Jorge era el principal dependiente! ¿Qué venía á hacer en su casa? Es cierto que cambiaba durante el invierno algunas, aunque raras visitas con Mme. Leroy en la semana, el día de recepcion, pero nunca habia venido á verla tan de improviso. ¿Sabia ya algo? ¿Habria hablado ya Mr. Markett? ¿Habria cometido Jorge alguna imprudencia y vendria enviada por Mr. X..., puesta ya sobre aviso, para estudiar las fisonomias y darse cuenta de la situacion?

Mme. Leroy no podia dispensarse de recibirla; dejó á su marido y á su hermana en el despacho y pasó al salon.

XXII

—Querida señora, dijo Mme. X... tan pronto como la vió, tomando asiento en el sofá al lado de Luisa; os pido que me dispenseis que venga á molestaros así, un domingo sin que vos me esperaseis. Pero las dos tenemos el mismo día de recepcion, y como os debo una visita ya hace mucho tiempo, he venido á la ventura.

—Ha hecho V. perfectamente, señora, dijo Luisa, y yo le agradezco este buen pensamiento.

—Tenia muchos deseos, replicó Mme. X..., de haceros saber el triunfo que alcanzásteis en mi última reunion. Sin adulacion; conquistásteis todas las simpatías.

—¿Y qué he hecho para eso?

—No habeis tenido más que presentaros, y todos os han encontrado encantadora.

—Se han mostrado demasiado indulgentes, señora, y vos sobre todo excesivamente amable conmigo.

Luisa guardó silencio, esperando que Mme. X... abordase otro asunto. Adivinaba que la mujer del agente de cambio, no había venido solamente para decirle estas simplezas. No se engañaba; Mme. X... continuó:

—No basta aun que obtengais triunfos como mujer bonita y de talento, sino que os conceden otros elogios por otros méritos.

—¡Sí! ¿Cuáles? preguntó Luisa palideciendo.

—Aseguran que jugais como un ángel, ó si os parece mejor, como un hombre, con una sangre fría á toda prueba, tanto ganando, como perdiendo... ¡Oh! no trateis de defenderos; se conocen vuestras hazañas, un poco por el *Journal de Nice* que pone solamente vuestras iniciales, y mucho por vuestro amigo Dorliac. Ayer vino á comer con nosotros á su regreso de Monte-Carlo, donde solo ha permanecido veinticuatro horas, y sabemos que ha tenido el gusto de encontraros allí.

—En efecto, repuso Luisa con voz firme, dominando su emocion; fui á pasar algunos instantes con mi padre, del cual no tenia noticias y á quien creí enfermo.

—Dónde le habeis visitado sobre todo, es en la casa de juego.

—Eso era preciso, él nunca la abandona.

—¡Cómo! ¿no habeis tenido dominio bastante sobre él para llevarlo al hotel?

—Traté de hacer eso; pero no pude conseguirlo.

—¿Y habeis llevado vuestro amor filial hasta jugar vos misma para hacerle compañía?

—¡Oh! yo no jugaba por mi cuenta señora, creedme, he jugado por la suya. Todo el mundo lo sabe.

—Es decir, que Mr. Dorliac lo sabe porque se lo habeis dicho y porque ya conoce la pasión de vuestro padre. Pero todas las personas presentes en Monte-Carlo, han creído, querida niña (dejad que os llame así; mi edad comparada con la vuestra me autoriza para ello), todas las personas digo, que os vieron sentada á la mesa de la ruleta, han creído que arriesgabais vuestro dinero.

—Es verdad, dijo Luisa; pero vos que no habeis ido nunca á esos malos sitios, ignorais, sin duda, señora, añadió sonriéndose, que las mujeres son allí numerosas, casi mayoría.

—Como expectadoras, como curiosas, sí; pero como jugadoras... permitidme deciros que exajerais. Las mujeres de mundo se abstienen generalmente ó se contentan con exponer un luis. Vos, al contrario, segun ha dicho Dorliac, jugabais el máximun á todas las jugadas; excitabais la admiracion de todos, y cuando estuvisteis á punto de hacer saltar la banca, creo que os aplaudieron.

—Mi padre era el que aplaudia, porque jugaba con arreglo á sus instrucciones, segun he tenido el gusto de deciros.

—Es cierto; pero yo os he contestado que no sabía eso.

—Mr. Dorliac debía haberlo hecho saber.

—¡Oh! ¿por qué le reconvenís? No era cosa de buscar á cien, doscientas ó trescientas personas, una despues de otra, para decirles que aquella bella jugadora que admiraban, no era sino supuesta; que su padre se hallaba detrás de ella dándole las instrucciones necesarias. Además, muchos espectadores, no hablo solo de Mr. Dorliac, se apresuró á añadir madame X... para no comprometer más al amigo de su marido, se preguntan si en efecto es cierto que no jugabais por vuestra cuenta. Segun dicen, parece que uno os aconsejó que os detuvieseis, y que respondisteis: «No, no, necesito cien mil francos.»

—Seguramente, señora, oyeron mal, ó interpretaron mal mis palabras... Además, os confesaré, que no sabia muy bien lo que hacia; llegué á perder un poco la cabeza, el juego da fiebre, y pude, en efecto, cometer alguna imprudencia.

—Pues bien, hija mia, esto es todo cuanto quería haceros confesar, persuadida de que con un criterio como el vuestro, no volveréis á cometer imprudencias de este género. Dispensad mis palabras y perdonadme la afectuosa moral que me he permitido, por la intencion que me guia. Mi marido se sorprendió con lo que le dijeron de vos. Mr. Jorge Leroy, ocupa en casa una posicion importante, y conven-

dreis en que seria deplorable se llegara á sospechar que arriesgaba al juego sumas importantes; ya sabéis que el marido es el editor responsable de las acciones de su mujer, y si ella juega, es á él á quien se acusa de jugar. Mr. X... queria hacer algunas observaciones sobre este asunto á Mr. Leroy, pero le he rogado que no hiciese nada. Le he prometido que os veria, que hablaria con vos y que os exigiria no volviesséis á comprometeros en público por vuestro padre. Esta pequeña aventura quedará entre las dos. Mi marido hará como que lo ignora, y en favor del motivo, lo repito, vos me perdonareis la indiscrecion que acabo de cometer.

Y al pronunciar estas palabras, tendia afectuosamente la mano á Mme. Leroy, quien á su vez le daba una mano helada, á la que la sangre la habia abandonado hacia un instante, para afluir toda ella al corazon.

La pobre jóven, comprendia que el asunto, áun cuando fuera presentado de una manera tan agradable, no por eso dejaba de ser importante. La alarma estaba dada, y si al siguiente dia Mr. Markett, sin dar aun una queja, decia una sola palabra, todo se descubriría al momento, y se esparceria el rumor de que Mme. Leroy habia jugado, no por cuenta de su padre, sino por cuenta de su marido, depositario infiel. La situacion se complicaba con los mismos esfuerzos que hacian para ocultarla.

Pero en aquel momento, Luisa Leroy debía ocultar sus ansiedades y sonreír á su visitadora. Lo consiguió así y habló con animacion, casi con alegría, de su corto viaje. Mme. X..., despues de haber des-
empeñado la comision oficial de la cual se habia en-
cargado, no quiso que Mme. Leroy permaneciese
bajo la influencia de su reconvencion, y volviendo á
ser mujer de mundo, despues de haber sido mujer
del agente de negocios, interrogó á Luisa sobre las
diversas peripecias de su excursion á los dominios
de Mr. Blanc, y reia con ella de sus aventuras,

Se llegó á hablar de Mr. de Céry, el compañero
de Dorliac en Monte-Carlo, y este nombre, trayendo
á la memoria de Mme. X... un recuerdo reciente,
hizo que contara á Mme. Leroy cierta anécdota que
debía herir profundamente la imaginacion de la jó-
ven y presentarle nuevos horizontes.

XXIII

La historia que voy á referiros y que termina de
una manera trájica, empezó Mme. X..., es un poco
viva en su principio; así, debo deciros antes, que no
la sé directamente por Mr. de Céry. Mi marido me la
contó ayer por la noche, y yo os la cuento porque
somos mujeres y ningun extraño puede escucharnos.

— Puedo escucharlo todo, señora, replicó Luisa,
puesto que sois vos quien hablais.

No sospechaba entonces la importancia que este
relato tenia para ella, y en la disposicion de ánimo
en que se encontraba, seguramente hubiera deseado
no escucharle. Pero habia jurado que su visitadora
no habia de notar sus preocupaciones.

— Mr. de Céry, replicó Mme. X..., no ha sentido
nunca, segun dicen, un amor verdadero; pero amo-
res caprichosos, segun la expresion consagrada, le
son familiares. La vista de toda mujer hermosa, pro-
duce un incendio en su corazon (incendio ligero que

Pero en aquel momento, Luisa Leroy debía ocultar sus ansiedades y sonreír á su visitadora. Lo consiguió así y habló con animacion, casi con alegría, de su corto viaje. Mme. X..., despues de haber des-
empeñado la comision oficial de la cual se habia en-
cargado, no quiso que Mme. Leroy permaneciese
bajo la influencia de su reconvencion, y volviendo á
ser mujer de mundo, despues de haber sido mujer
del agente de negocios, interrogó á Luisa sobre las
diversas peripecias de su excursion á los dominios
de Mr. Blanc, y reia con ella de sus aventuras,

Se llegó á hablar de Mr. de Céry, el compañero
de Dorliac en Monte-Carlo, y este nombre, trayendo
á la memoria de Mme. X... un recuerdo reciente,
hizo que contara á Mme. Leroy cierta anécdota que
debía herir profundamente la imaginacion de la jó-
ven y presentarle nuevos horizontes.

XXIII

La historia que voy á referiros y que termina de
una manera trájica, empezó Mme. X..., es un poco
viva en su principio; así, debo deciros antes, que no
la sé directamente por Mr. de Céry. Mi marido me la
contó ayer por la noche, y yo os la cuento porque
somos mujeres y ningun extraño puede escucharnos.

— Puedo escucharlo todo, señora, replicó Luisa,
puesto que sois vos quien hablais.

No sospechaba entonces la importancia que este
relato tenia para ella, y en la disposicion de ánimo
en que se encontraba, seguramente hubiera deseado
no escucharle. Pero habia jurado que su visitadora
no habia de notar sus preocupaciones.

— Mr. de Céry, replicó Mme. X..., no ha sentido
nunca, segun dicen, un amor verdadero; pero amo-
res caprichosos, segun la expresion consagrada, le
son familiares. La vista de toda mujer hermosa, pro-
duce un incendio en su corazon (incendio ligero que

se apaga en cuanto el objeto de su entusiasmo se deja admirar de cerca); pero hasta, que no se estingue el fuego, de Céry no vive, no piensa más que en el medio de conseguir sus fines, y para hallar el desenlace, no omite sacrificios. Estos caprichos repetidos, seguidos de sacrificios no ménos numerosos, son gravosos á su presupuesto, y si talla en las bancas de su círculo, si le hallásteis en Monte-Carlo, es porque trata de cubrir su déficit con el juego. Ya veis que mi historia sigue una pendiente resbaladiza; culpád de ello á mi marido que me cuenta cosas verdaderamente imposibles.

—Hasta ahora, dijo Mme. Leroy, tratando de sonreírse, no veo nada capaz de asustar. Continúa, si gustais.

—Prosigo. M. de Céry pasaba, hace próximamente tres meses, hácia las cuatro de la tarde, por la calle Vivienne, cuando vió delante de sí un talle elegante, una espalda como á él le gustan (aunque no me han dicho como son las que le gustan), cabellos rubios, flotando sobre un cuello blanquísimo y unos piés pequenísimos, que andaban á maravilla. Como era de esperar, se entusiasmó (esto es en él una enfermedad), y no tuvo más que una idea; ver á la propietaria de aquella espalda, aquellos cabellos y aquellos piés tan pequeños. No tardó en adelantarse á ella y se volvió con disimulo (ya sabemos como se practica esto...) Entonces el entusiasmo llegó á su

colmo. Si vista por detrás, la desconocida prometia, vista de frente, afirmaba lo prometido: los ojos eran magníficos, la nariz graciosamente remangada, la boca delineada con elegancia y el rostro de un hermoso color sonrosado.

Mr. de Céry continuó marchando delante de ella. Pretende que el mejor medio de seguir á una mujer es el de precederla, y que sin volverse, conoce el momento preciso en que se detiene.

En la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, nota que la desconocida no continúa: da entonces media vuelta, y la vé dirigirse hácia la calle de Richelieu. Esta vez, como los transeúntes son numerosos, teme perderla y sigue andando por la acera opuesta á la que ella habia tomado.

Sin dejar de andar, se hizo las siguientes reflexiones: ¿á que clase de la sociedad pertenecerá esta persona tan linda? No es una mujer de la buena sociedad; sin carecer de distincion, no tiene ese sello especial, ese no se qué, que parece distinguirnos de la generalidad. No es tampoco una... ¿cómo diré yo? una *preciosilla* segun las llaman ahora... sus maneras, la sencillez de su traje, la modestia que aparecia en su rostro no autorizaban ninguna mala suposicion. Debe de pertenecer, pensó Mr. de Céry, á la clase media, debe ser la mujer de algun empleado modesto que no tiene grandes recursos y gasta más de lo que estos permiten, porque lleva guantes con muchos

botones, el sombrero no carece de elegancia, la falda no tiene mancha alguna, y las botinas salían de casa de un buen fabricante. Según mi marido, monsieur de Céry tiene un tacto infalible para analizar una mujer, descubrir sus méritos y clasificarla inmediatamente en el lugar conveniente.

—He oído alabar su talento, dijo Mme. Leroy por decir algo.

—Tampoco esta vez se había engañado, continuó Mme. X... La desconocida, que no parecía sospechar que la seguían, desapareció muy pronto tras una gran puerta cochera de la calle de Sainte-Anne. ¿Va á permanecer poco tiempo, ó bien está ya en su domicilio? Tal es la pregunta que se hizo inmediatamente nuestro amigo y que no tardó en resolver, porque con su experiencia de perseguidor de mujeres, es á propósito para hacer hablar á los porteros.

A los cinco minutos sabía ya que la dama vivía allí y que era esposa del principal cobrador de una casa importante de Banca. Supo también que su reputación era intachable, que pasaba las veladas al lado de su marido, y únicamente salía por el día y cuando ya dejaba terminados sus quehaceres domésticos. Estos detalles, lejos de desanimar á de Céry, le entusiasman, por el contrario, hasta un grado superlativo. Entrevió la posibilidad de llegar hasta aquella jóven, demasiado bonita para dejarla en la situación en que se hallaba. Supuso que debía de sufrir en

su posición y que desearía cambiarla ó al ménos mejorarla. En fin, esperó triunfar con sus medios ordinarios de seducción, los billetes de banco.

—Es un triste medio, observó Mme. Leroy.

—Soy de vuestra opinión, querida; pero yo no hago más que narrar, no me atrevo á juzgar temiéndome ser demasiado severa. ¿Puedo continuar?

—Sí, os lo suplico,

Al siguiente día de este primer encuentro, Mr. de Céry estableció su guardia ante la casa de la dama. Bien pronto la vió salir y la siguió como la vispera, observando con satisfacción que después de haber atravesado el Palais-Royal y la calle de Rivoli, se dirigía por el patio del Louvre hácia el lado opuesto del Sena. Entonces se encontró más á su gusto para abordarla en aquel gran espacio, donde los transeúntes son raros.

—¡Cómo! dijo Mme. Leroy, ¿se permitió hablar á aquella mujer á quien no conocía?

—Así se hace, según parece, hija mía; ciertos hombres son audaces para todo. En los salones nos colman de respetuosas atenciones, nos inciensan de tal modo, que muchas veces nos vemos tentadas á tomarlos por niños de coro; pero cuando nos han dejado, se desembarazan de su incensario, y el más cumplido caballero se convierte en un libertino. Para abreviar, os diré que en el patio del Louvre, se diri-

jió bruscamente y sombrero en mano hacía la desconocida.

—Dios mio, ¿y qué la dijo?

—¡Ah! ya me preguntais demasiado: mi marido en ese punto á usado de reticencias... dichosamente. Le diria, esto fácil es de adivinar, que era bonita, bella, adorable, que se habia enamorado de ella.

—¡Ya!

El amor-caprichoso está destinado á morir rápidamente, de la misma manera que tiene la facilidad de nacer y aumentarse en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y qué respuesta dió aquella desgraciada, á una declaracion tan... precipitada?

—Ninguna. Bajó los ojos, se sonrojó y continuó su camino.

—¿Y Mr. de Céry se atrevió á seguirla aún?

—Claró está; estaba en su papel, puesto que la mania de este hombre, respondió Mme. X... riéndose, es seguir á las mujeres, no tiene otra ocupacion, ni otro placer... Pero ahora, seguia á su lado (esta es su táctica), le hablaba al andar, y continuaba poniendo en juego todos sus medios de seduccion.

—¿Y ella le contestaba?

—No; siempre el mismo silencio, la misma reserva. Así es, que su entusiasmo no tenia límites, porque, aún cuando no busca las dificultades, tampoco le desagradan, al contrario, le irritan y le apasionan. Además veia de cerca á su ídolo; mil detalles

desapercibidos hasta entonces, le encantaban más y más. En fin, en el puente de Saints-Peres, Mr. de Céry, intimidado acaso á la vista del grave instituto, interrumpió su conversacion y su persecucion. Ya habia dicho todo lo que queria decir, creia inútil comprometerse más tiempo, y confió en el porvenir.

—¡El porvenir! dijo Mme. Leroy, no comprendo bien.

—¿Qué esperanza podia tener, cuando ni le habian contestado ni le conocian?

—¡Oh! ya se dió á conocer: le habia repetido á cada paso su nombre, dándole la direccion exacta de su domicilio, y añadiendo que estaba y estaria siempre á sus órdenes, que tendria mucho gusto en hacerle un favor, cualquiera que fuese, y que podia disponer de él en todas las circunstancias. «Se hace la muda, pero seguramente no es sorda,» se decia de Céry, alejándose de ella.

—¿Espero que se engañaria?

—De ninguna manera; le habian oido y retenido su direccion... ahora lo sabreis. Pero aquí empieza ya el drama.

Trascurrieron muchos meses, continuó diciendo Mmc. X..., sin que la esposa del cobrador diera señales de vida. Mr. de Céry, para volver á encontrarla, lo dejó al tiempo que acababa por vencer á algunos virtudes vacilantes, y esperando al afortunado momento, se entregaba á nuevos entusiasmos. Sus pasiones del invierno pasado, han sido tan frecuentes y onerosas, que como sabeis, partió para Monte-Carlo acompañado de Mr. Dorliac con la esperanza de restablecer sus fondos. Despues de perder la primera noche, pudo recuperarlo al siguiente día, ganar algunos miles de francos, y temiendo verse obligado á dejarlos de nuevo en la administracion de los juegos, regresó precipitadamente á París el viernes por la noche. Ayer mañana, acababa de levantarse y de vestirse, cuando un criado le advirtió que una señora insistía para verle.

—¿Qué clase de señora es? preguntó de Céry.

—No os lo puedo decir muy bien, señor; está cubierta con un manto y lleva puesto un velo muy tupido.

—Calla, calla, pensó nuestro amigo, un velo por el rostro, un manto para ocultar el cuerpo, ¡que misterio! Decididamente he hecho muy bien en regresar.

Dió orden para que introdujesen á la desconocida en el salon, una habitacion de las más coquetas, segun parece, tapizada con raso de China, ricas alfombras, divanes, flores sobre la chimenea, lo más voluptuosa posible, segun afirma mi marido, cuya mirada brillaba cuando la describia... ¡Oh! querida mía, ¡no puede una fiarse ni aún de los hombres más juiciosos! esto es, exceptuando el vuestro, que es un santo.

Algunos minutos despues, Mr. de Céry recibió á la señora y la reconoció inmediatamente, á pesar del velo y del manto que la cubria... Vos la habeis reconocido tambien; era la habitante de la calle de Saint-Anne... Estaba más hermosa que antes, pero un tanto pálida y temblorosa. No es posible engañarse; no estaria acostumbrada á dar tales pasos ni á visitas parecidas. Sin embargo, se dominó y dijo á Mr. de Céry con voz apenas perceptible y deteniéndose á cada palabra:

—Hace algunos meses, caballero, me afirmasteis que si venia á vuestra casa á pedir os un favor me lo concederiais... Héme aquí; necesito tres mil francos... ¿quereis dárme los?

—Estas palabras no podían sorprender al que las escuchaba; no era esta la primera vez que veía rendirse á una virtud adusta. Mr. de Céry que conoce demasiado el valor del tiempo para dirigirse á las mujeres honestas y á las mujeres de mundo, coloca sus brújulas aquí y allá, entre la clase elevada y la clase humilde, y es muy raro que no vuelva á encontrarlas. Las brújulas, después de algun naufragio, vienen generalmente, como otros muchos restos, á refugiarse en el puerto que les ha sido indicado. Pero lo que le admiraba, lo que le había impresionado seriamente, eran la fisonomía y la voz de su visitadora. Parecía que verdaderamente sufría con el paso que había dado: antes de decidirse á él debía de haber sostenido consigo misma una lucha terrible.

—Nuestro amigo, lo confieso, es lijero, demasiado lijero; tiene, respecto á las mujeres, ideas subversivas; sus costumbres... no las calificamos; pero tiene fama de poseer buenas cualidades; dicen que es generoso, que siempre está pronto á hacer un servicio sin exigir recompensa y que es pródigo de su fortuna, como de su corazón... Arroja el oro á... toda la que llega, cuando se trata de un capricho, pero lo arroja también á todo el que se dirige á él y parece digno de interés. Su primer pensamiento, por lo tanto, fué decirse que era preciso olvidarse de la belleza de su visitadora para estudiar su corazón que parecía agobiado por el sufrimiento; que era cuestión

en aquel momento, no desatisfacer una fantasía, sino de socorrer á una desgraciada. Tomó afectuosamente las manos de la jóven, y hablándola con bondad, la dirigió poco más ó menos estas frases:

—Apenas os conozco, y sin embargo me inspiráis una verdadera simpatía. ¿Qué os sucede? ¿Por qué os habeis decidido después de tantos meses á venir á pedirme un servicio? Estoy pronto á hacérosle, porque no tengo más que una palabra, y quiero también al serviros, olvidar que sois adorable y que os adoro yo; pero confiadme vuestras penas. Decidme á que uso destináis la suma deseada.

En vez de responder con franqueza á estas afectuosas preguntas, la jóven guardó silencio, como había hecho en otro tiempo en el patio del Louvre. Nada pudo decidirla á explicarse ni á confiar su secreto.

—Tengo necesidad de tres mil francos ahora mismo, repitió, no puedo deciros más.

Había recobrado los hermosos colores que en otro tiempo sedujeron á Mr. Céry, sus ojos tenían un brillo sorprendente, y á través de sus rosados labios, que entonces se dignó entreabrir, se veían unos dientes preciosos. Estaba seductora hasta lo imposible, y el entusiasmo de Mr. de Céry, adormecido un momento, despertó más vivo y más ardiente.

Y para tener su conciencia tranquila, para que no tuviera nada que reprocharle, y le dejase siempre

el paso franco, llegó á suponer que la dama no estaría tan conmovida como parecía, que el paso que habia dado no le habia costado tantos esfuerzos, y que los tres mil francos solicitados, los destinaba sin duda á la compra de una alhaja ó de un traje. Para haberse mostrado en otro tiempo tan severa, añadió aun, ha retenido bien fácilmente mi nombre y mi direccion, y si solo la necesidad la obliga hoy á obrar mal, sino ha pensado en ello hasta ahora, verdaderamente está dotada de una excelente memoria.

Las flores colocadas en los jarrones, difundian por la habitacion perfumes embriagadores; las persianas medio cerradas, la dejaban en una semi-oscuridad; la jóven continuaba sentada y resignada... ¡Bien! exclamó Mme. X..., cualquiera diria que estoy escribiendo una novela. Pero me detengo á tiempo... que es lo que generalmente no saben hacer los novelistas.

Una hora despues, la esposa del cobrador dejaba á Mr. de Céry. Este permaneció aun algunos instantes en su casa, pensativo, un poco sombrío, sin saber por qué, puesto que al fin, su nueva conquista no le dejaba ninguna desilusion. Debia por el contrario hallarse satisfecho por haber hallado una de sus brújulas, tan hábilmente colocada, y de poder hacer constar una vez mas el buen resultado de su ingenioso sistema.

Bien pronto, sin embargo, recordó que tenia una

cita bajo el peristilo de la Bolsa con Dorliac, su compañero de viaje. Salió, atravesó los boulevares y en vez de subir hasta la calle de Vivienne para llegar á la Bolsa, tomó maquinalmente por la calle de Grammont... digo maquinalmente y me equivoco: Mr. de Céry, ha confesado que con la imaginacion aun ocupada, con el recuerdo de su bella visitadora, tuvo la idea de echar una mirada á la casa que ella habitaba.

Tomó, pues, la calle de Grammont, desembocó en la calle de Saint-Anne, y dió algunos pasos, pero muy pronto tuvo que detenerse porque la circulacion estaba interrumpida. Cien personas se hallaban reunidas en el centro de la calle, que hablaban con animacion y parecian conmovidas, aterrorizadas. No habia duda de que acababa de suceder algun grave accidente en aquel rincon de París, de que acaso se habia cometido un crimen.

Mr. de Céry penetra en un grupo, trata de informarse, pregunta. Al principio no obtuvo respuesta: se dirige á otros curiosos, ignorantes como él, y que miraban con desconfianza á las ventanas de una de las casas de la calle, nada obtiene tampoco. Esperando informarse minuciosamente, Mr. de Céry mira tambien, y cree reconocer una ventana del cuarto piso, sobre la cual están fijas todas las miradas... Si, no se engaña: es en efecto, la misma que ella habita. Hacia ya cuatro meses cuando salia de

adquirir algunas noticias por el portero é iba á alejarse, apareció ella en aquella misma ventana. Así que la reconoció, se retiró precipitadamente.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquel cuarto piso era objeto de tal atención? Se informó aún, penetró más entre la multitud, y supo al fin que un cobrador, en el momento en que se dirigía á arrestarle el comisario de policía del barrio, se había arrojado por una ventana, quedando cadáver en el acto.

XXV

Mr. de Céry, permaneció aterrado; este cobrador no podía ser sino el marido de la jóven que le había visitado por la mañana. Pero no se atrevió á preguntar á los que le rodeaban: hacía un momento se consideraba partícipe en el drama que acababa de suceder; pensaba que había desempeñado en él su papel oculto a la vista de los espectadores, pero importante bajo el punto de vista de la acción. Y mientras que su boca permanecía muda, su mirada se fijaba obstinadamente con espanto sobre las ventanas del cuarto piso. Se figuraba que iban á abrirse bruscamente dejando ver en ella á la mujer del cobrador. Le reconocería entre la muchedumbre, le maldeciría y lanzándose á su vez en el espacio como su marido, vendría á caer muerta allí delante de él.

Sin embargo, las ventanas continuaban cerradas; no se veía dibujarse ninguna sombra detrás de las cortinas que estaban corridas. El teatro del drama

adquirir algunas noticias por el portero é iba á alejarse, apareció ella en aquella misma ventana. Así que la reconoció, se retiró precipitadamente.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquel cuarto piso era objeto de tal atención? Se informó aún, penetró más entre la multitud, y supo al fin que un cobrador, en el momento en que se dirigía á arrestarle el comisario de policía del barrio, se había arrojado por una ventana, quedando cadáver en el acto.

XXV

Mr. de Céry, permaneció aterrado; este cobrador no podía ser sino el marido de la jóven que le había visitado por la mañana. Pero no se atrevió á preguntar á los que le rodeaban: hacía un momento se consideraba partícipe en el drama que acababa de suceder; pensaba que había desempeñado en él su papel oculto a la vista de los espectadores, pero importante bajo el punto de vista de la acción. Y mientras que su boca permanecía muda, su mirada se fijaba obstinadamente con espanto sobre las ventanas del cuarto piso. Se figuraba que iban á abrirse bruscamente dejando ver en ella á la mujer del cobrador. Le reconocería entre la muchedumbre, le maldeciría y lanzándose á su vez en el espacio como su marido, vendría á caer muerta allí delante de él.

Sin embargo, las ventanas continuaban cerradas; no se veía dibujarse ninguna sombra detrás de las cortinas que estaban corridas. El teatro del drama

estaba silencioso, sombrío. Entonces se decidió, tomando algunas precauciones, como si temiera ser comprometido en el asunto, á averiguar alguna otra noticia.

—¿Estaba casado ese desgraciado? preguntó.

—¡Oh! sí señor, le respondió una de las personas á las cuales se dirigía. Estaba casado hace algunos años con una jóven á quien todos conocían en la vecindad, de tal modo era hermosa y buena.

—¿Sabeis, preguntó Mr. de Céry, si ella se hallaba en su casa en el momento de la ocurrencia?

—Iba á entrar sin duda, caballero, yo la he visto atravesar la calle precipitadamente. Desapareció por la puerta cochera... Dos minutos despues, oí un grito terrible, luego un gran ruido... Un hombre acababa de caer en la calle y tenía el cráneo hecho pedazos.

Mr. de Céry no podía hablar. Hubiera querido preguntar aun á aquella mujer, le decía ayer á mi esposo, y nada se me ocurría, la voz me faltaba, conocía que hubiera balbuceado. En fin, al cabo de un instante se repuso y dijo:

—¿Y dónde está esa jóven de que habláis señora? ¿La han arrestado?

—No caballero, no; el comisario continúa aun arriba y toda esta jente espera á que salga.. Por lo demás no es probable que salga con ella, como pretenden todos los que se hallan aquí... No hay razon alguna para arrestar á esa desgraciada y ella querrá quedarse con sus niños.

—¡Sus niños! dijo Mr. de Céry, quién de pálido que estaba se puso lívido.

—Sí, caballero, dos hermosos niños de dos á tres años... ¡Oh! los conozco muy bien, más de una vez han mirado el escaparate de mi almacén... ¡Pobres criaturas!

Un gran movimiento se operó de pronto entre la muchedumbre: «Aquí está, aquí está,» gritaron muchas voces. Se empujaban, se apretaban, cada uno se alzaba sobre la punta de los piés.

—Es el comisario de policía, dijo la mujer que habia dado todas estas noticias. Sale solo, bien decia yo.

Mr. de Céry hizo maquinalmente lo que hacían los demás y miró. Era en efecto el comisario de policía, pero no el del barrio. Ausente este en el momento de la ocurrencia, habia sido reemplazado por uno de sus colegas, y Mr. de Céry reconoció á este colega por haberse visto con frecuencia en el teatro de Vaudeville. En efecto, el invierno último, nuestro inflamable amigo, estaba prendado, segun parecia, de una de las estrellas de este teatro: Mlle. Pierson, Mlle. Bartet, Mlle. Montalan ó Mlle. Massin, no sé de fijo de cual, acaso de todas cuatro. Para pasar la noche con sus estrellas y contemplarlas á su gusto (sin duda no se permitía más que admirarlas, serian estrellas honradas); digo, que para contemplarlas se habia abonado por un mes á una butaca de proscenio

que se encontraba al lado de la reservada al jefe de policía. Ambos concurrentes acabaron por cambiar algunas palabras; despues, por comunicarse sus impresiones sobre un asunto que le era muy familiar, y en breve entablaron relaciones.

En cuanto reconoció á su vecino de Vaudeville, Mr. de Céry, sin dudar esta vez, sin temor de comprometerse, se dirigió á él. La curiosidad, la emoción, le hacían olvidar toda prudencia.

—Vos aquí! ¡en medio de esta gente! le dijo el comisario.

—No deseo más que salir, replicó Mr. de Céry con bastante serenidad, y por esa razón me refugio á vuestro lado.

—Venid, los agentes nos abrirán camino.

Sin grandes esfuerzos, consiguieron franquear todos los grupos y bien pronto se hallaron en la calle de Grammont; atravesaron el boulevard y se dirigieron hácia la Chaussée-d'Antin. A medida que andaban hablaban, y Mr. de Céry supo lo que deseaba saber.

Aquel mismo día, hácia las diez de la mañana, el jefe de una casa importante de banca, se había presentado á dar parte de que uno de sus cobradores, encargado el día anterior de hacer un cobro de cincuenta mil francos, no había parecido aún. Había enviado á buscarle á su casa sin poder hallarle, y rogaba á la policía aclarase este misterio.

A las doce, el comisario se dirigió á la calle de Saint-Anne; entró en la casa que le habían designado, y ya había llegado al segundo piso, cuando fué alcanzado por una jóven que subía precipitadamente detrás de él.

—Caballero, le dijo con una voz que en vano trataba de afirmar; el portero me ha dicho que os dirigis á mi casa. Voy á abriros la puerta... es inútil que llameis... mi marido acaso no abrirá.

—¡Ah! ¿está arriba vuestro marido? ¿Y por qué se había de negar á abrir?

—Dios mio, caballero, porque... porque...

—Debeis de decirme la verdad señora, yo soy comisario de policía.

—¡Ah! pues bien... mi marido fué encargado ayer para cobrar un crédito de cincuenta mil francos... Como trajo la suma á su casa, notó que le faltaban tres mil francos... ¿Los ha perdido? ¿se los han robado? No puede decirlo... y no se atrevió á presentarse en casa de su jefe... Pero yo me he procurado estos tres mil francos... los traigo aquí, miradlos, caballero, y ahora encontrareis los cuarenta y siete mil restantes arriba, en billetes de banco también, tal como se los entregaron... ¡Oh! ¡nosotros somos honrados!... Solamente que nos ha sucedido esta desgracia... pero ya la he reparado.

—Está bien, señora, subamos, dijo el comisario.

Llegaron al cuarto piso; la jóven metió la llave

en la cerradura, pero no pudo abrir: la puerta estaba cerrada interiormente por un cerrojo. Tiró de la campanilla, llamó, se nombró á sí misma; pero su voz no llegó sin duda hasta su marido. Entonces el comisario de policía, impacientado con esperar tanto tiempo, temiendo ser juguete de algun engaño, y haber creído con demasiada facilidad lo que le habia dicho, dió varios golpes en la puerta, trató de forzarla, pronunciando á la vez estas tan conocidas palabras: «En nombre de la ley, abrid.»

Estos golpes y estas palabras produjeron un efecto inmediato: la habitacion, silenciosa hasta entonces, se animó como por encanto; se oían pisadas de hombre, idas y venidas, puertas que se cerraban, luego hubo un momento de silencio, se abrió una ventana bruscamente, gritos de niños resonaban en el interior del cuarto, y al mismo tiempo otros gritos en la calle. Inmediatamente quedó franca la entrada; penetraron en el cuarto piso; pero el que le habitaba no estaba allí... acababa de arrojarle por la ventana.

El comisario de policía, halló sobre la mesa del comedor, bien á la vista, un lio de billetes de banco, y al lado un papel con estas palabras:

«Faltan tres mil francos... desespero de restituirlos... Vienen á arrestarme, me mato.»

Diez minutos más tarde, el desgraciado no hubiera puesto fin á sus días: su mujer le llevaba los

tres mil francos; hubiera cubierto el déficit, y cuando el comisario se hubiese presentado, le habria hecho entrega de los cincuenta mil francos reclamados, pretestando una enfermedad, cualquier accidente, para disculpar aquella detencion de algunas horas.

El comisario, pues, no tuvo más que hacer constar una muerte: la restitution estaba hecha, y la queja presentada contra el cobrador no tenia ya razon de ser. Pero las gentes de la policía son analistas; les agrada saberlo todo, penetrar hasta el fondo de las cosas, áun cuando su obligacion no sea esa. De modo que despues de haber informado á Mr. Cery de lo que habia sucedido, trató de explicarse cómo, durante veinticuatro horas, habian podido faltar tres mil francos en los cincuenta mil. Rechazó, sin largo exámen, la idea de que fuera una perdida: cuando sucede un accidente de este género á cualquier empleado de la Banca, entrega primero la suma principal, despues presta su declaracion y se pone en campaña. No se expone á ser acusado de robo por un simple descuido, una falta de precaucion ú otra causa. Si el habitante de la calle de Saint-Anne, se habia abstenido de dar un paso de este género, debia de tener alguna falta que reprocharse; persuadido sin duda de que podria reemplazar al día siguiente los tres mil francos, se habria servido de ellos para pagar una deuda apremiante, comprometedora... y

el préstamo ó entrada con los cuales contaba, le habrían faltado.

Mr. de Céry no continuó acompañando al comensario; no trató de saber si la suma había sido verdaderamente perdida ó si habían dispuesto de ella, y en este último caso, quien había dispuesto, el marido ó la mujer. Solo pensaba en la visita de por la mañana, que ahora se explicaba de este modo: Tres mil francos faltaban en la cartera del cobrador. ¿Cómo faltan? Esto no importa. Es necesario reponerlos. Un drama terrible había tenido lugar entre marido y mujer, honrados hasta entonces, y cerca de aquellos niños á quienes adoraban. ¿Qué hacer? ¿Dónde hallar esa suma que faltaba? Buscaron largo tiempo, dieron pasos inútiles, intentaron hasta lo imposible. Luego, despues de una noche de insomnio, la mujer, pálida, febril, pero resuelta, dijo: «Voy aún á buscar; me acuerdo de un pariente, de un amigo, el podrá sin duda ayudarnos. Salgo... hasta muy pronto, ten confianza, espérame.» Y se dirigió á casa de Mr. de Céry cuyo nombre y domicilio, olvidados hacia muchos meses, habían aparecido repentinamente en su memoria. ¡Esto era el deshonor, la vergüenza; pero era también la vida, la vida de su marido, la vida de sus hijos.

Y ahora, dijo Mme. X... terminando su largo relato, Mr. de Céry, despues de haber aclarado así los hechos y reconstituido este drama de familia, se ex-

plicaba la actitud de su visitadora, su palidez, su temblor nervioso, su aire resignado. Comprendía también la sonrisa que vagaba por instantes en sus labios, los fulgores que brillaban en su mirada, su aspecto abandonado, casi voluptuoso... La desgraciada temía desagradarle con su tristeza, no parecerle ya adorable, ser rechazada, desdeñada por él... y con la muerte en el corazón, trató de convertirse en cortesana.

—Pues qué, dijo Luisa Leroy, á la cual había acabado por interesar esta historia, y que la escuchaba ávidamente. ¿No había ofrecido Mr. de Céry esos tres mil francos, á título de préstamo, de socorro?

—Sí, pero en cambio pidió una confesion; queria saber que empleo se iba á dar á aquel dinero, y la pobre jóven, cojida de improviso, no sabiendo que decir ó no queriendo mentir (porque hay horas en la vida en las que uno no puede ó no sabe hacerlo), había guardado silencio. No quiso decir que esos tres mil francos estaban destinados á cubrir un déficit, que su marido los había distraido de una suma que no le pertenecía. Antes que hacer tal confesion, prefirió sacrificarse.

—¿La maldecís vos? preguntó con viveza madame Leroy.

—¿Por qué? querida amiga. ¿Por no haberse confiado á Mr. de Céry y decirle la verdad?

—No; no es de eso de lo que os hablo, replicó

Luisa con animacion. Ella iba para sacrificarse, y se sacrificó tal como lo habia resuelto. Hablo de esta resolucion. ¿Debe uno maldecirla por haberla tomado? En fin, vos, señora, que juzgais tan justamente en todo, decid, ¿inspira esta mujer lástima ó desprecio?

—Yo, hija mia, dijo Mme. X..., me he dirigido la misma pregunta, y á pesar de la gravedad que tiene, la he resuelto en pocos instantes.

—¡Ah! veamos, veamos.

—Acaso me acusen y me acuseis vos misma de poseer ideas un tanto libres, de no ser bastante recta en hechos de moral. Pero me preguntais y os respondo francamente. Yo pienso que con nuestras costumbres, el honor de la mujer difiere del honor del hombre, del de el padre de familia. La falta de la mujer puede ocultarse á todos; solo ella la sufre, solo ella muere. La del hombre, al contrario, se difunde por todas partes, y señala la frente de todos los suyos con una mancha imperecedera.

—Bueno, ¿habeis concluido?

—Permitidme que no concluya. Mis palabras son bastante claras para que podais concluir vos en mi lugar. Además, si no os es suficiente, podreis hallar nuevos datos en mis acciones... Mr. de Céry al contar ayer á mi marido los detalles del triste drama sucedido en el dia, tenia un objeto. Esperaba que me fuera fielmente contada esta historia, y que yo

podiera hacerle un servicio. Por un sentimiento de delicadeza, fácil de comprender, nuestro amigo no se atreve á presentarse en casa de la desgraciada viuda, y sin embargo, no puede permanecer indiferente á su dolor, no quiere abandonarla, ha jurado velar por ella y por sus hijos. ¿Si alguien no se apiada de ella, que será de esta mujer falta de recursos? El padre sostenia á toda la familia, ha muerto, lo cual significa la miseria, el hambre... acaso aun la vergüenza. Pues bien; Mr. de Céry me ha rogado indirectamente que vaya á ver á esta viuda y á estos huérfanos. He accedido á su ruego esta misma mañana... ¡Qué tristeza, que dolor, que desesperacion!... y en el fondo de todo esto, ¡qué lástima de sacrificio tan inútil, de deshonra tan estéril!

He hablado con la pobre jóven, es en efecto tan bella como Mr. de Céry la pintaba, y yo la creo honrada... si, honrada. Espero haberla hecho comprender que es preciso vivir, vivir para sus hijos, y sin pronunciar el nombre del que me enviaba, le he afirmado que uno vela por ella, que no la abandonará nunca... Creo que ahora sabreis ya cual es mi opinion. Si yo despreciara á esa jóven de la cual hemos hablado, no hubiera ido á su casa, y sobre todo no le hubiera prometido una nueva visita.

XXVI

Cuando Mme. Leroy se encontró sola con su marido, no creyó debía informarle de todos los detalles de la conversacion que acababa de tener lugar. Se concretó á hablarle de las observaciones hechas á propósito del viaje á Monte-Carlo y guardó silencio sobre la aventura de Mr. de Céry. Por lo demás, la entrevista de Jorge y de su esposa fué de las más cortas. Luisa, muy preocupada, más agitada de lo que hasta entonces se habia hallado, se retiró á su habitacion, y sola, paseándose desde la ventana al lecho, sentándose algunas veces bruscamente, para levantarse más bruscamente un instante despues, pudo entregarse por entero á los pensamientos que la asediaban y dominaban. Segura de no ser escuchada, repetia de tiempo en tiempo, sin cambiar una sola palabra, de tal modo se habian impreso en su mente, muchas de las frases dichas una hora antes por Mme X...

«El honor de la mujer, difiere del honor del hom-

bre; del de el padre de familia; la falta de una puede ocultarse á todos, ella sola sufre, solo ella muere. La falta del hombre, al contrario, se difunde por todas partes y señala en la frente á todos los suyos con una mancha imperecedera.»

Bien pronto se mostró menos agitada, ménos febril; se hubiera dicho que acababa de tomar una resolucíon. Al mismo tiempo miró el reloj; eran las cuatro de la tarde.

Mientras ella pensaba así, Jorge permanecia solo reflexionando sobre la visita hecha por Mme. X... y sus observaciones al viaje de Luisa. Participaba en todo de la opinion de su mujer; la alarma estaba dada, y si la casualidad hacia que Markett se encontrase con el agente de cambio é hiciese alusion al depósito de los cien mil francos, las suposiciones más graves nacerian inmediatamente.

¿No era imprudente aguardar hasta el siguiente dia? ¿Por qué causa no hacia Jorge inmediatamente la confesion decidida y á la cual se veia obligado? ¿Esperaba que en la tarde ó en la noche cayesen del cielo los cien mil francos? ¿Por qué no determinar inmediatamente el asunto, y tratar de averiguar en fin, la resolucíon de Mr. Markett, y de saber si consentiria en perder cien mil francos, sin quejarse y sin hacer reclamacion alguna? Esta incertidumbre era terrible y puesto que ya nada se esperaba, era preciso salir de ella sin perder tiempo.

Acabó la carta que su esposa y su hermana habian empezado á dictarle, y luego se dirigió á la cámara de Luisa para pedirle el recibo que la víspera habia devuelto Markett. Quería entregarlo de nuevo á su acreedor y ponerse enteramente á su merced.

Luisa no se hallaba en su habitacion. Creyó que estaria con Alicia y se dirigió á la de la jóven; pero esta tampoco habia visto á su hermana. Entonces Jorge preguntó á los criados: Mme. Leroy habia salido hacia una media hora sin decir á donde iba. Sin embargo, para enviar su carta, necesitaba inmediatamente el recibo de Markett; le buscó en el secreter de su esposa, en los cajones donde dejaba los papeles; pero el recibo no estaba allí. ¿Por qué le habia llevado? ¿A dónde habria ido?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

XXVII

Vol. 1625 MONTREY, MEXICO

Markett habia pasado todo el dia del domingo en su habitacion del Gran-Hotel, sin dignarse dar un postrer adios á París, al cual se proponia sin embargo abandonar al siguiente dia. Pero no permaneció inactivo aun estando en su casa; y en recorrer el salon de un extremo á otro, y en pasar del salon al gabinete, se habia fatigado tanto, como si hubiera dado un largo paseo por los boulevares.

Hácia las dos de la tarde, se mostró más sereno; pareció tomar una decision importante, se sentó delante de su carpeta, y escribió cuatro grandes carillas sin detenerse, de tal modo parecia penetrado de su objeto. Despues llamó, y con apresuramiento, con el temor sin duda de verse tentado á releer la carta y romperla, la entregó á un criado del hotel para que la llevase inmediatamente.

Entonces empezó de nuevo su paseo; más precipitado, más agitado que por la mañana. Se detenia repentinamente, corría á la ventana, despues volvía

á la puerta de entrada que daba al pasillo, espía-
ba los menores ruidos que se producian en el hotel. Evi-
dentemente esperaba con impaciencia febril una res-
puesta á su carta.

Al fin la recibió al dar las cuatro, y aproximán-
dose á una ventana sin pensar esta vez en mirar há-
cia afuera, pálido, trémulo, leyó muchas páginas tan
llenas, tan cerradas como las que él habia escrito.

Esta carta debió impresionarle vivamente, porque
en dos ocasiones se le hubiera podido ver llevarse la
mano á los ojos para borrar las lágrimas que le os-
curecian la vista.

Sin embargo, sino podia impedirse de llorar por
un instante, tambien sonreia á través de sus lágri-
mas, y la palidez que habia cubierto su rostro en
las horas que habia estado esperando, acababa de
desaparecer. No era ya el mismo hombre; estaba
transfigurado. En el momento en que por tercera vez
se disponia á leer la carta que continuaba teniendo
en la mano, notó que llamaban en la puerta del sa-
lon, ó sea la que daba al pasillo.

—Adelante, dijo sin moverse, creyendo que seria
alguno de los mozos del hotel.

Una mujer abrió la puerta, la cerró luego, y per-
maneció de pié, inmóvil, no atreviéndose á avanzar.
Entonces Markett se volvió, miró y reconoció á la
persona que acababa de entrar, á pesar del tupido
velo que la cubria:

¡Mme. Leroy! exclamó admirado.

—Como no contestase, se dirigió vivamente hácia
ella, y le dijo de nuevo:

—¡Cómo! ¡señora, sois vos!

—Sí, yo soy... murmuró Luisa,

—Pero estais pálida, temblais... Hacedme el favor
de adelantaros y sentaros aquí... Mirad, aquí...

Luisa le siguió maquinalmente, tomó asiento en
el sillón que le designaba, guardó silencio un mo-
mento, y al fin haciendo un esfuerzo:

—Perdonadme caballero... Me creí fuerte, resuel-
ta... Salí bien decidida despues de un dia de angus-
tia, de duda, de desfallecimiento. Pero ahora, no me
atrevo ya... no se... ¡Oh! ¡caballero, caballero, tened
compasion de nosotros!

—¡Tened compasion de vos señora, de vos!...

—Veamos, hablad, tened valor, estais con un
amigo.

—Un amigo, sí, un amigo... Voy á tratar, voy...
¡Ah! no sé como confesaros... como deciros... Sin
embargo, es preciso, es preciso... Ese dinero, esa
suma considerable que confiásteis á mi marido y que
él debia de entregaros esta mañana...

—¿Y bien, qué?

—No la tiene ya... No le acuseis. No es él quien
ha cometido esa accion odiosa... No es él, el que ha
disipado esa suma.

—¿Pues quién? preguntó Markett.

—Soy yo, respondió Luisa incorporándose.

—¡Vos!

—Si... si... yo sola.

—¿Vos habeis gastado, señora, cien mil francos en algunos días, sin que vuestro marido tuviera conocimiento de ello.

—Tenia deudas, deudas enormes, ignoradas de Mr. Leroy.

—¡Vos teniais deudas!

—No soy lo que vos os habeis figurado, replicó Luisa vivamente, y esta vez hablaba sin detenerse, de un golpe, como si tuviera prisa de acusarse, de decirlo todo... Tengo aficion al lujo, gastos... costumbres desordenadas que yo ocultaba á mi marido... Me ama tanto, con tanta confianza y tanta credulidad... y los trajes cuestan tan caros... Compraba, gastaba á ojos cerrados... El nombre de Jorge, la posición que ocupa en casa de Mr. X... inspiraban confianza á mis proveedores, y hacia que tuviesen paciencia... Pero la paciencia tiene un término... Aquellos á quienes debia más, me apuraban, me amenazaban... Tuve miedo... Vuestro dinero estaba allí, en la caja... Perdi la razon... y pagué á toda esa gente para evitar el ruido, el escándalo.

—Supongo que no deberias cien mil francos, replicó Markett.

—No, pero asustada con lo que acababa de hacer, de la posición tan terrible en que colocaba á mi ma-

rido, cedi á una idea... loca, desesperada... Tomé el resto de la suma y partí...

—¿Y para dónde?

—Fuí á jugar á Monte-Carlo esperando ganar la suma entera y salvar á los míos del deshonor y de la desesperacion.

Markett guardaba silencio; Luisa creyó que no daba á sus palabras toda la fé que necesitaba y continuó:

—Esta es la verdad, no dudeis, la verdad, os lo juro. Muchas personas me vieron allí... han hablado de mí en los periódicos... si, en los periódicos... Os admirais porque no lo sabiais... pero yo tengo sangre de jugador en las venas... y esta sangre es la que se agitó en mí cuando llegó el peligro.

—Si, en efecto, dijo Markett con frialdad! he oido afirmar que M. de Servan estaba poseido de esa terrible pasion.

—¡Terrible!... ¡Oh! si, terrible... exclamó Luisa olvidándose de su papel, ella ha hecho morir á mi madre, y á nosotras, ella nos ha...

—Ella os ha...

—A mí, al ménos, me ha perdido, dijo Luisa volviendo de su distraccion. ¿Cómo quereis, caballero, que una hija educada por un padre jugador, compartiendo su vida tan pronto en una opulencia precaria como en la miseria más absoluta, no haya guardado en su carácter, en sus costumbres, rasgos de esta

existencia desordenada?... Bien veis que todo cuanto os he dicho es verdad...

—¿Y perdisteis el resto en Monte Carlo?

—Todo, todo... absolutamente... ¡Ay! el destino no perdona.

—Y bien, señora, dijo Markett siempre sereno; ¿qué es lo que os atormenta, qué os inquieta?... Vuestro marido me había dado un recibo, y os le he devuelto á vos misma, como si supiera lo que había sucedido... Romped ese recibo, y quedais en paz conmigo.

—No, caballero, no, nunca... Soy muy culpable, muy criminal; pero hasta ese punto, no; hasta ese punto, no... Aquí teneis el recibo, le traigo, os le entrego de nuevo.

Luisa continuó sin mirarle, suplicante, elocuente:

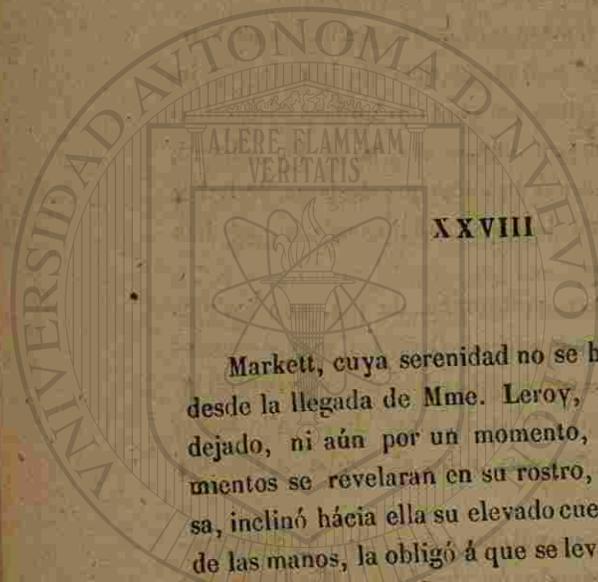
—Caballero, caballero, nuestra suerte está en vuestras manos... una palabra vuestra, y mi marido, que es el honor mismo, quedará deshonrado, perdido... y mis hijos con una mancha en su nombre, quedarán huérfanos... porque los dos moriremos, su padre y yo, si vos pronunciáis esa palabra... ¡Piedad! ¡Compasion! Consentid en no exigir en este momento la restitucion de esa suma... Aceptad á mi marido por deudor... Nosotros os devolveremos esos cien mil francos, caballero... Jorge redoblará su actividad y su energía... y yo ¡ah! yo, os lo prometo, ahorraré, me privaré... renunciaré á todo por secundarle.

Como Markett permanecía delante de ella inmóvil y silencioso, temió no haberle convencido, y añadió con voz quebrantada:

—No contestais, no consentis... no os habeis conmovido... ¿Qué quereis? ¿qué exijis?... Por qué esa mirada, esa mirada que fijais en mí?... ¡Ah! ¿con qué es cierto, es cierto lo que yo no quería... lo que no podía creer?... Entonces... continuó bajando la cabeza, y con voz apenas perceptible, mientras que su rostro se ponía de color de púrpura, entonces... me sacrificaré, como la otra: como la desgraciada, cuya historia me ha impresionado tanto y me ha decidido ha hacerme venir... Si es preciso, si lo exijis... si mi deshonra debe pagar ese crimen... ¡y bien! caballero...

Pero no pudo continuar; prorumpió en sollozos y se la oía murmurar.

—No, no, yo no puedo... no puedo... ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Perdonad... tened compasion de nosotros, tened compasion de mis hijos!



Markett, cuya serenidad no se había desmentido desde la llegada de Mme. Leroy, y que no había dejado, ni aún por un momento, que sus pensamientos se revelaran en su rostro, se acercó á Luisa, inclinó hácia ella su elevado cuerpo, y tomándola de las manos, la obligó á que se levantara, diciéndole con voz conmovida:

—Basta, señora, basta. Calmaos, tranquilizaos. Lo que acabais de decirme, os hace á mis ojos más digna de ser respetada, más sagrada... Nunca me perdonaria el haber dejado correr esas lágrimas, si ellas no me hubiesen demostrado la sublime abnegación de que es capaz una mujer y una madre... Vuestro último grito, el mentís que habeis dado á las palabras que acababais de pronunciar... esa revolución inmediata de vuestra honradez y de vuestra virtud, me han hecho comprender que ciertos sacrificios, no pueden cumplirse por ciertas mujeres. En

un arranque de desesperación, piensan en el martirio y corren valerosamente al suplicio; pero las fuerzas las abandonan y caen en el camino.

Si solo se tratase de morir, seguirían su marcha; es su honor el que se necesita inmolar, y les falta el valor... Otras son más intrépidas; no las desprecio. En ciertas circunstancias, hasta las admiro; pero honro, venero á aquellas que despues de haber concebido la idea de un sacrificio sublime, no han podido cumplirle.

Y como Luisa continuaba de pié, con los ojos elevados para dar gracias á Dios, las manos cruzadas sobre el pecho, escuchándole sin interrumpirle, Markett se dirigió hácia la mesa donde ella había dejado algunos minutos antes el recibo de los cien mil francos, y añadió:

—Seré yo quien inutilice este recibo. Vuestro marido continuará siendo mi deudor... Más tarde, ya veremos como podrá librarse de este compromiso.

—¿Cómo! ¿Será verdad? ¿Consentís? exclamó Luisa.

—Miraré, señora, como un cambio dichoso, el poseer por esa suma la amistad de una mujer como vos, si es que la amistad puede tenerse por el dinero.

Iba á continuar cuando llamaron vivamente en la puerta de entrada. El primer movimiento de Markett, fué lanzarse á la puerta y correr el cerrojo. Maquinalmente conocia, que un extraño, cualquiera

que fuese, no debía de hallar á Mme. Leroy en su habitación. Pero llamaban más fuerte, con impaciencia y cólera: los mozos del hotel habían dicho sin duda que no había salido, y el que llamaba, había acaso oído correr el cerrojo en el momento que se dirigía á abrir.

Entonces Markett se adelantó hácia Mme. Leroy, y le dijo en voz baja:

—Tened la bondad, señora, de pasar algunos instantes á la pieza inmediata. Pronto quedará libre, y os rogaré paseis de nuevo á este salón.

—Luisa, se dirigió aturdida aun y sin saber lo que hacía, hácia el cuarto que le designaban.

—Markett cerró la puerta de comunicacion, se dirigió hácia la que daba á la galería, recorrió el cerrojo y abrió.

—Un hombre se presentó en el salón; era Jorge Leroy.

XXIX

El americano tuvo bastante presencia de ánimo para no manifestar turbacion ni extrañeza alguna. Se limitó á decir á Jorge:

—¡Calla! ¿Sois vos querido amigo? No os esperaba hasta mañana por la mañana... Pero, ¿qué teneis? ¿Por qué esa palidez, ese aire tan inquieto, esas miradas? Se diría que buscais á alguien ó alguna cosa.

—Mi mujer está aquí, caballero, no lo negueis.

—¿Y quién piensa en negarlo? dijo Markett con voz serena... Ciertamente, aquí está vuestra esposa... Allí, en esa habitación, adonde la he rogado que entrase cuando llamasteis á la puerta... ¿Podía yo acaso adivinar que erais vos, y la debía de hacer sufrir la presencia de una visita del primero que llegase?

—¿Y por qué está aquí? preguntó Jorge con cólera.

Antes que Markett le contestase, vió sobre la mesa el recibo de los cien mil francos, hecho dos pedazos; se puso aun más pálido y mostrándole aquel papel:

—¿Sois vos quién le ha roto? balbuceó... y sin embargo...

—Sin embargo, continuó Markett, no me habeis devuelto esta suma. Esto es justo, querido amigo; pero no pueden existir deudas entre nosotros... Si no me comprendéis, voy á explicarme más claramente, despues de rogar á vuestra esposa que se reuna á nosotros.

Estonces se dirigió hácia la habitacion donde se hallaba Mme. Leroy, abrió la puerta, y sin entrar, dijo en alta voz:

—No es un extraño, es vuestro marido señora; podeis salir.

Markett hablaba al parecer tan naturalmente, con tanta serenidad, que Jorge Leroy, no sabia ya qué pensar, y sus dudas y temores iban desapareciendo. A pesar de su respeto á Luisa, la confianza que siempre habia tenido en ella, acababa de ceder ante los celos. El hombre enamorado no se halla nunca al abrigo de un cambio de ese género; pero el hombre justo, el hombre razonable, recobra inmediatamente el dominio sobre sí mismo, el pasado de la mujer amada estalla, brilla repentinamente y le asegura sobre el presente y para el porvenir. La

vió tal como habia sido siempre, no como se le habia aparecido un instante. Se arrepintió de esta corta vision y se arrodilló ante la santa, por un momento confundida.

Markett, entre tanto, comprendió cuan embarazosa y delicada era la situacion respectiva de los dos esposos, y sin darles tiempo para hablarse, para mirarse, para reconocerse, les dijo:

—¿No tenia derecho para romper este recibo, para rechazar que exista entre nosotros una cuestion de interés, una deuda, despues de lo que acabo de saber?

Y volviéndose hácia Jorge, separándole de Madame Leroy, impidiéndole verla, notar su admiracion, añadió:

—¿Pero vos no sabeis nada?... No sabeis que esta mañana me he decidido al fin á tener un poco de valor... He vencido esta timidez que ha estado á punto de hacerme muy desgraciado .. Sí, continuó sonriendo, en la vida ordinaria no os habeis apercibido de mi defecto, de mi vicio. Hablo como todo el mundo, me presento en un salon, sobre poco más ó ménos como todas las demás; pero al lado de la que amo, me convierto en un niño... sí, en un niño.. No se hablar, balbuceo ó me callo, y nadie puede saber lo que siento, y á veces lo que sufro. Amo hace largo tiempo á vuestra hermana Alicia de Servan, y me he conducido de tal modo, que no sospe-

chañdo ella mi amor, se ha mostrado conmigo desdeñosa, desdeñosa para desesperarme... De modo que persuadido de que no me amaba, de que no me amaría nunca, iba á partir, iba á dejar á París y á la Francia, á la cual no habia venido sino por verla y por pedir su mano... En fin, esta mañana, despues de haber recordado muchas cosas, me he dicho á mí mismo: «Acaso hay una mala inteligencia entre nosotros, es preciso que yo me explique y puesto que mi corazón late tan fuerte cuando se halla á su lado, que corta mi voz, le escribiré... ¡Ah! bien sé que he cometido una falta contra los usos de vuestro país. En Francia, no está permitido escribir así á las jóvenes; pero entre nosotros esta correspondencia está tolerada; se desea que los jóvenes se conozcan antes de casarse, y los dejan en entera libertad.

Por lo tanto le escribí extensamente y Mlle. de Servan se ha dignado contestarme. Tomad, he aquí su carta, su amada carta. No me habla de ella, no me habla sino de vos; me dice la falta de su padre y me cuenta vuestros sufrimientos desde hace ocho dias... ¡por qué me evitais, por qué me temeis, por qué ella misma, por un sentimiento de delicadeza se creia obligada á guardar esa reserva?... ¿Y sabéis lo que es más adorable en su carta, lo que ha hecho que al leerla se arrasasen mis ojos de lágrimas? Pues es que no me ruega como vos acaso lo hubierais hecho, que perdone á su padre, que no

os haga responsable de su falta... No me pide nada semejante, únicamente me dice: «Puesto que me amais, la falta de los míos es la vuestra; venid á tendernos la mano para hacernos olvidar la triste semana que acabamos de pasar.» No duda un instante de mí, añadió Markett como trasportado. ¡Esto es encantador, grande, sublime!... Luego, volviéndose hácia Jorge y Luisa, tendiéndoles sus dos manos, les dijo: ¿Quereis permitirme que os llame mi hermana, y á vos mi hermano? Los dos se arrojaron en sus brazos, y aquellas tres honradas personas que tanto acababan de sufrir, lloraron de alegría.

Hacia el fin de Diciembre, despues de seis semanas de lluvia, de nieve y de oscuridad, quiero darme ocho dias de expansion, que voy á pasar en el Mediodía, en el país donde el otoño reina todavía.

Salido de París á las siete y cuarto de la noche por el tren rápido, llego á Marsella al dia siguiente á las diez; almuerzo en la estacion; tomo otro tren, y entonces empieza, no ya una nueva carrera á través del espacio, sino un paseo maravilloso. Las brumas del norte y del centro de la Francia se han disipado; solo algunas pequeñas nubes, blancas, transparentes, cruzan el cielo de un azul claro; la mayor parte de los árboles tienen aun su ropaje, y en un cercado plantado de naranjos que linda con la vía, encuentro una familia de golondrinas, huésped de mi jardín el verano último.

¡Ah! creed que no se piensa entonces en leer los periódicos comprados la vispera en el momento de

partir. Tendido sobre una banqueta, con el cigarro entre los lábios, el cristal del wagon abierto, mira uno con avidez, admira con toda el alma. Parece que el invierno ha desaparecido, que ha vuelto la primavera; la cabeza está más despejada, el corazón más animado! se aspira el sol, se renace á la vida.

Durante este paseo de muchas horas, el tren que le lleva á uno apenas se desvia del Mediterráneo. Se complace en seguir todos los caprichosos contornos de la costa; se diria que fatigado de su largo trayecto por el interior de las tierras de París á Tolon, quiere bañarse en el mar, zambullirse en él por completo. Y en efecto, por momentos se zambulle; la ola le alcanza y le envia cuando pasa su espuma y su musgo. Encuentra una pequeña bahía, y en lugar de rodearla, se lanza sobre el puente que la atraviesa y se encuentra rodeado por el mar. Se vé uno á derecha, á izquierda, por delante, por detrás, y si uno se inclina, le vé tambien á sus piés.

¡Y qué vida sobre este mar; que animacion sobre toda la costa! Aquí, una flotilla de barcos pescadores con sus velas blancas y encarnadas; allí, un *yacht* de recreo de elegante construcción; más lejos, un gran buque bogando hacia la Italia; más lejos aun, en los últimos confines del horizonte, el vapor en camino para el Egipto ó las Indias. Luego, en primer término, sobre la ribera, pescadores que tienden sus redes, una canoa que botan al mar, una aldea en la

que se celebra fiesta, mujeres recogiendo los últimos frutos de un bosque de limoneros.

Y el tren marcha siempre sin gran precipitación, como para dejaros admirar, atravesando pequeñas aldeas que ya tienen el sello italiano, rodeando montañas, penetrando en un llano para volver un instante después á buscar sus queridas riberas.

A las cuatro, después de este viaje encantador, llega á Niza. Allí echo pié á tierra, entrego el tañon del equipaje á un empleado, y héme ya en la avenida de la estación, un verdadero boulevard parisien con sus árboles, sus almacenes, sus hoteles, su movimiento. Al cabo de diez minutos, llego á la plaza de Marsena, al puente que está enfrente, y en seguida al paseo de los ingleses. ¿Me dirigiré por la derecha, hácia el lado de los colejos y de las quintas? ¿Seguiré este terraplen, situado en pleno Mediodía, bañado por las olas y al cual dan sus palmeras un aspecto tan pintoresco?

No; me dirijo á la izquierda, sigo la prolongación de este terraplen, costeo las Ponchettes, y no me detengo hasta el pié del montecillo de rocas que por aquel lado limita el horizonte. Delante de mí se eleva un hotel que dá frente al mar y esta casi bañado por él. Desde sus ventanas, algo inclinadas hácia Poniente, se distingue todo el hermoso paseo que acabo de dejar, y á lo lejos, adelantándose en las olas, como un promontorio, grandes montañas cuyas cimas están

nevadas. Es el hotel de los príncipes, mi hotel favorito, dirigido por Isnard, persona muy amable é inteligente. Su casa participa del *boarding house* de los americanos y del *family hotel* de los ingleses; allí solo se instala uno durante la estación, ó algunas semanas, y puede estar seguro de hallar buena cama, buena mesa, buenos rostros y buen sol.

Esta vez, no habia hecho el viaje á Niza solo por proporcionarme este placer; fui á ella por conocer el fin de este relato y escribir mi último capítulo. Porque no habeis leído una novela, habeis leído una historia, un poco dramatizada, pero de la cual son exactos todos los detalles. Me fué referida seis meses antes por uno de mis amigos, bolsista parisien retirado de los negocios, que pasa todos los inviernos en el Mediodía. Habia encontrado en Monte-Carlo á Mme. Leroy, á la cual conocia, y presumiendo habia un misterio en su llegada inesperada, su juego febril, su partida precipitada, habia interrogado, hecho algunas pesquisas, averiguado una parte de la historia, inventado la otra sobre datos verosímiles, y me lo habia dado todo ello rogándome únicamente que cambiara los nombres. Desgraciadamente, asuntos que me llamaban á París, interrumpieron la última parte de esta narración. Era este epílogo, que como historiador concienzudo, venia á pedirle hoy.

Advertido de mi llegada á Niza, mi amigo corrió á verme por la mañana temprano. Le instalé en un

pequeño salon, bañado por el sol, cerca de un balcon abierto, y entregándole mi manuscrito: «Leed le dije, es vuestro relato fiel; ordenado por mí, de la mejor manera posible.

El leyó mientras que yo escribía algunas cartas, y una hora despues, me devolvió mi prosa diciéndome:

—Está bien, teneis buena memoria.

—¿No es verdad? ¿Para qué inventar cuando se puede referir?... ¿Creeis que este libro tendrá éxito?

—Sin duda. Pero un éxito moderado. Vuestro relato es demasiado moral. Los lectores tienen en vos algunas esperanzas que engañais aquí.

—He engañado con frecuencia esas esperanzas, respondí yo. Para dos libros un poco más atrevidos que los demás, de ideas algo más libres, he escrito veinte, donde los más timoratos no hallarian nada porque reprenderme, sin embargo me han leído.

En menores proporciones. Solamente veinte mil personas, han recorrido vuestras obras morales; cien, doscientas, mil han devorado las que pasan, muy injustamente segun mi opinion, por no ser estas últimas; son pues, más conocidas, y las que os hacen notable.

¿Pero es el proceso de los lectores, el que emprendeis ahora?

De ninguna manera, ellos toman el placer donde le encuentran. Hago constar solamente que lo encuentran con más agrado en el libro donde criticais

un vicio, que en aquel en que coronais una virtud. Esto se explica: antes de criticar, es preciso pintar, y el cuadro del vicio se presta á hermosos efectos de luz. El cuadro de la virtud, al contrario, tiene por fuerza, necesidad de tonos ménos vivos, de colores ménos ardientes, de ménos brillo. Además, si uno es virtuoso, ¿á qué leeros? vuestro estudio no enseñará nada; no se os necesita. Si uno no lo es, ¿á qué ir á buscar en el libro una malidicion ó una reconvenccion? Por lo tanto, mi querido amigo, para vuestra última obra, resignaos á tirar un corto número de ejemplares. En fin, volvamos á vuestra historia, pues supongo no la creereis terminada. El asunto de los cien mil francos quedó arreglado; pero, ¿qué ha sido de todos estos personajes?

—Cuento, querido amigo, con vuestra amabilidad para que me lo digais, puesto que vos los conoceis y me habeis referido su historia. No quiero inventar nada, quiero saberlo todo de vos.

—Sea en buen hora... Seis semanas despues de la escena del capítulo 29, Alicia de Servan se unió á Mr. Markett.

—Me lo sospechaba... y los lectores tambien.

—¿Viven reunidos ambos matrimonios?

—Casi, casi, en la misma casa, en el primero y segundo piso. Los he visitado en mi último viaje á Paris. Se adoran de amistad los cuatro, y de amor dos á dos en cada piso.

—¿Y Mr. de Céry?

—Se asegura que se ha operado en él un gran cambio desde su última aventura; y que será fácil, cualquier día, que se enlace con una bonita rubia, una viuda cuyo marido se suicidó hace algún tiempo. En varios salones, se hablaba de la acogida que tendría la dama, cuyo nacimiento y antigua posición social dejaban que desear; pero Mme. X... declaró que la recibiría y todas las dudas desaparecieron.

—¿Y el bolsista? el amigo de Mr. de Céry, aquel que le siguió á Monte-Carlo jurando que jamás jugaría ni se dejaría tentar por la ruleta, y que...

—Yo, no es esto, yo; que me presentais bajo el nombre de Dorliac... ¡Si creéis que no me he reconocido!... Pues bien, ya lo veis, he dejado la bolsa y habito en Niza durante el invierno.

—¿No vais nunca á Monte-Carlo?

—Al contrario, todos los días, en cuanto me levanto, y regreso por el último tren, cuando no paso allí la noche... ¡Ah! ¡la ruleta, querido mío, la ruleta, qué atractivo tiene!... Juego tres números, el cero, el trece y el treinta y seis... Si supieseis cuánto me tienen engullido... Pero ahora caigo, ¿no me preguntais sobre el principal personaje de vuestra historia, el conde de Servan? ¿No teneis curiosidad de saber lo que ha sido de él?

—Sí, por cierto. Precisamente iba ha hablaros de él; le reservaba para lo último.

—Pues bien, querido, no lo creereis, está... A propósito, ¿habeis almorzado?

—No ¿y vos?

—Tampoco. Entonces bajemos, tomaremos un carruaje, nos haremos conducir á la estación, y dentro de una hora almorzaremos en Monte-Carlo.

Lo que acabábamos de decir, fué hecho... Durante el almuerzo, en el Hotel de París, quise interrogar de nuevo á Mr. Dorliac sobre el conde de Servan.

—¿Para qué hablaros de él? me dijo. Dentro de un momento os le mostraré y vereis lo que hace.

—¿Cómo! ¿Todavía está aquí?

—¡Pardiez! Habita el viejo Mónaco á donde un ómnibus va á buscarle todas las mañanas. Al sonar las once y media precisamente, descenderá en la plaza, delante del casino. Para esperar su llegada, os propongo echemos un golpe de vista sobre las construcciones modernas. Desde nuestro último viaje, Monte-Carlo que ya era maravilloso, se ha embellecido, por mejor decir, se ha trasformado bajo la inteligente inspiración de Mme. Blanc y de sus auxiliares. Sobre la roca que pisamos en este momento, en otro tiempo árida como las montañas vecinas, Mr. Blanc fundó una ciudad, y su viuda acaba de elevar un soberbio edificio consagrado á la música, al baile y á la literatura.

Empezó por llamar á Garnier, el arquitecto de la Ópera, y en vez de regátearle y señalarle un li-

mite, le dijo: «Haced una cosa grande, hermosa, lo que os dicte vuestra inspiracion » Garnier soñó una Alhambra, un palacio oriental, á juzgar por sus flechas, sus minaretes, sus campaniles, sus estátuas, sus medallones, su mosaico, sus bronce y sus porcelanas; francés, fijándose en la unidad de la concepcion, en la arista de las siluetas, en la amplitud y correccion de las líneas. Es una miscelánea, una confusion de diversos estilos modificados por Garnier, apropiados por él, que los ha hecho suyos, porque seguramente llegará un día en que se dirá: «el estilo Garnier,» como hoy decimos «el estilo del Renacimiento.»

—Hablais como un verdadero arquitecto, observé á Dorliac.

—Qué quereis, me respondió; cuando pierdo hasta el último luis y necesito esperar al tren de Niza, vengo á instalarme en este sitio, frente á este monumento, estudio y admiro... Garnier me hace olvidar las crueldades de la suerte... Explendor arquitectónico, montañas soberbias, mar azulado, cielo azul, bosques de palmeras, todas cuantas bellezas nos rodean, no tienen si no un solo objeto, consolar á los arruinados... Pero acabemos; la hora se acerca. Solo nos queda tiempo para echar una ojeada por la sala.

Entramos y quedé admirado por las disposiciones interiores. Es imposible soñar más grandeza, más

sencillez, ni más comodidad con mayor lujo. Ni ventanas, ni balcones, ni galerias, sino muros con líneas atrevidas y graciosas, adornados con inmensos espejos, con magníficos paños decorativos, con figuras alegóricas y estátuas firmadas por nuestros primeros artistas; en sus arcos avialados, de una gran extension, pinturas de Boulanger, de Feyen-Perrin y de Six. Se podrian dar en esta sala fiestas reales, y bien pronto acudirán de todos los puntos del globo á Monte-Carlo, no solo para jugar, sino para recrear la vista y la imaginacion. El amor al arte, que es una virtud, triunfará del amor al juego, que es un vicio... y de este modo, una vez por casualidad, engendrará el vicio una cosa buena.

Aun estaba yo admirando, cuando Dorliac, tomándome por el brazo, me llevó hácia el casino. Como en otro tiempo, despues de haber subido los diez escalones del antiguo edificio, hallé el pequeño descanso, sobre el cual se abrian las salas de juego y de concierto. Pero no está ya dividido por un muro, sino que desemboca en un vasto átrio con galeria de unos treinta metros de largo por quince de ancho, sostenido por veintiocho columnas. La luz descende por las vidrieras del techo, y en los arcos avialados de las dos extremidades de la sala, están colocados dos hermosos cuadros de Jundt.

—Venid, me dijo Dorliac, veo al conde de Servan.

Me condujo por el antiguo pasadizo, al mismo

tiempo que atravesaba una procesion. Se componia ésta de criados con librea, marchando de dos en dos y llevando unas cajas de pino, que parecia iban escoltados por otras personas que los seguian en traje de calle y sin sombrero.

—¿Qué encierran esas cajas? pregunté á Dorliac; ¿á dónde las llevan?

—A las salas de juego, querido amigo. Son siete segun podeis ver; lo cual significa, que hoy tendremos cinco mesas de ruleta y dos de treinta y cuarenta. Cada una de las destinadas á la ruleta, contiene, en billetes de banco, monedas de veinte francos y de cien sueldos, sesenta mil francos; las de treinta y cuarenta contienen doscientos mil. Esos señores unidos á la procesion, son los jefes de partida. Ahora abrirán esos cofrecillos, comprobarán el contenido, firmarán la hoja de caja y extenderán sobre la mesa el oro, la plata y los billetes; hecho esto, es cuando dará principio el juego.

—Pero ¿y el conde de Servan?

—Vedle allí; dispuesto á entrar en los salones.

—Le reconozco perfectamente, digo yo. No quiere perder ni un segundo. ¿Pero cómo tiene aun dinero para jugar?

—Nunca se ha encontrado en mejor posicion ni más á su gusto, me contestó misteriosamente Dorliac.

Hablando, hablando, habíamos llegado á la puerta situada á la izquierda en el extremo del átrio que

conduce al primer salon de juego. El conde ya habia atravesado este salon; hicimos lo mismo y penetramos entonces en la galería morisca, existente ya en otra época, pero ampliada y terminada ahora.

Aun no habia empezado el juego: segun me habia anunciado Dorliac, en cada mesa confrontaban el contenido de los cofrecillos, colocaban el dinero, despojaban á la ruleta de la funda que la cubre durante la noche, y nivelaban con gran cuidado el cilindro para que la bola no tuviese tendencia á caer más sobre una parte que sobre otra. Los inspectores circulaban vigilando de reojo todas aquellas operaciones. Pero no se veia en cada mesa más que el grupo de empleados que les estaba destinado: el jefe de partida, los que tallaban en la treinta y cuarenta, ó los empleados cuya mision es arrojar la bola en el cilindro, recoger el dinero desparramado sobre la mesa ó pagar á los jugadores que ganan. Estos empleados, que el público se ha acostumbrado á llamar *paleteros* ó *mirones*, tienen asignado un sueldo que varia entre seis ú ocho mil francos. Esta cifra no es exagerada, si se tiene en cuenta que el cargo de *paletero* no puede ser desempeñado por el primero que llegue. En la ruleta, particularmente, se necesita una gran costumbre para pagar ciertos golpes sin cometer un error. A veces, un número se halla cargado con diez puestas diferentes, y segun la disposicion de estas, los jugadores deben de recibir sumas proporciona-

das, cuya cuenta, bastante difícil de hacer, es necesario se haga con viveza, si no se quiere detener el juego.

El verdadero paletero, debe de estar dotado de excelente memoria, á fin de reconocer al jugador que el día antes haya cometido alguna supercheria, y de un gran tacto para distinguir al ratero, del hombre honrado, y hacer expulsar al primero haciendo justicia al segundo.

Entre tanto que se preparaban las mesas, los jugadores impacientes, se adelantaban, señalaban su sitio ó se sentaban para no faltar á la apertura.

El conde de Servan se habia instalado ya en uno de los extremos de una mesa de ruleta, y tenia en la mano una paleta, que sin duda debia de servirle para colocar sus puestas sobre alguno de los números. Llevaba una levita, ya algo usada, sobre todo por las mangas; pero de un corte elegante. Su chaleco cerrado, se unia á una larga corbata, destinada, sin duda, á ocultar una camisa dudosa. Delgado, alto, derecho, conservaba aun buen aire, y á primera vista, nadie le supondria más de cincuenta años. Acaso fuera esta su edad; pero cuando se le examinaba atentamente, era preciso reconocer que tenia más. Algunos mechones de cabellos grises le cubrian las sienes y la parte posterior de la cabeza; profundas arrugas surcaban su frente, sus ojos conservaban aun alguna viveza, pero estaban encarnados, fatigados.

—El juego ha empezado, me dijo Dorliac, la bola está dando vueltas en el cilindro, observad á Mr. de Servan.

—No hago otra cosa, repliqué yo; solo á él es á quién estudio.

—No os ocupeis de su presencia y reparad los jestos que hace.

—¡Bueno! Ya adelanta con su paleta cinco luises sobre un cuadrado. ¡Cómo juega aun puestas considerables!

—Mirad.

—¡Ah! el veinte ha salido, ha ganado... le pagan... lleva su dinero... ¡Calla! aquel caballero colocado á su espalda se apodera de su puesta... ¡Pero no, si le pertenece á él! Le he visto perfectamente colocar su dinero... voy á...

—Calmaos, amigo mio, me dice Dorliac, y sabed al fin la verdad, que no os la suponeis... No es su dinero el que el conde acaba de llevar á la ruleta, es el de un jugador tímido que se lo entrega para que le coloque con la paleta... Mr. de Servan no juega ya por su cuenta; ya no tiene derecho para eso, porque hoy es empleado de la administracion. Es el paletero.

—¡Un paletero! ¡é! ¡é!

—¡Dios mio, sí, él, el conde de Servan.

—No vuelvo en mí. Yo esperaba verle bajar cada vez más, pasar de los círculos á los garitos y hacer-

se recoger algun día en el fondo de algun chiribitil clandestino por la policia de los juegos... pero despues de haber sido durante su vida el enemigo encarnizado de los casinos de todos los países, de no haber perseguido más que una idea, la de hacerlos saltar, arruinarlos, enriquecerse á su costa, verle ahora convertirse en su asociado, su servidor, me cuesta gran trabajo convencerme.

—El azar lo hace todo, y acabareis al fin por no admiraros. ¿No ha sido siempre el azar el que ha dirigido las acciones del conde? ¿No ha confiado siempre al azar el cuidado de hacerle vivir? Su voluntad como la de todos estos hombres, ¿se ha ejercido alguna vez en cualquier otra cosa? Nunca. No ha obedecido más que á su instinto que le arrojaba todos los días y á la misma hora en las mismas casas, haciéndole dar vueltas en el mismo circulo.

—Sí, teneis razon. Pero esta vez, por qué casualidad...

—Pues es muy sencillo. Algunos dias despues de la aventura que os he referido, Mme. Leroy cometió la debilidad de enviar varias sumas al conde para que regresara. El conde jugó el dinero del viaje, le perdió y no volvió. Nuevos envíos, nuevas pérdidas. Al fin se cansó, y otro se hubiera cansado mucho antes... En este tiempo, las cuentas del hotel, del restaurant y del café aumentaban á simple vista. Mr. de Servan, tenia una deuda en la tabaqueria,

otra con el peluquero, otra con los cocheros y muchas con los usureros grandes y pequeños. Siempre con la esperanza de recobrar lo perdido, todos aquellos que recordaban su esplendor, tenian alguna confianza en él y le prestaban. Se le vió hasta en las cocinas del Hotel de París persiguiendo á un pinche que sabia poseia algunas economias. Pero todo se acaba entre esa clase baja, hasta el crédito. Un dia, todas las bolsas y todas las puertas se cerraron para él; las de los hoteles, las de los restaurants, las de los cafés... y, para colmo de su desdicha, las del casino. Ya no podia entrar en él, ni aun para ver jugar.

—¿Por qué? ¿Habia cometido alguna falta en el juego?

Nunca. En eso, hasta el último momento, ha sido de los más honrados. Pero la administracion le habia prestado dinero que él no le devolvía; le habia anticipado tres veces los fondos necesarios para su vuelta á París, pero no lo habia hecho... Luego, le sorprendian sin cesar pidiendo un luis prestado y aun una moneda de cinco francos, hoy á unos y mañana á otros. La entrada en el casino le fué interceptada, lo cual no era más que administrar debidamente.

Ved, pues, de que modo se halló el desgraciado conde, errante en Monte-Carlo, sin un céntimo, sin domicilio, agobiado por sus muchos acreedores... ¡Y qué suplicio! Encontrarse constantemente frente al tem-

plo de la fortuna que para él estaba cerrado; escuchar á través de las ventanas entreabiertas, estas palabras mágicas: «Haced vuestro juego, caballeros, y no poder hacer el suyo; entrever los billetes de banco, los montones de luisas, las pilas de escudos, y no poseer ni una moneda de cinco francos... para perderla.

Y ni aun le quedaba el recurso de huir de su antiguo paraíso, convertido para él en paraíso perdido. Sus numerosos acreedores, que se conocían todos, se unían y hacían la cuestión general, no permitiéndole pasar al extranjero. Le guardaban en prenda. Monte-Carlo se había transformado en prisión por deudas.

Entonces, viéndole abatido, arruinado, y casi hambriento, alguno debió decirle: La administración quiere instalar una nueva mesa de ruleta, y necesita empleados; ¿por qué no solicitais una plaza? Acaso os admitieran, tendrías un sueldo de seis ú ocho mil francos, y entrarías en el casino con los honores de la guerra.

Esta proposición fué mal acogida. El que se había permitido hacerla, pudo creer por un instante que iba á ser estrangulado por Mr. de Servan. Todo el orgullo que quedaba en el conde, se despertó en aquel momento. Palideció horrorosamente, sus dedos flacos y largos (como son generalmente los dedos de los jugadores de nacimiento), se crisparon, se cerraron de una manera nerviosa, hundiéndose las uñas en la carne.

Sin embargo, el golpe estaba dado, ya se había producido el primer efecto. A la cólera y á la irritación, sucedería la calma, luego la reflexión, después la necesidad... Resistió algunos días; acaso hubiese resistido más si no se hubiera tratado de morir de hambre. Pero podía entrar en el templo, ver jugar, sentarse delante de una mesa, manejar una paleta, colocar una puesta, esto era volver á su esfera, y fué á proponerse á la administración.

Esta puso algunas dificultades. El primer deber de los empleados, es el de no jugar nunca: ¿podía esperarse esto de Mr. de Servan? Prometió, juró, y entonces el director de los juegos comprendió que el aspirante, si llegaba á ser aceptado, sería de preciosa utilidad; conocía á maravilla á todos los jugadores, y para calcular de un golpe de vista la suma de una puesta, y para pagar las jugadas más complicadas, no tendría rival. En fin, Mr. de Servan obtuvo la plaza, se reconcilió con sus acreedores, y entró de simple paletero en este casino, donde con tanto esplendor había brillado en otro tiempo.

—Pero, ¿sufrirá con la idea de no poder jugar!

—No lo creáis así. Sirvaos de gobierno, que aun encuentra medios para perder la mayor parte de sus sueldo.

—Sin embargo, ¿me habeis dicho que le está prohibido terminantemente?

—Es verdad. Pero no pueden impedirle que con-

fie ocultamente algunas monedas de cinco francos a un jugador complaciente y discreto que juegue por él á su vista, en su mesa, durante su servicio... Además, la mitad del tiempo, aturdido por el ruido, por la bola que circula, por el cilindro y por el choque del dinero, se imagina que juega por su cuenta; las puestas que le encargan coloque ó que retire, las cree suyas; sus dedos se crispan, brilla su mirada, late su corazón, vive en fin, de la vida de los demás, despues de haber vivido tanto tiempo de la suya.

—¿Conoce su familia su nueva posición?

—Sin duda.

—¿Y no dice nada?

—¿Y qué quereis que diga? ¿Qué va á hacer? Arrancarle de aquí. ¿Consentiría él? Además sería necesario, no solamente mantenerlo, sino mantener su pasión. Esto sería ruinoso... En Monte-Carlo se encuentra en país extraño, lleva un nombre de importancia y se compromete menos peligrosamente, y sobre todo, hace menos gastos que en París. Cuando sea demasiado viejo para... ejercer, sus hijas y sus yernos le harán entrar en cualquier asilo, ó estad seguro, aun sabrá organizar partidas de *baccarat* y tallar algunas bancas de á cincuenta céntimos. Morirá como ha vivido, con una paleta ó una carta en la mano, gritando «juego» ó diciendo con voz apagada: «No juego más.»

—Es sensible, murmuré yo.

—Si, sensible, dijo Doriac, ¡pero qué ensañamiento!

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, se precipitó hácia un sitio que quedaba libre en la mesa de la ruleta.

—¿Es así como aprovechais vuestros consejos? le dije acercándome á él.

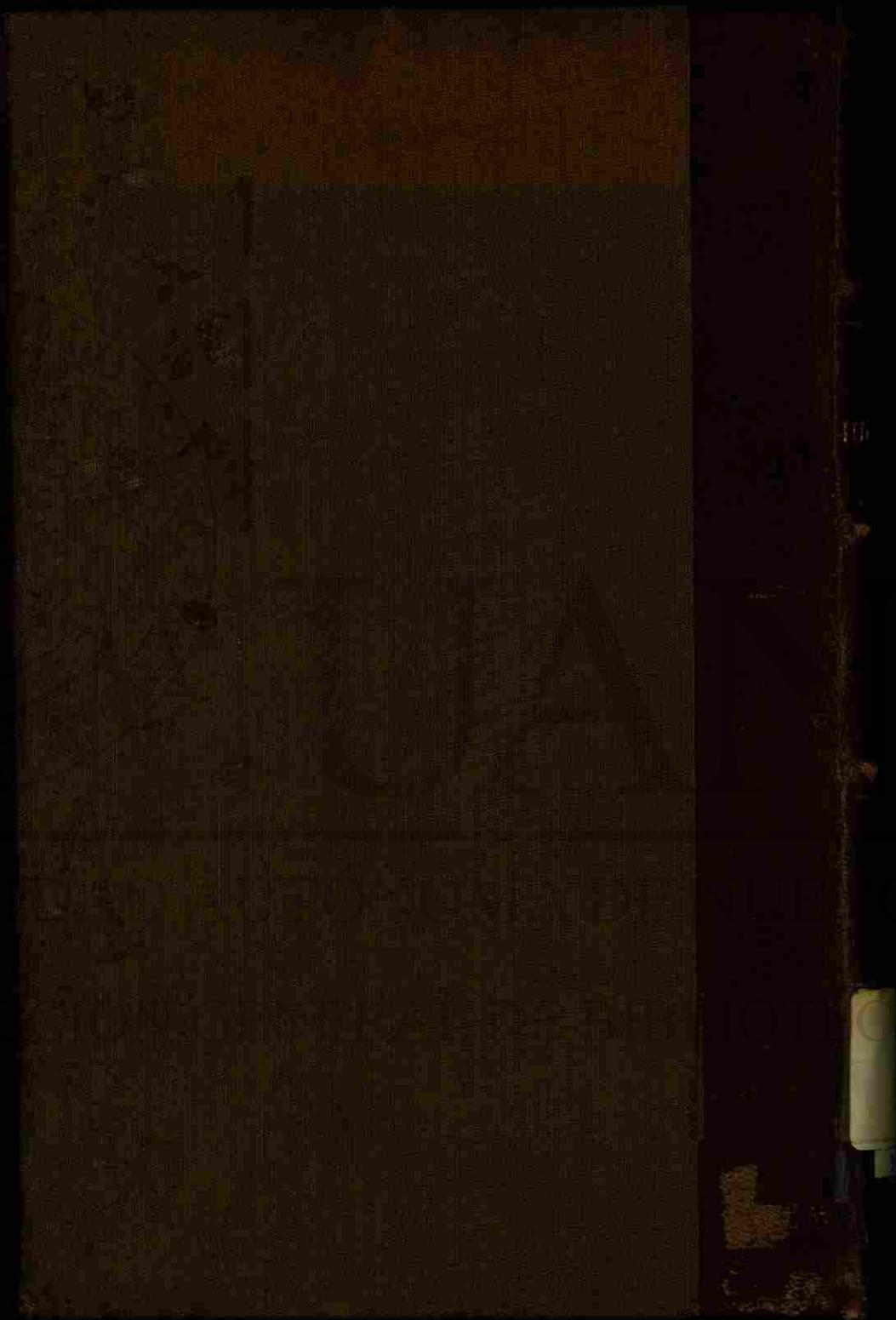
—Dejadme, dejadme, me gritó, no se hacen observaciones á un jugador, porque eso le atrae la mala suerte.

El lo era consumado. Me alejé de allí, temiendo volverme tan loco como él estaba, y perder en una hora á la ruleta el precio de este estudio.

—¡Este estudio!... Se me ocurre una duda al terminarle. ¿Debe llevar por título UNA JUGADORA?

Mme. Luisa Leroy, no jugó en su vida mas que una sola vez, y entonces fué por casualidad. Es cierto; pero de aquella casualidad nació la idea de este libro, y creo que sin inconveniente, puede conservar el título que lleva.

FIN.



Viene en seguida uno á quien sobrenombran «el agente de los boulevares.» Tiene su domicilio en casa de Bignon, y allí recibe sus órdenes de bolsa y despacha su correspondencia. Su clientela se compone principalmente de artistas célebres y de mujeres de la aristocracia. Así, para ocupar el lugar que le es productivo, asiste á todas las primeras representaciones, toma parte en todas las fiestas parisienses y en ellas desempeña perfectamente su papel haciéndose apreciar.

El tercero, Z..., es alto, delgado, de aspecto flemático, de maneras distinguidas y algo pensativo. Lleva inclinada hácia atrás su cabeza desnuda, con la vista dirigida al cielo y parece siempre ocupado por alguna idea gigantesca. Es miembro del círculo imperial y habita en el hotel del círculo. Por la mañana, se dirige á sus escritorios, situados en el centro de París; da una vuelta por la Bolsa y vuelve al club, donde da audiencia á sus principales clientes llenando de notas su cartera.

En fin, á continuación de estos señores citaremos dos agentes bien conocidos, de los cuales el uno ha sido condecorado por haber desempeñado durante la *commune*, el gobierno de Versalles; y el otro, ha sido gratificado en la misma época y con igual favor, por haber hecho lo contrario; es decir, por haber permanecido en París para representar á la compañía de los agentes de cambio.

El concierto en esta noche tocaba á su fin; las mujeres sentadas en el gran salon, formando un semicírculo alrededor del piano, empezaban á sofocar, ocultándolo con sus abanicos, algunos bostezos y á echar miradas oblicuas sobre la parte masculina de la asamblea, de la cual estaban separadas hacia una hora. La señora X... comprendió, que para retener á sus convidados en su sitio, para hacerles aceptar todo su programa, era necesario dar un gran golpe, animar á la concurrencia y excitar su entusiasmo. Dirigióse, pues, á la señora de un médico célebre, la señora de Z..., la cual es conocida con el nombre de «la frecuentadora de los salones», la rogó se hiciese oír, sufrió una negativa bastante seca, pero no se desanimó, insistió, suplicó y triunfó de todas las resistencias como ella esperaba; además, la señora de Z... gustaba de ser rogada.

Se vió entonces levantarse y dirigirse al piano una señora enjuta, casi vulgar y de maneras masculinas. Su rostro, nada tenia de notable, la boca era agradable, pero grande, llevaba un peinado muy raro, muy alto, con grandes bucles que caían cubriéndola los hombros y parte del pecho. Ni Wotkni Raudnitz, consentirían en dibujar su tocado, que lleva bastante desdeñosamente, aunque como una mujer á quien el arte pone á cubierto de la moda.

Acaba de llegar al piano y toma posesion de él sin que nadie se presente para acompañarla. En